

**RICARDO
PIGLIA**

La invasión



Lectulandia

El primer libro de Ricardo Piglia, publicado originalmente en 1967. Esta es una edición reescrita, más que revisada, por el propio autor formada por los diez relatos originales, cinco relatos aparecidos en revistas literarias y otros dos, que abren y cierran la recopilación, que escribió durante la revisión.

Lectulandia

Ricardo Piglia

La invasión

ePub r1.0

Titivillus 01.07.16

Título original: *La invasión*
Ricardo Piglia, 1967
Prólogo: Ricardo Piglia

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A nosotros nos ha tocado la misión de
asistir al crepúsculo de la piedad.

ROBERTO ARLT

A mi hermano Carlos

Prólogo

La primera edición de *La invasión* es de 1967 y no he vuelto a publicarlo desde entonces. Varias veces estuve por reeditararlo y siempre me distrajeron otros proyectos. En un sentido me gustaría imaginarlo como un manuscrito perdido y vuelto a encontrar; una obra olvidada en un cajón.

Cuarenta años es un buen plazo para saber si un libro resiste el paso del tiempo. No necesariamente es éste el caso, ni tampoco la supervivencia es una virtud en sí misma (muchos libros pésimos han sobrevivido y libros excelentes han sido negados), pero de todos modos si me decido a publicarlo es porque no le veo demasiadas diferencias con los libros que he escrito desde entonces. No me parece que un escritor escriba mejor a medida que avanza o que mejore con los años (a menudo es más bien al revés). A la larga pensamos que escribimos distinto y siempre escribimos del mismo modo, con los mismos errores y los mismos —escasos y siempre sorprendivos— aciertos.

He releído y revisado varias veces los diez cuentos de la edición original y he realizado varias modificaciones y algunos ajustes. En general se trató sobre todo de cortes y de supresiones. Ya sabemos que —como decía Hemingway— todo lo que podamos sacar de un cuento, lo va a mejorar. El único relato que reescribí por completo fue «Tarde de amor». No me convencía la primera versión y poco tiempo después de publicar el libro volví a escribirlo manteniendo la situación inicial pero cambiando los personajes. Por supuesto la misma historia con otros protagonistas es otra historia (y sin embargo en un sentido es también la misma).

«Las actas del juicio», escrito en 1964, es —si ese parecer tuviera algún sentido— mi mejor cuento. Narra hechos históricos y es una conjetura sobre las razones del asesinato del general Urquiza, el caudillo entrerriano que participó en las guerras civiles, derrotó a Rosas en 1852 y se enfrentó durante más de diez años con Buenos Aires, liderando una Confederación de provincias del interior (que los porteños llamaban despectivamente los *trece ranchos*). Sus propios hombres lo mataron en su residencia del palacio San José, en Entre Ríos, el 11 de abril de 1870. «Mata-Hari 55» (1966) también es, en un sentido, un relato histórico y se refiere a las acciones clandestinas de los «comandos civiles» que conspiraban contra Perón en las vísperas de la llamada revolución libertadora que lo derrocó en setiembre de 1955. «Tierna es la noche» (1967) es otro de mis relatos favoritos, en especial por sus imperfecciones, que —eso sí lo aprendemos con los años— son esenciales para la eficacia de un cuento; su título es un testimonio de mi admiración por Scott Fitzgerald aunque, para decir la verdad, el tono deriva de *The Subterraneans* de Jack Kerouac y sobre todo de la última frase del libro: «*And I go home having lost her love. And write this book*».

He agregado cinco relatos a la serie inicial. «Desagravio» (1963), «En noviembre»

(1965) y «El pianista» (1968) se publicaron inicialmente en revistas literarias de Buenos Aires en esos años. Los revisé y reescribí tratando de ser fiel a la idea original y los incluyo ahora en la sección que reproduce los cuentos de *La invasión* porque forman parte de la misma serie. «Desagravio» remite a un hecho trágico (sería mejor decir criminal) en la historia argentina. El 16 de junio de 1955 aviones de la marina de guerra —con el pretexto de matar a Perón— bombardearon el centro de la ciudad de Buenos Aires asesinando a cientos de ciudadanos indefensos. «En noviembre» tiene como referencia el naufragio del barco griego *Navarchos* que se hundió en Mar del Plata, frente a Playa Grande, el 20 de octubre de 1964. Por su parte «El pianista» alude secretamente al *Mono* Villegas, un extraordinario pianista de *jazz* (que fue además un gran narrador oral), y recuerda también un chiste sobre monos y pianistas que solía contar —de un modo más procaz, hay que reconocerlo— el compositor Gerardo Gandini (otro músico que narra muy bien). Ese cuento fue publicado hace unos años en un volumen independiente por la editorial Eloísa Cartonera.

Los dos relatos más extensos —que abren y cierran el volumen— son inéditos. «El joyero» fue escrito en 1969 y «Un pez en el hielo» a principios de 1970. Los dos textos pasaron por diversas versiones y múltiples reescrituras. Me pareció pertinente incluirlos en el libro porque fueron escritos con la misma concepción de la literatura que el resto de los relatos.

Reescribir viejas historias tratando de que sigan iguales a lo que fueron es una benévola utopía literaria, más benévola en todo caso que la esperanza de inventar siempre algo nuevo. Una ilusión suplementaria podría hacernos pensar que al reescribir los relatos que concebimos en el pasado volvemos a ser los que fuimos en el momento de escribirlos.

R. P.

Buenos Aires, 31 de agosto de 2006

I

El joyero

1

Su hija Mimi se había trepado a la ventana que daba a la calle y el Chino le sonrió para que no se asustara. La nena se tenía del postigo y miraba el vacío.

—Mimi —le habló despacio el Chino—. Vení con papá.

—Papi se fue —dijo la nena, y se dejó caer.

Entonces lo despertó la claridad de la mañana. Había soñado que Mimi se hundía en un pozo blanco y ahora vio el mismo brillo sucio reflejado en el aire del cuarto. Vivía solo y estaba obsesionado con su hija. Tenía prohibido verla. Su exmujer, Blanca, se había apoyado en los antecedentes penales del Chino y lo había acusado de irresponsabilidad moral.

A los veinte años, en la milicia, mientras estaba de guardia, durante unas maniobras con armas de guerra el Chino había sufrido un accidente (una mujer había sufrido un accidente por culpa del Chino); le formaron una corte marcial y pasó cinco años encerrado en una prisión militar cerca de Batán. Era un pobre conscripto, pero lo trataron como a un asesino y lo convirtieron en un paria.

El juez miró su expediente y resolvió el juicio en diez minutos. Tenía derecho a llamar por teléfono a la casa de su exmujer cada dos días y hablar con Mimi durante quince minutos. Su exmujer lo trataba como si estuviera desequilibrado. (Y estaba desequilibrado). Blanca pensaba que el Chino quería secuestrar a su hija.

El sueño lo perturbó, y al levantarse de la cama quiso saber de su hija. Tengo que llamarla, pensó. Era supersticioso y veía señales en todos lados. Sabía que el azar puede cambiar la vida en un instante. Ese sueño quería decir que su hija estaba en peligro.

El Chino se acercó medio dormido al botiquín y buscó una anfetamina. Abrió el frasco, hizo correr la píldora hacia la palma de la mano y la tomó en seco. En dos minutos, cuando la droga empezara a actuar, sería otro, más lúcido, más rápido. Se le borrarían los malos augurios, los pensamientos mismos se borrarían. Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir y al fin andar sin pensamiento. Andar sin pensamiento. Imposible. La frase de ese tango le sonó como una ilusión inútil.

Fue hasta la ventana y la abrió. Su pieza daba a la curva del Pasaje de la Piedad y desde ahí veía el costado de la iglesia sobre la calle Bartolomé Mitre. Pasaba días y

días sin salir, como un convaleciente, recuperando la confianza. Tenía treinta años y era flaco y duro, con aire de boxeador. Difícil esconder esa cara; la piel oscura, el pelo lacio y negro. A los dos años le habían empezado a decir el Chino; cuando se reía los ojitos se le volvían dos ranuras invisibles.

Vivía y trabajaba en un cuarto dividido con una cortina, donde estaba la cama, una cocina y el banco de trabajo. Todo estaba en su lugar, y era muy cuidadoso en mantener la pieza limpia y arreglada. Cuanto más chico es el lugar donde uno vive, más tiempo lleva mantenerlo ordenado.

Se sentó frente al tablero apoyado contra la pared, en un costado de la pieza y la pastilla lo ayudó a concentrarse. Trabajaba en un anillo de doble engarce, con una montura en ocho, una pieza rarísima que se había dejado de fabricar hacía años. Se lo habían encargado en el taller de Sosa por recomendación de Pura, que desde la cárcel seguía manejando el negocio de las piezas únicas de la calle Libertad. Hacían anillos antiguos que se vendían en Norteamérica y en Venezuela. Era imposible tallar esos modelos con las máquinas actuales, era preciso usar tornos y esmeriles primitivos porque la piel de la pieza era tan fina que se rompía con sólo mirarla.

El Chino había laminado el metal hasta convertirlo en una hoja transparente, luego tejió un tul para sostener el engarce y empezó a facetar el diamante. Trabajaba la piedra sobre una tulipa de acero con un esmeril de dos milímetros. Se ajustó el cono de porcelana de la lupa en el ojo izquierdo y prendió la luz fija. Un rayo blanco iluminaba un punto preciso de la piedra sin provocar reflejos. Parecía un minero trabajando en la galería subterránea de un universo en miniatura. Tallar es algo que se hace casi sin ver, guiándose por el instinto, buscando la rosa microscópica en el borde de la piedra, el pulso liviano y suave. De vez en cuando levantaba la cara y miraba el diagrama del anillo dibujado con compás sobre un papel canson. Después bajaba la vista y volvía a tallar el diamante dejando que el filo helado de la sierra recorriera los bordes invisibles. Con la alcucita pico de loro humedecía el surco con una llovizna de aceite de oliva mezclado con polvo de diamante.

El trabajo lo absorbía pero una parte de sus pensamientos andaban por otro lado. Ésa era su maldición. No podía dejar de pensar. Por eso le gustaba ir a pescar. Pescar y pensar eran lo mismo para él. Se quedaba horas en la escollera, de cara al mar, sintiendo el sedal tenso en la yema de los dedos, inmóvil, afirmado en el piso, con la caña apoyada en la axila, mientras la cabeza era un torbellino de imágenes y de voces. «Pongo la televisión en el canal chino», decía el Chino cuando estaba de buen humor. Eran siluetas sueltas, palabras que volvían como si fueran recuerdos. Ahora pensaba que estaba pensando mientras pescaba y se veía de perfil al final de la escollera larga, en las rías de la laguna de Mar Chiquita, con el reel quieto y la boya roja flotando en el agua. Veía lo que veía adentro de su cabeza, mientras pescaba, una tarde de verano, ¿de qué año?, en su tele personal, el canal chino, las imágenes brutales, las voces que se reían de él, pero a la vez estaba concentrado en el brillo azul del esmeril que entraba como un fuego en la luz transparente del diamante.

Veía el taller que había abierto en los altos de su casa en Mar del Plata al salir de la cárcel y a Blanca que entraba para cebarle mate, con un batón floreado y descalza, embarazada de Mimi. Sería el verano del 62. Ella ya estaba enojada con él y la nena todavía no había nacido. El Chino trabajaba todo el tiempo y se pasaba el fin de semana pescando en el refugio de la laguna de Mar Chiquita y Blanca se empezó a quejar de que estaba siempre sola. La llevó dos veces con él a pescar pero fue un desastre porque Blanca se aburría o se ponía a escuchar la radio y mataba el silencio que era lo que el Chino iba a buscar a la orilla de la laguna. Incluso un día vinieron unos pescadores a quejarse porque Blanca estaba escuchando tangos y tuvieron una discusión. Blanca se fue a la ruta en medio de la noche y el Chino tuvo que juntar las cosas, apagar el farol y seguirla. Se quedaron en el refugio de la ruta como dos horas hasta que pasó el primer Marplatense de la mañana y pudieron volver. Fue la última vez que intentó compartir con ella la paz de salir a pescar y quedarse tranquilo pensando cerca del agua.

El resto del tiempo lo pasaba solo trabajando en el taller que había instalado en una pieza en la parte de arriba de la casa. Era un cuarto de material de dos por dos que estaba sobre la terraza y el Chino se sentía feliz trabajando ahí solo toda la noche. Al principio le daban a fundir las joyas que los desesperados salen a vender en los negocios de la Rambla para seguir jugando en el casino, pero de a poco lo fueron conociendo y empezó a tener trabajo fino. Hizo varias piezas que se vendieron en la joyería del Hotel Hermitage y una vez hizo un anillo con una aguamarina que se había exhibido en la casa Tiffany de Nueva York.

En la cárcel el Chino había conocido al flaco Pura y ahí aprendió el oficio de joyero. Pura llevaba siete años preso porque había matado a un capitán, una noche, en el casino de oficiales de un destacamento de montaña, en Cobunco, dos días antes de salir de baja, a fines de marzo del 56. Nunca nadie supo por qué lo había matado y Pura jamás se lo explicó. Fue una suerte, en medio de la desgracia, que al Chino le tocara compartir la celda con el flaco Pura, que era uno de los mejores joyeros de la Argentina y que a los dieciocho años había sido primer oficial en el taller de Ricciardi. En seis meses el Chino aprendió todo lo que había que aprender en el oficio y al año trabajaban los dos a la par. Tenían el banco de trabajo en un galpón al fondo del pabellón especial y nadie los molestaba. Hacían cintillos para las amantes de los coroneles y solitarios para las hijas que festejaban el cumpleaños de quince. Según Pura, ellos dos sostenían la economía de todos los oficiales de artillería de la provincia de Buenos Aires. (Manejaban miles de pesos en oro y brillantes; no hay lugar más seguro que una cárcel militar). Trabajaban de noche cuando los otros presos dormían. Al Chino le gustaba el aislamiento, el silencio, la llama blanca de la soldadora de acetileno como un punto de luz sobre la piedra pulida. A las seis de la mañana tomaban el mate cocido y se iban a dormir cuando los otros se levantaban.

Ahora, al recordar aquellos años de encierro y soledad, trabajando en medio del silencio junto al cuerpo enjuto de Pura, el Chino se sentía perdido y pensaba que sólo entonces había podido vivir en paz.

Otra cosa que le trajo problemas con Blanca fue que el Chino iba a visitar al flaco Pura al penal de Dolores todos los domingos. Iba solo, y le llevaba dos pollos al espiedo y dos tarros de duraznos en almíbar y dos cartones de cigarrillos importados. Salía a la mañana temprano y volvía tarde en la noche. Tanto lo peleó Blanca que empezó a saltarse un domingo por medio y al final iba una vez por mes. Al fin Pura le dijo que no volviera, que se quedara tranquilo, que tratara de salvar su matrimonio. Le dijo: «Tenés que tratar de salvarte», y el Chino pensó que le estaba hablando en broma o que lo había entendido mal. Pura para ese entonces estaba muy enfermo, ya no se podía levantar de la cama y lo dejaron entrar a verlo a la enfermería de la cárcel como excepción, porque el Chino había sido «un interno», como le dijo el guardia que lo dejó pasar. Fue la última vez que lo vio. Ésa era una imagen que le volvía cuando estaba solo. Pura, desnudo en el catre del hospital, flaco como un faquir, fumando, la yerba que tiraba cuando limpiaba el mate amontonada sobre un diario abajo de la cama. Eran las dos de la tarde de un día de verano y el Chino venía encandilado por el sol de la calle y le costó acostumbrarse a la penumbra de la pieza alumbrada con una bombita de cuarenta watts que colgaba del techo. Dejó el paquete sobre una silla y se sentó en el borde de la cama.

Y ahí fue donde Pura le regaló las joyas de la virgen y le dijo que tenía que largar todo e irse a Buenos Aires. Como si Pura fuera su padre, que siempre le estaba dando consejos que él no entendía, como si Pura le leyera el pensamiento o pudiera ver las imágenes que se le cruzaban por la cabeza cuando estaba asustado. Blanca ya lo engañaba o el Chino pensaba que Blanca ya lo engañaba y estaban a punto de separarse.

Pura tenía una bolsita de cuero con la limadura de platino y de oro que había juntado en todos esos años, escondida en una figura hueca de la virgen de Luján. La había puesto en una repisa de madera, con una rama de aroma. La virgen pesaba más de dos kilos pero jamás se la revisaron en las requisas. Pura le había enseñado a recoger la ganga de platino y de oro que quedaba al final del trabajo del día. Eran invisibles, aire blanco, minúsculas partículas doradas que se barrían con una escobita y se recogían en el hueco de una cuchara de té. Todos los días, durante años, con la ilusión de poder pagarse una fuga, el flaco Pura había guardado el oro y el platino en la figura de yeso de la virgen de Luján. Pero al final le regaló la virgencita, como le decía, cuando el Chino lo fue a visitar ese domingo a la enfermería.

El Chino no supo qué decirle y metió la virgen en una bolsa de cartón. No se despidieron pero estaba claro para los dos que ya no se iban a ver más. Pura pensaba que el Chino se había quedado en Mar del Plata para poder visitarlo en la cárcel.

—Yo estoy hecho, Chino —le dijo Pura—. Trata de irte a Buenos Aires y ponerte por tu cuenta.

Con lo que sacó vendiendo las limaduras, pudo dejar todo e irse de Mar del Plata cuando se separó de Blanca. En Buenos Aires el oficio era muy diferente, se valoraba el trabajo personal y el Chino enseguida empezó a hacer piezas finas. Un anillo bien hecho podía llevarle meses. En el fondo nunca estaban terminados. Se podía seguir laminando la piedra y puliendo el engarce hasta que el metal y el diamante parecieran formar un solo cuerpo invisible. Desde mayo estaba trabajando en un solitario de platino que le ocupaba todo el tiempo. Era una pieza única, un diamante sudafricano de cuatro puntas montado en un engarce móvil. Cada una de las laderas de la piedra debía ser labrada de acuerdo con una forma específica y por lo tanto tenía que seguir en cada punto microscópico del material un tiempo y un orden determinados para poder llegar sin riesgo a las grietas y a los cierres. Aunque parezca increíble, algunas facetas de la piedra hay que trabajarlas en sentido inverso y con la mano izquierda como si se las tallara en un espejo, y las otras, en cambio, de afuera hacia dentro tratando de que el esmeril siga la veta del diamante. Hacía falta tanta concentración y un pulso tan firme, que el Chino sólo podía trabajar en ritmos de dos o tres minutos y luego tenía que detenerse y respirar con calma para recuperar el pulso. A pesar de que trabajaba con la mente en blanco, todo el cuerpo suspendido en el punto frágil donde la piedra podía quebrarse y estallar, el Chino no había podido pasar nunca una hora de su vida sin pensar en Blanca. No se la podía sacar de la cabeza. Pensaba en ella todo el tiempo mientras sus ojos tallaban el cristal y también mientras dormía. En ella o en Mimi, como si fueran dos partes de una sola persona. Su hija era su mujer antes de que el Chino la conociera. Pensaba que si Mimi se quedaba con Blanca terminaría por convertirse en Blanca, pero sin rencor, sin que él hiciera lo que había hecho para decepcionarla y perderla. (Ésos eran los pensamientos confusos que le aparecían como si una voz le estuviera dictando). El mensaje del sueño era a la vez desesperado y nítido y parecía querer decirle que su mujer estaba en peligro. No es Mimi, pensó, ella está en peligro.

Se levantó y fue hasta el teléfono. Tenía el número de su casa anotado con lápiz en la pared: 34 933. Marcó el cero y esperó, cuando apareció la voz de la telefonista de larga distancia, le dio el número de memoria. Después de un momento lo oyó sonar, del otro lado del mundo, y vio el cuarto blanco lleno de luz, con las cortinas transparentes y la mesa de vidrio donde sonaba el teléfono, y se imaginó a Blanca que avanzaba por el pasillo hacia él.

—Hola, Blanca —dijo.

—Sí, quién es... Hola.

Se quedó mudo un momento, sorprendido. Colgó sin contestar. Lo había atendido un hombre. Increíble. Blanca podía tener un tipo o varios. Pero no podía concebir que lo hiciera vivir en la casa. Llamó otra vez. Lo atendió el tipo. Así que lo insultó con voz fingida y colgó. Volvió a llamar y entonces atendió Blanca. Estaba enfurecida.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? —le dijo antes de que él pudiera hablar.

—Nada, quiero ver a la nena. Quiero que pase una semana conmigo.

Hubo una pausa.

—¿De dónde me hablás?

Por primera vez notó que su mujer estaba asustada. Piensa que estoy en Mar del Plata, pensó. Que me le voy a aparecer de golpe y la voy a matar. Ahora él hizo una pausa.

—¿Quién es el tipo que me atendió?

Ella se rió, divertida, nerviosa. Él pensó por un momento que habían recuperado la complicidad que los había unido durante años.

—Habla con tu abogado —dijo ella. Y le colgó.

La vio regresar desnuda a la cama y apoyar la rodilla en el colchón mientras el tipo la miraba, tirado boca arriba, fumando. (El tipo tirado boca arriba en la cama no tenía cara). El recuerdo de una tarde que habían pasado en un hotel cerca del Faro y la imagen de Blanca desnuda, que se acercaba sonriendo, insistía como una alucinación.

Volvió al banco y trabajó media hora hasta dejar el engarce del anillo casi listo. Se sentía tranquilo y relajado y a la vez volvía a oír la voz del tipo en el teléfono, una voz irónica, satisfecha, que lo alteraba. Le costaba cada vez más someter a su mente. Cada vez necesitaba medidas más radicales antes de poder moverse y animarse a salir. Limpió con mucho cuidado los restos del metal sobre el banco y luego envolvió el anillo en papel de seda y lo escondió en un bolsillo secreto de la campera. Metió un poco de ropa en un bolso y buscó una llave escondida en una bolsita de lona en el fondo de un cajón. En el techo del ropero, tenía un revólver envuelto en un trapo. Iba a llevarlo, podía hacerle falta. Eran las dos de la tarde. Si todo iba bien podría ver a su hija a la mañana siguiente al salir de la escuela.

Los talleres de joyería estaban en la calle Libertad. Eran pequeños negocios de compra y venta de oro, que al fondo tenían siempre varios bancos de trabajo. El Chino trabajaba con Sosa, un viejo que había sido amigo de Pura en la época en que los dos trabajaban en Ricciardi. Había un sistema de jerarquías en las casas y todos se conocían y sabían cuáles eran los joyeros de calidad. Como las mejores piezas las vendían afuera, la ilusión del Chino era emigrar. Irse con Blanca y con la nena a vivir a Nueva York, donde Sosa tenía contacto con la colonia de colombianos que manejaban el negocio. Incluso tenía la dirección de un argentino que había puesto una joyería en Brooklyn. El Chino se acordaba de memoria de la dirección del argentino: Jefferson Avenue 756a. El local se llamaba El Potosí y el Chino había visto una foto. La joyería estaba en el Barrio y tal vez Sosa pudiera escribir una carta y recomendarlo. Tendría que vender la casa de Mar del Plata para pagar los pasajes y por supuesto arreglar sus problemas con Blanca.

La joyería de Sosa ocupaba la esquina de Libertad y Cangallo y el local era amplio y bien iluminado, con anillos y pulseras en la vidriera. Para entrar, el Chino

tuvo que tocar un timbre y hacerse ver por el empleado que controlaba la seguridad. La puerta se abrió con un chillido mecánico y el Chino pasó del otro lado del mostrador. Al fondo estaba la escalera que llevaba al sótano y al taller.

Sosa trabajaba en un costado, con un aprendiz que le sostenía el metal mientras lo laminaba. Era un viejo de cara flaca y aire distraído. Había sufrido un ataque y había estado a punto de morir. Le temblaban un poco las manos y ahora se encargaba de dirigir el trabajo que hacía el Gorrión, su aprendiz. En un sentido el Gorrión era las manos de Sosa.

—Traje esto, don Sosa —dijo el Chino, y dejó el anillo sobre la mesa—. No está terminado.

Sosa observó el anillo con aprobación.

—Sin soldar —afirmó.

El Chino pensó que era una pregunta.

—No, lo tallé con sierras de dos milímetros.

Sosa miró al Gorrión y el chico levantó el anillo y lo puso bajo la luz. Aprobó admirado y miró al viejo. Los dos se entendían como si se leyeran el pensamiento.

—Cuántas usaste —dijo Sosa.

—Dos cajas.

Las sierras eran más finas que un pelo y se partían con sólo mirarlas; les echaba aceite con la alcucita para que no se mellara el platino.

—Ves, Gorrión —dijo Sosa—. Acá está el engarce.

No se veía porque lo había disimulado en la piedra y todo el anillo parecía de una sola pieza.

—Vea, don Sosa —dijo el Chino—. Necesito plata y el lunes le entrego el trabajo.

Se estaba hundiendo. El viejo Sosa lo miró. No le gustaban los que pedían adelanto, en realidad no le gustaban los oficiales a los que no les alcanzaba el sueldo. En el oficio había muchas historias de talladores que se habían dejado tentar. Se manejan miles y miles de pesos en joyas y muchos dicen haber conocido el caso de uno que se levantó todos los brillantes que tenía en el taller y cambió de vida.

—¿Pasa algo, Chino?

—Tengo que hacerle un regalo a mi mujer porque es el cumpleaños. —Hubo una larga pausa—. Estoy tratando de volver con ella.

—Nunca llegues a creer ni en lágrimas de mujer ni en la renguera del perro —dijo Sosa, y el ayudante sonrió.

Para cada ocasión tenía una sentencia. Era un hombre que odiaba a las mujeres. Trabajaba para ellas, hacía joyas para las manos y las gargantas de las mujeres, pero eso era todo lo que podía ofrecerles. Las conocía bien, sabía lo que podía gustarles. Estaba acostumbrado a recibirlas en el local y ayudarlas a decidir cómo tenía que ser el cintillo que iban a lucir. Pero ése era todo el trato. Vivía solo en una casa por Villa Crespo, no tenía hijos, no se le conocían parientes ni amigos. A veces, los sábados, iba a un boliche del bajo (al New Texas, al First and Last) y a la madrugada salía con

alguna de las coperas y pasaba la noche con ella en un hotel de Leandro Alem. Nunca con la misma, porque no quería encariñarse ni conocerlas. Algo le había pasado hacía años y se tejían muchas historias. Una mujer lo había engañado con el hermano más chico de Sosa. Los encontró en la cama. Eso contaban.

—¿Cuánto hace que te separaste?

—Seis meses —dijo el Chino.

Sosa sostenía el anillo en la palma de la mano. Había un leve temblor que le bajaba desde la cabeza. Varias veces el Chino tuvo ganas de sincerarse con él, pero no se animó. ¿Qué le iba a decir? ¿Mi mujer no me deja ver a mi hija porque piensa que estoy loco?

—¿Y para qué querés volver si estás bien como estás? ¿O no estás bien como estás?

—No me deja ver a mi hija —dijo el Chino.

—Uno conoce a una mujer recién cuando se separa de ella —dijo Sosa—. Te doy quinientos. El lunes a primera hora me entregas el anillo. ¿Qué le falta?

—Pulir el engarce —dijo el Chino.

—Vos sos peor que yo.

—Me gusta el trabajo bien hecho —dijo el Chino.

Sosa le hizo un vale y en la caja le adelantaron el dinero.

2

La Terminal de ómnibus de Mar del Plata estaba vacía porque era fines de noviembre, pero las bombitas de luz de los negocios seguían prendidas como invitando a los clientes a entrar. El Chino anduvo por el *hall* y vio los viejos locales arruinados donde se ofrecían pulóveres y recuerdos del verano. Enfrente, sobre la recova, había una serie de negocios que estaban abiertos toda la noche. Boliches de compra y venta de oro y relojes y de cachivaches que la gente que había ganado a la ruleta le compraba de regalo a los hijos. Vendió el anillo.

Se paró frente a la vidriera de una juguetería. La muchacha que atendía el local miraba una revista y lo espiaba por encima de los ojos, sin levantar la cabeza. Parecía contenta y era joven y linda. El Chino se desprendió de la imagen de la chica y de su propia imagen reflejada en el cristal de la vidriera y entró en el negocio.

Había una muñeca de porcelana en un costado, una bailarina en puntas de pie con un vestido de seda plisado y los brazos en arco sobre la cabeza. La levantó y se

acercó al mostrador. Nunca sabía bien qué regalo comprarle a su hija.

—Francamente, ¿le parece que está bien para una nena de cinco años?

—Claro, es una caja de música.

No se había dado cuenta. La chica le activó una llave y la bailarina empezó a girar y se escuchó una musiquita.

—La llevo —dijo el Chino.

—Se la envuelvo para regalo —afirmó la chica.

Le hizo un paquete con papel de seda y se lo guardó en una bolsa de cartón que decía «Mar del Plata. La ciudad feliz».

El Chino salió de la Terminal y alquiló una pieza en el primer hotel que encontró del otro lado de la calle. Lo atendió una mujer alta y muy maquillada y casi sin pensarlo el Chino le dio un nombre falso y le dictó su número de documento con la última cifra cambiada. Dijo que se llamaba Arturo Sosa y que vivía en la calle Libertad 456 en Buenos Aires. Iba a quedarse por lo menos todo el fin de semana. El cuarto era amplio, con una ventana que daba sobre los andenes y los micros estacionados.

Dejó la muñeca en la mesa de luz y se tiró en la cama. Era raro estar otra vez en Mar del Plata donde siempre había vivido. Tenía varios amigos y muchos conocidos pero pensaba cruzar en secreto y ver a Mimi, regalarle la muñeca y después irse. Blanca se iba a dar cuenta de que no podía impedirle ver a su hija. Había conservado la llave de la cocina de la casa y pensó que podía entrar furtivamente por atrás, estar un rato con Mimi y después irse sin que nadie lo notara. Le dieron muchísimas ganas de verla y de oírla hablar. Tenía unas manitas muy chiquitas y le gustaba ponerlas contra la palma de la mano del padre. La mano de la nena entraba como cinco veces en la mano del Chino y eso a Mimi le encantaba. En invierno se sacaba los guantes de lana y ponía la palma tibia en la mano rugosa del Chino. Abrió el bolso y sacó el revólver que había guardado entre la ropa y lo escondió en la bolsa con la muñeca. Se miró en el espejo; con la bolsa en la mano, parecía un hombre pacífico. Tenía que hacer tiempo. Mimi se iba a dormir temprano, pero Blanca nunca se acostaba antes de las dos de la mañana.

El Chino salió a la calle y caminó algunas cuadras hacia el Torreón. Le gustaba el aire que venía del mar, le secaba la boca, y sentía la sal en la piel. Se paró a mirar las piedras, abajo, y el remolino de las olas. Lo peor de vivir en Buenos Aires era que no podía ir al mar a pescar. No había comparación entre tirar la línea en el río o pararse en la punta de la escollera y quedarse toda la noche sintiendo el chicotazo del mar. Una vez sacó un tiburón de metro y medio casi al borde de la playa, ahí nomás en la Bristol. La gente jugaba a la ruleta en el casino y el tiburón andaba por ahí husmeando en la profundidad con la aleta negra rayando el agua. En el río los peces estaban llenos de barro y en el mar todo es limpio y frío y blanco como si fuera vidrio salado.

Cerca del Casino vio a los tipos que cruzaban por el Boulevard Marítimo como

fantasmas. Todavía era temporada de invierno, se podía jugar hasta las dos de la mañana. Tocó el revólver y pensó lo que siempre pensaba. Qué hubiera sido de su vida si esa tarde, cuando estaba de guardia, no hubiera dejado pasar a la muchacha o si ella hubiera cruzado antes de que empezaran a tirar o si ese día no lo hubieran mandado a hacer guardia en el camino que bordeaba la costa. Su vida sería otra, no estaría ahora parado ahí, como un ladrón, esperando la madrugada para entrar en silencio a su casa y saludar a su hija.

Vio el cartel de Celusal, al fondo, en la rambla de pescadores sobre la playa. Brillaba en la noche el cartel, con la luz de las ventanitas de los departamentos al fondo, para el lado de Camet. Él vivía en la calle Rioja, cerca de la avenida Independencia, en La Perla. Vivía, es un decir, había vivido, había comprado esa casa con mucho sacrificio y cuando se la imaginaba, la veía nítidamente, con los cuadros en las paredes y los muebles y los pisos encerados y sentía un vacío porque estaba todo menos él. La ausencia era eso. Un lugar que uno conoce y recuerda de memoria, como si fuera una foto, donde uno falta. Sentía que había una relación secreta entre la debilidad de carácter que lo había hecho dejar cruzar a la mujer del Fiat 600 por el camino de la costa y el modo en el que Blanca se había convertido en el centro de su vida. Ella empezó a acusarlo de estar loco, de estar obsesionado y enfermo de celos. En realidad primero hubo un escándalo, porque la vio (o creyó verla) con otro hombre en el *hall* de un edificio por Playa Grande. Él cruzaba en colectivo por Alberdi y la vio a Blanca que lo besaba y sonreía. El tipo era un viejo, vestido con un sobretodo amarillo. Tal vez veía visiones. Imágenes en el canal chino. Cuando la sorprendió, Blanca se estaba riendo, con esa risa que el Chino le conocía bien. La risa con la que ella se ríe, pensó, cuando está alzada.

Tenía que hacer tiempo por lo menos hasta las dos de la mañana. Cruzó la recova frente a la pileta cubierta y subió otra vez hacia la rambla, y después de pasar el Casino entró en el Montecarlo. El bar era amplio y no cerraba nunca y estaba en la frontera de la ciudad al borde de la Plaza Colón. Era un lugar de paso, con clientes que venían del centro y viajantes que seguían hacia el sur. El barman era un chileno que lo conocía bien, pero cuando entró el tipo lo miró desde la caja como si fuera invisible. Lo mismo el mozo, un flaco con un defecto en la pierna. Había jugado al fútbol, en la primera de Kimberley, y le partieron la tibia y el peroné y quedó rengo.

Pensaba en el bar cuando estaba en Buenos Aires, y se veía con Blanca después de salir del cine, tomando café con ginebra y hablando con el mozo que tenía la pierna chueca, pero ahora que estaba aquí nadie lo conocía. También el bar era un lugar vacío, como si sólo existiera en la memoria. El mundo exterior existe si podemos recordarlo, pensó de golpe sin entender muy bien lo que quería decir. Las evidencias son la única verdad. Había tratado de explicar que la mujer del Fiat 600 le había sonreído y le había pedido por favor que la dejara cruzar porque si no iba a tener que desviarse como cien kilómetros y que él jamás pensó que justo en ese momento iban a empezar a tirar. Hacía tres horas que estaba de guardia ahí sin que

pasara nada. Se distrajo, se dejó convencer, la culpa no era suya. Pero la evidencia era otra, la evidencia era el coche con el motor en marcha detenido contra el terraplén y la muchacha con un tiro en la cara. El pasado no se puede cambiar. Era imposible volver atrás y decirle a la mujer que no cruzara, a pesar de que la escena se le repetía y volvía a verla llegar con el auto, en medio del calor de la siesta, por el camino de tierra.

El barman leía *Crónica* y el Chino se le acercó. El tipo lo miró extrañado durante un momento.

—Soy Onega —dijo el Chino.

—Chino —dijo el barman, sorprendido—. ¿Está de vuelta?

—¿Y los muchachos? —dijo el Chino.

—Está el doctor —dijo el barman, y señaló a un hombre que leía el diario, al fondo, contra los ventanales—. Luisito viajó a La Plata y Ernesto debe estar al caer. —Sonrió, tranquilo. Le miró la bolsa de papel—. ¿Está de vuelta?

—Vine a buscar a mi hija —dijo el Chino.

—¿Ah, tiene una hija? —El barman le sonrió—. Hoy esto va a ser un desierto. ¿Una ginebra?

El Chino afirmó y lo vio agacharse y abrir la puerta de la heladera para buscar el hielo. Era una coartada como cualquier otra. Ser conocido por el barman, ir a la misma hora a la que iba antes, como si todo siguiera igual.

Una extraña historia ocupaba la primera plana de los diarios: la sirvienta de un empresario uruguayo se había ganado la lotería. Pero el billete se lo había robado la señora de la casa. Una amiga de la chica había hecho la denuncia y ahora se había quedado paralítica después de un accidente de tránsito.

—Le serrucharon la barra de dirección —dijo el barman—. La mafia uruguaya. Hay un tal Planes o Blanes que maneja los casinos de Montevideo. Esta chica es un grupí.

Anoche soñé que ganaba un dineral en el Casino... —dijo de pronto un gordo que estaba parado en la barra junto al Chino.

—Entonces no vaya —dijo el barman—. Es yeta ganar plata en un sueño. Juegue a la quiniela.

—Jugué al doce y salió el once —dijo el gordo—. Le pegué en el poste.

—El casino es el doble cero —dijo el barman—. Los huevos fritos.

Miró al Chino sonriendo, divertido con el chiste. Y se alejó al otro lado del mostrador. El Chino levantó el vaso de ginebra y miró el salón buscando una mesa. Al fondo, en el ventanal que daba a la playa, vio al médico que venía siempre al bar y pasaba las noches tomando *whisky*. Cada vez se iba más tarde, vivía en El Paraíso, un hotel sobre la avenida Luto. Lo había visitado varias veces y siempre lo había asombrado la elegancia del tipo, que tenía la pieza llena de discos de música clásica y de libros en francés. Cuando el Chino salió de la cárcel le habían dado el dato del doctor Montes, un médico que ya no ejercía pero podía firmar las recetas para

comprar anfetaminas. Necesitaba esas pastillas como el aire. Pero podía dejarlas cuando quisiera, sólo tendría que aguantar el bajón de las primeras cuarenta y ocho horas. Se vio tirado en la cama, sin voluntad, pensando en Mimi y en Blanca y en la escena del accidente, e hizo un esfuerzo para moverse. Se dio vuelta hacia el médico y lo saludó con el vaso. Un médico que se emborracha a comienzos de la noche, pensó, mientras el resto de los muertos se arrastran por la calle.

Cuando el Chino se le acercó, el doctor Montes se levantó para saludarlo y le sonrió. Montes era capaz de mantener la alegría, un impulso de euforia que llegaba a los demás como una gracia, aunque estuviera desesperado.

—Vino un yirito, recién, tendría..., ¿qué le puedo decir?, catorce años, quince. Se me acerca... —Hizo una pausa—. Se paró ahí, con la sonrisa que le copian a las chicas de las revistas mexicanas. Tendría que haberla visto. Esa piel de las nenas de ahora, brillan como vírgenes, con las minis y las blusas de satén y las tetitas sueltas. Tenía los certificados al día y yo hubiera pagado por estar con ella, me la hubiera llevado a pasar la noche al hotel. Pero ella sólo quería que yo la atendiera, casi me dice Nono, tenía miedo de estar infectada.

—¿Y qué tenía?... —El Chino sintió el gusto metálico y helado de la ginebra que le quemaba la garganta.

—Alucinaba. Es incapaz de saber qué va a pasar con su vida más allá de los cinco minutos siguientes. Tiene una capacidad de concentración de cuatro segundos. Quería que yo la revisara porque no podía dormir.

El doctor había sido jefe de la sección psiquiátrica del Durán, pero en un confuso episodio se enredó con una mujer internada y perdió el trabajo. Ahora vendía recetas de drogas y atendía a los desesperados de la ciudad sentado toda la noche en una mesa del Montecarlo.

—¿Sigue acá?

—Alguno se tiene que quedar para escribir los epitafios... En una de éstas me voy a Las Flores... Tengo una hermana que arrendó un campito y a lo mejor me instalo en el pueblo.

—Vea, doctor —dijo el Chino—. Estoy de paso en la ciudad. Vine a Mar del Plata a visitar a mi hija. —Se sorprendió al ver lo que había dicho—. Y voy a necesitar cierta dosis de reserva, tres o cuatro vidrios, cinco a lo más. ¿Cuánta plata hace falta?

El doctor se tiró atrás en la silla y lo miró con una expresión amistosa. Para el doctor Montes, el Chino era otro desesperado, un tipo que había perdido a su mujer y a su hija y que se arrastraba empujado por la benzedrina.

—¿Y adónde piensa irse?

—Me vuelvo a Buenos Aires. Quiero llevarme a mi hija a vivir un tiempo conmigo.

De golpe le había dicho la verdad y se sintió aliviado porque él mismo descubrió lo que pensaba.

—Todo se puede arreglar —dijo el médico.

—Mi mujer tiene el amparo del juez y no me deja verla. Usted sabe que yo estuve preso. —El médico lo miró con interés—. No fue culpa mía. Fue un accidente.

—Ya sé, ya me contó...

—Estaba haciendo la colimba, aquí en Camet, y me mandaron a cuidar un camino de tierra donde nunca pasa nada, me dejaron plantado ahí. Usted sabe cómo son esas cosas. Y de golpe aparece una mujer en un Fiat 600. Me pide paso. Me dice que son doscientos metros, que si no tiene que volver a la ruta, que esto y lo otro. Quise hacerle un favor. Tendría que haberme negado, pero pensé que iba a pasar sin problemas, las maniobras tardan días en ponerse en movimiento, estaban dando vueltas desde la mañana y no habían empezado a tirar. Cómo me iba a imaginar yo que justo en ese momento...

—Mala suerte —dijo el médico—. Y le tiraron el muerto encima.

—Claro. Me acusaron de «dolo eventual». No tuve ninguna intención de matarla, pero ella murió por mi culpa. Para peor, un cabo dijo que había visto cómo yo la hacía pasar. Eso me arruinó la vida. El tipo no había visto nada, no había ningún zumbo ahí, si yo estaba solo en medio del campo... A veces pienso que estoy ahí de vuelta y le digo a la mujer que no pase.

—Mejor no piense en eso.

—No, ya sé... Cuando estaba con mi hija me había olvidado por completo del accidente, pero ahora que vivo solo me vuelve, a veces, como si lo estuviera viviendo otra vez...

—Me perdona un momento, tengo que hacer un llamado.

—No se olvide la receta —dijo el Chino.

El médico le escribió la receta y se alejó hacia el teléfono. Y si llama y me denuncia..., pensó el Chino. Ésas eran las cosas que se le ocurrían últimamente.

Buscó al mozo y pagó la cuenta. Antes de salir del bar saludó al médico, que siguió hablando en la cabina de teléfono como si no lo hubiera visto. La noche estaba fresca y estrellada y se oía el mar, al fondo, leve y sombrío. Subió por el Boulevard Marítimo hacia el Asilo Unzué, donde la ciudad mantenía el mismo aspecto ruinoso del pasado. Conocía ese trayecto de memoria. Durante cinco años lo había hecho todos los días. Un tiempo igual al tiempo que había pasado en la cárcel. Ahora comenzaba otro período de cinco años en los que ya no iba a estar solo. Tengo treinta años, pensó. Dentro de cinco años voy a ser un viejo.

La noche estaba clara y limpia, el murmullo del mar borraba los rumores de la ciudad. Frente a la Perla bajó por Libertad hacia la plaza y llegó al barrio donde había vivido siempre. Un lugar tranquilo, con jardines al frente y casas de piedra. Todo estaba quieto y callado, algunas luces brillaban entre los árboles. La esquina era un terreno baldío y al costado, del otro lado del tejido, estaba su casa. Uno de esos chalets de piedra, con dos ventanas con rejas bajas y techo de tejas.

Se detuvo y se arrimó a un árbol, la calle estaba desierta y él rondaba como un ladrón frente a su propia casa. Había una luz encendida en el jardín y vio el triciclo de

Mimi entre los jazmines. Iba a tener que saltar el cerco de ligustro, había un soporte de ladrillo en un costado y lo podía usar para apoyarse y cruzar por el tejido. Al caer en el jardín, pisó mal y tropezó. La bolsa con la muñeca y el revólver se le soltó de la mano y al caer rebotó contra un cantero y se abrió. Cuando levantó el paquete empezó a sonar la musiquita y vio que se le había despegado la cabeza a la muñeca. El revólver había caído entre las plantas. El Chino se sentó un momento bajo el limonero que él mismo había plantado hacía años y tuvo ganas de llorar. A lo lejos ladró un perro. Nada se movía, las luces de la casa estaban apagadas, salvo la débil luz amarilla de un farol encendido en el porche.

El Chino se deslizó por la parte oscura hacia los fondos. Se movía por el jardín y por el patio de atrás de la casa, sigiloso en medio de la noche, cada lugar estaba fijo en su recuerdo con la claridad de una obsesión. Tenía que dar vueltas por el lavadero y entrar por la cocina. Había ropa colgada en la soga y un montón de leña amontonada contra la pared del baño. Buscó la llave de la puerta de la cocina y abrió despacio. Una leve claridad bajaba por la ventana e iluminaba con un aura tenue la blancura de la cocina. El Chino se detuvo y miró el hule de la mesa, con la tostadora y la pava con el mate. El pasado estaba cristalizado ahí. Sintió una sensación de alegría, como si todo hubiera sido un sueño, y ahora estaba otra vez donde debía estar. Se quedó un rato inmóvil y por fin se sentó en una silla y se quitó los zapatos. Los guardó en la bolsa con la muñeca y el revólver. Después cruzó la puerta, en medias, hacia la sala. En la cárcel había aprendido a moverse en silencio, casi sin respirar.

Eran casi las tres de la mañana. Blanca no se iba a despertar. El dormitorio estaba a la izquierda, cerca del baño. La puerta estaba abierta. Se asomó y la vio. Estaba desnuda, tendida sobre las sábanas, durmiendo con un hombre. El tipo estaba de espaldas, en calzoncillos. Ella le pasaba el brazo sobre el cuerpo. Se quedó un momento inmóvil, la pieza estaba igual, incluso vio su radio-reloj en la mesa de luz. El corazón le latía tan fuerte que pensó que iban a oírlo. Se acercó a la cama y sintió (o imaginó que sentía) el perfume del cuerpo de Blanca. Estuvo un rato ahí, inmóvil. Se obligó a salir del cuarto y volvió al *living*.

Se sentó en un sillón cerca de la ventana que daba a la calle. Iba a esperar hasta las seis para despertar a Mimi. De vez en cuando el faro de un auto iluminaba el jardín. Abrió la bolsa de papel, que crujió en el silencio de la noche, y empuñó el revólver. «Tal vez ella me vio y sabe que yo estoy aquí y vendrá a buscarme». Veía imágenes confusas de cuerpos ensangrentados y oía débilmente una voz que le hablaba en una jerga incomprensible. Prendió un cigarrillo y fumó en la oscuridad. Todo lo que había vivido estaba frente a él, proyectándose en su cabeza, como en una pantalla. Trataba de no pensar, pero las ideas volvían en un torbellino. Pasaba y repasaba los acontecimientos de su vida, los hechos de los que se avergonzaba y que no podía remediar. Estuvo mucho tiempo en una especie de estupor hasta que se obligó a moverse pero antes se guardó el revólver en la cintura.

Enfrente estaba la pieza de la hija. Entró y se detuvo, una luz suave llegaba desde el velador cubierto por un pañuelo azul. Mimi dormía y no se movió. La contempló durante un largo rato. Dormía con la cabeza casi afuera de la cama, boca arriba, con una expresión tranquila. Se acercó a la cama. Mimi había acomodado la ropa sobre una silla. Miró los dibujos y las fotos en las paredes. En ese momento la nena se despertó.

—Mimi —dijo el Chino—. Vení con papá.

La nena se sentó en la cama y lo abrazó. Como si comprendiera la situación, le habló en un susurro.

—¿Te vio alguien?

El Chino sintió una extraña emoción.

—No. Vestite —le dijo.

Había tomado la decisión casi sin pensar. La nena empezó a vestirse.

—Mamá está con el tío Enrique. Pero a mí me gusta más estar con vos.

La nena le transmitía una alegría y una intimidad que siempre lo calmaba. Ella lo hacía sentirse un hombre como nunca ninguna mujer lo había hecho sentir. Cuando estaba con Mimi se sentía seguro y actuaba con suavidad, sin perder la calma. Jamás estaba perdido estando con su hija. Con el resto del mundo, en cambio, vacilaba inseguro. Salvo cuando estaba trabajando en el taller; si había logrado concentrarse y salir de sí mismo, entonces todo iba bien. Pero con Mimi era mejor porque ella lo aliviaba instantáneamente. Comprendió que había venido para verla pero que ahora había decidido llevarla y pasar con ella dos o tres días como si fuera una visita acordada.

—Mimi —le dijo arrodillado a la altura de la nena—. Nos vamos a ir dos o tres días y después volvemos.

La nena lo miró. Pareció que iba a empezar a llorar pero se contuvo.

—¿Y el jardín? Tengo que darle la tarea a la señorita Julia. Te voy a mostrar —dijo Mimi. Fue hasta la silla donde estaba la bolsita y trajo una figura de plastilina. Parecía un hombre con un sombrero. Había empezado a pintarlo y tenía la mitad del cuerpo color amarillo—. Es un japonés —dijo Mimi—. ¿Puedo llevarlo?

—Sí, claro —dijo el Chino, y terminó de vestirla.

Para salir tenía que volver a cruzar la sala frente al dormitorio de Blanca. El tipo se llamaba Enrique, no lo conocía, no era ninguno de sus antiguos amigos y eso lo alivió. Prefería no conocerle la cara. Abrió la puerta y salió a la penumbra de la sala. La nena se portaba muy bien, era inteligente y muy tranquila. Cuando estaba por salir a la cocina, Mimi le tiró de la mano. El Chino se agachó a la altura de la nena. Desde ahí veía la puerta entreabierta del dormitorio y la cama con los dos cuerpos desnudos contra la suave claridad de la ventana.

—Le tengo que decir una cosa a mamá —dijo Mimi muy seria.

—Sí —dijo el Chino—, le vamos a hablar por teléfono cuando se despierte.

—Tengo que avisarle que no voy a ir al jardín.

Parecía que ahora sí iba a empezar a llorar. El Chino la abrazó. Después alzó a la nena y salió con ella hacia el patio por la puerta de la cocina. Había empezado a amanecer.

Bajaron por San Luis hacia el centro; en la esquina de Independencia iban a tomar el Marplatense. De un modo casi inconsciente, el Chino pensó que iba a pasar más inadvertido si viajaban en colectivo que si tomaban un taxi. A esa hora un hombre con una nena en un taxi es algo que llama la atención, pero sentados en un asiento en medio del ómnibus daban la sensación de un padre y una hija que volvían a casa.

—Marcela Bucci tampoco va a la escuela porque está enferma. Tiene variquela.

—Será varicela —dijo el Chino.

—Está toda colorada y nadie la puede tocar. ¿Ya la podemos llamar por teléfono a Mami?

—Dentro de un rato —dijo el Chino.

La claridad del alba se insinuaba en el mar. No sabía muy bien qué iba a hacer. Quería llevar a la nena a pescar. Y pensaba que al volver quizás Blanca le sonriera como le sonreía antes y las cosas se arreglaran. De un modo extraño se dio cuenta de que ya no soportaba vivir solo.

Abrió la bolsa y le dio la muñeca a Mimi. La cabeza colgaba sobre el pecho.

—Se rompió —dijo Mimi.

—Después te la arreglo —dijo el Chino—. Hay que pegarle la cabeza con cola. Pero ¿ves?, es una cajita de música.

La hizo andar y la música sonó débil en la esquina medio vacía. Mimi no le dio mucha importancia y se distrajo enseguida. El Chino volvió a guardar la muñeca rota en la bolsa de papel con el revólver.

Conocía unas casas que se alquilaban para pescar en una laguna cerca del mar por Santa Clara. La nena se había apoyado sobre el cuerpo del Chino. Él la tenía abrazada y la sentía tibia contra su cuerpo. Está conmigo, pensó, todo se va a arreglar.

—¿Sabés cuánto mido yo?

—¿Cuánto?

—Uno y treinta —dijo Mimi, abriendo y cerrando los dedos de la mano derecha como si llevara la cuenta—. En la fila soy la cuarta... ¿Vos cuánto medís?

—Uno ochenta y ocho —dijo el Chino.

Mimi se empezó a reír y lo miró. En ese momento el Chino se dio cuenta de que había salido sin traerle ropa. Tampoco sabía muy bien qué darle de comer.

—Tengo hambre —dijo la nena como si le leyera el pensamiento.

—Sí —dijo el Chino—, ahora vamos.

El colectivo apareció al fondo de la calle, contra la luz de la mañana. El Chino estaba ahí, alto y desgarrado, con la nena tomada de la mano.

II

Tarde de amor

Rainer Wagner se había acomodado en la camita turca y miraba el aire, cansado de hacer lista de caballos para completar la sección Hípicas del *Buenos Aires-Seitung*, un diario alemán que se editaba en La Plata desde los tiempos de la Segunda Guerra y que ahora salía, en realidad, tres veces por semana con noticias varias y una cátedra infalible en el hipódromo que, según decían, era lo único que explicaba su pervivencia. De vez en cuando en alguna carta de lector renacía una inocultable admiración por las hazañas del Tercer Reich. Wagner, único redactor y gerente del periódico, las dejaba pasar porque conservaba una vena romántica que lo hacía apiadarse de los viejos nazis arruinados que vivían con nombre falso en City Bell y se juntaban los domingos en la cervecería La Modelo, con el corazón ardiendo de eterna lealtad por el Führer.

Wagner era alto, delgado, usaba el pelo al rape y anteojos redondos y metido en ese cuarto gris lleno de muebles parecía un pájaro enjaulado. Sentado frente a él estaba el maestro Pardo, que, a falta de mejor ocupación, enseñaba a tocar la guitarra según el método original Alberto Williams. Era un entrerriano que había acompañado en su juventud a Pedro Laurenz en el mítico café Jamaica de Buenos Aires, pero al que la decadencia del tango lo había obligado a refugiarse en La Plata y a dar clases de guitarra a los aspirantes a folcloristas que abundaban desde hacía años entre los estudiantes. Siempre encontraba algún desahuciado que trataba de enganchar en una peña y quería aprender a tocar la guitarra en diez lecciones. El maestro Pardo tenía cara de buda, ojos asombrados y expresión abstraída y estaba siempre vestido con un traje negro, brillante y un poco raído pero muy elegante.

Habían vivido juntos en esa pieza de pensión durante meses sin mayores problemas hasta que en los últimos días algo empezó a pasar y ahora los dos estaban nerviosos y desalentados. En un costado de la pieza había bultos atados con sogas, valijas, un baúl blanco muy viejo, con estampillas alemanas. Iban a tener que actuar pero no se decidían y la inquietud los rondaba mientras tomaban ginebra acodados en la baranda de hierro del balcón oyendo los rumores torvos de la ciudad en la tarde.

—Varias veces he buscado una compañía femenina —dijo el maestro Pardo—. Y sin embargo sigo igual, siempre solo como un gato.

—Olvídese de eso, mi amigo —dijo Wagner—. Las mujeres son la perdición. Mire lo que nos está pasando.

Los dos miraban la calle desierta. Estaba fresco afuera y los tilos de la diagonal 80 habían empezado a florecer.

—A veces —dijo el maestro Pardo— extraño la *farra*. íbamos todas las noches al Marabú, al Tibidabo, a tomar *champagne* y a bailar con las *paicas* y las *grelas*. — Como todos los provincianos usaba demasiadas palabras en lunfardo en su afán de ser un auténtico hombre de tango.

Wagner fumaba asomado contra la luz de la tarde. Estaba descalzo, vestido con

un pijama celeste.

—Me lo imagino —dijo—. Noches en vela. *Milonga tupida*. Pero no lo envidio, eso no es lo mío.

—Uno envejece —dijo de pronto el maestro Pardo—. No cambia, sólo envejece. Eso es lo fulero. Me siguen gustando las mismas cosas pero ya no puedo conseguirlas porque nadie me toma en serio. Sólo yo sigo fiel a mis *berretines*.

—Nuestra situación ha cambiado sustancialmente —dijo Wagner—. Y usted me preocupa, querido.

No es que Wagner tuviera especial interés en el maestro Pardo, en realidad tenía interés en muy pocas cosas, pero en los últimos días no había podido dormir más de dos o tres horas y eso le daba una particular lucidez que lo distanciaba de todo y lo hacía observar a Pardo con ojos de entomólogo. Porque la noche en vela, la sección Hípicas del *Buenos Aires-Seitung* o los secretos homenajes a Hitler estaban lejos de ser la única preocupación de Rainer Wagner.

—Una cosa, maestro —dijo Wagner—. ¿Anoche dónde durmió? Lo estuve esperando. Pensé que lo habían acobardado... —señaló la pieza vecina— los amigos de al lado.

—No, para nada, me quedé en el club Atenas. Estuve tocando la guitarra con los muchachos y como se hizo tarde, me dejaron dormir en el gimnasio —dijo Pardo.

—Sabe que no puedo encontrar el calzador. —Se miró un pie descalzo—. ¿Qué hora es? —dijo.

—Falta todavía..., no van a venir antes de las tres, tres y media.

—Los tiene bien estudiados, usted.

—Poder de observación. Me alcanza con dos o tres datos y construyo la vida entera de una persona.

—Entonces se dará cuenta de que esto así no puede seguir.

—Hagamos lo que hagamos, no pensará hacerlo descalzo.

—¿Qué dice? —preguntó Wagner—. No se empezará a hacer el gracioso...

Wagner se acariciaba el pie derecho desnudo con la mano izquierda mientras se sostenía del balcón con la mano derecha. El cigarrillo le colgaba a un costado de la boca.

—Hay algo raro en esto. No es natural... —dijo Pardo al rato.

Siguieron en silencio mirando de vez en cuando la hora hasta que al fondo del pasillo, abajo, en la entrada, se oyó por fin el ruido de la puerta cancel.

—Ahí están —dijo Wagner.

Entonces se miraron, atentos, expectantes, como en suspenso, una vez más. Porque en los últimos días no habían hecho otra cosa que adivinar los pasos en el zaguán y el golpe de la cerradura, las voces y las risas sofocadas, en la otra pieza. Y ahora volvían a imaginar la luz amarillenta que bajaba de la única bombita y alumbraba las paredes manchadas de humedad, la mesa contra la ventana de cortinas como telas de araña.

Wagner hizo un gesto y los dos esperaron el silencio que venía siempre después que se habían sofocado las voces, después del último roce de las ropas contra el piso, del chicotear de los pies descalzos contra la madera.

Este silencio que, ahora, los obligaba a moverse con cautela, como si fueran ellos quienes tuvieran que cuidarse, evitar que el roce más fugaz (raspar un fósforo, abrir el diario, sentarse en la cama) se oyera del otro lado de la puerta que dividía los cuartos.

La habitación, apenas alumbrada por la luz de la ventana, flotaba en una penumbra grisácea. El silencio parecía filtrarse por las rendijas de la puerta.

Hasta que del otro lado se apagó la luz alta y se encendió el velador y las rayas amarillentas se debilitaron; entonces el maestro Pardo levantó la cabeza y encontró la mirada de Wagner. Los dos sabían que la quietud había empezado a quebrarse, muy despacio, en una especie de respiración leve, sofocada. Como si alguien respirara afanosamente, pero sin abrir la boca, apretando los dientes en un susurro ahogado.

Wagner levantó la cara y miró la puerta en medio del tabique; después se quitó los anteojos. Enfrente la cara de Pardo pareció saltar hacia atrás y se disolvió como una mancha difusa.

Los jadeos se repetían, se cortaban, se volvían un ronquido violento. La voz de la mujer pareció exigir más y cuando obtuvo lo que pedía dejó escapar un grito al que siguieron luego gemidos y susurros ávidos. El hombre le hablaba en voz baja, sin parar, un murmullo cortado por insultos y órdenes.

Wagner se acercó a la puerta. Luego se arrodilló contra la cerradura. La mirada recayó primero sobre un papel blanco, luego sobre un vaso; después vio el brillo de un anillo en la mano abierta de la mujer. Fue un instante, porque enseguida la mujer se alejó, luego vio que apoyaba las manos en el piso y se tiraba hacia atrás, desnuda, contra el hombre que la abrazaba y la obligaba a girar. Lo que veía se desintegraba en pequeños detalles; el cubrecama verde se extendía como un prado; una mano blanca descansaba sin sentido en el aire; una esclava dorada envolvía el tobillo de la mujer.

El maestro Pardo se apoyó en el cuerpo de Wagner y empezó también él a mirar la escena a través del agujero. Por la cerradura vio la ventana, el respaldo de una silla y dos piernas de mujer que parecían abrirse en el vacío. La fascinación de los cuerpos desnudos apareció una vez más, como si hubiera metido la cabeza en el paño negro de un fotógrafo.

La posición encorvada de los cuerpos en observación hizo zumbar la sangre en sus oídos y las voces del otro lado de la puerta rumorearon y callaron. Wagner se incorporó lentamente. El maestro Pardo se enderezó también y se sintió un poco mareado.

—¿Se dio cuenta? —dijo Wagner—. Ella nos miraba.

—El tipo era otro. Ella viene siempre con uno distinto.

—Le dije, ¿ve? La mujer es la que alquila el cuarto.

—Pero no es un yiro.

—No. Está casada, le vi la alianza. Se da sus gustos.

—A costa nuestra. Sabe que estamos aquí...

—¿Le parece?

—Estoy seguro, conozco las minas de esa calaña.

—Calma, Pardo. Hay que reflexionar —dijo Wagner.

—Debe pensar que somos dos viejos maricas.

Wagner se levantó y se miró la boca en el espejo del ropero. La luz que se filtraba desde la otra pieza, por las rendijas de la puerta, titiló. Todo estaba en silencio. A lo lejos se escuchó el silbato de un tren. Wagner se arrodilló y miró por la cerradura.

—¿Y ahora?

—Ella está dormida.

—Siempre es igual.

La tarde declinaba sobre la ciudad. Wagner se apoyó en la mesa y se calzó primero un zapato y luego el otro. El maestro Pardo estaba cerca de los bultos y las valijas. En la otra pieza se oyeron risas, voces sofocadas.

Wagner buscó en el bolsillo del pijama y mostró una llave. Se miraron en silencio.

—Perfecto —dijo Pardo.

En la luna del espejo del ropero entreabierto podía verse un árbol florecido en la vereda de enfrente. Era raro, estaba lejos y estaba ahí. Wagner se paró delante y su cuerpo se reflejó entre las ramas.

—Oigo cantar —dijo.

Se pusieron a escuchar.

—No oigo nada —dijo Pardo.

—Y sin embargo tiene buen oído, usted... —dijo Wagner.

—Bastante discreto.

—Un oído musical.

—¿Lo sigue oyendo?

—Se diría que es un coro mixto.

—Un arrullo.

—Son los pajaritos que siempre cantan antes de dormir —dijo Wagner.

—No creo —dijo Pardo.

Wagner cerró la puerta del ropero y ya no se vio el árbol en el espejo.

—Todo es cuestión de óptica. Se miraron.

—¿Vamos? —dijo Pardo.

—¿Qué hora es? —dijo Wagner.

—No importa —dijo Pardo—. Deme la llave.

La pared

Terminaron hace una semana, más o menos. Hoy a la mañana uno de los viejos hizo como un hoyo entre dos ladrillos, pero no alcanzó a ver el otro lado. Hurgueteó con el dedo y después con una rama que cortó del sauce; afuera el cemento se había secado, parece, porque estuvo media hora dale y dale, para nada.

Poder mirar la calle es una gran cosa. La gente cruza haciendo gestos y se ríe y a veces lo saludan a uno y cada tanto pasan camiones y colectivos y una vez pasó un *jockey* en un alazán que era un lujo. Yo vi muchos jinetes en mi vida pero ninguno como ése: con la chaquetilla de colores y la gorra, alzado en el estribo corto, apilado sobre un pura sangre que cruzó al trote, como si fuera un apronte antes de largar. No hay ningún hipódromo por aquí y en los campos de Turdera se corrían cuadreras pero hace años, aparte que un caballo así, imposible verlo en la calle, sobre el asfalto. Qué haría el *jockey* por esta zona nunca lo supe. Iba tranquilo, al trote, y al mirar me sonrió, como si me conociera, y me dijo algo que no entendí. No me puedo acordar si yo estaba solo y tampoco me acuerdo de dónde salió el caballo. Enseguida pasó un camión de propaganda, con altoparlantes en el techo, quizás el caballo era una manera de hacer publicidad, pero no sé. Pienso en el *jockey*, chiquito como un mono, en lo cambiado que estaba el camión que había sido un Ford 28, con una especie de torre con un cartel donde se anunciaba un remate. Pienso en eso y en los ojos del caballo que miraba, espantado y como perdido entre la gente.

Pero a veces se me da por pensar que el *jockey* nunca pasó y que yo lo soñé, como cada dos por tres sueño que vuelvo a manejar la 239, una máquina nueva que ahora debe estar toda oxidada, enterrada en algún galpón en Escalada, vaya a saber.

Lo que quiero decir es que sentado aquí mirando pasar la gente o los camiones o el viento que levanta los papeles, el día se va rápido; cuando uno se quiere acordar ya es de noche y no queda tiempo para andar pensando en nada. Porque eso es lo mejor, digo yo, no pensar, ver lo que pasa y nada más.

Mientras estuvo el cerco de ligustro, la gente, los camiones y hasta el *jockey* si hubiera pasado en ese entonces, eran bultos, nada más que bultos, y uno se aburría de mirarlos, todos iguales. Para poder ver algo había que plantificarse allí, medio inclinado, mirando a través de las ramas un pedazo de calle del tamaño de una baldosa. Además, nadie aguantaba mucho tiempo parado con la cara lastimada por las ramas y el dolor en la cintura.

Hasta que llegaron los albañiles y empezaron a voltear el cerco. No lo podía creer: acá nunca hacen lo que uno necesita. Los albañiles cavaron un pozo a lo largo del tejido, una especie de zanja que rodeaba todo el Asilo. Después el cerco se vino abajo y apareció la calle: se alcanzaba a ver casi media cuadra. Desde la esquina hasta la mitad de una casa verde, de dos pisos, que tiene una especie de jardín, dos por uno cuando mucho, con un pino que parece que la casa la hubieran hecho debajo.

En esa casa vive un tipo que debe tener un trabajo raro. Sale casi de noche, a esta

hora más o menos, y yo lo he visto volver a la mañana. Lo he visto, dos o tres veces, a eso de las seis cuando me levanto antes que suenen los timbres. Porque yo no aguanto la cama cuando estoy despierto; prefiero levantarme aunque falte una hora para el timbre, y el patio y los corredores estén vacíos y oscuros. Los otros se pelean por quedarse un rato más, parecen chicos. Se hacen los dormidos y protestan cada vez que los llaman. Yo durante más de treinta años me levanté a las cuatro para llegar a Escalada antes de las seis. Y si uno se levanta todos los días a la misma hora se acostumbra y no se puede dormir, por más que dé vueltas y vueltas en la cama. Por eso, cuando me despierto me cuesta entender dónde estoy, y a veces me parece que tengo que levantarme y salir disparado para alcanzar el tren de las 4.40 y los muchachos ya están en el taller tomando mate, mientras se calientan las calderas. A veces escucho el ruido de las máquinas y una vez vino el inglés y me dijo que podía seguir trabajando; entonces yo andaba de nuevo con la 239, meta y ponga, como si no la hubiera escoñado toda, contra aquel tren carguero de porquería, en el cuarenta y dos.

Sin embargo eso me parece que lo soñé. Como lo del *jockey*.

Pero ahora que me acuerdo, yo estaba contando de los albañiles. Trabajaban dale y dale hasta que oscurecía. Y era como si no fueran a terminar nunca.

Yo me quedaba parado al lado de la zanja, conversando. Porque uno, a veces, siente como la necesidad de hablar y con estos viejos no se puede. Se pasan el día quietos, inmóviles, medio dormidos, buscando el sol y hablan siempre de lo mismo. Por eso me pasaba las tardes charlando con los albañiles; les explicaba cómo funciona una 239, una 442. Les contaba lo que se siente arriba de una máquina largada a todo lo que da, meta tocar pito, con la caldera echando chispas, y tan atorada de carbón que a uno le parece que los vagones se van a escapar de las vías para disparar por el medio del campo. Una tarde les conté el choque de la 239, lo del carguero y todo el lío con los ingleses, cuando empezaron a decir que yo andaba mal de la vista, que yo no había visto las señales, que esto y lo otro, y por fin me jubilaron. Los albañiles se reían como si yo les contara un chiste y seguían trabajando y les gritaban cosas a las mujeres. Yo también les decía cosas a las chicas que cruzaban por la calle con las polleritas por las rodillas y la blusa ajustada. Yo las miraba, decía «está buena», para que me escucharan los albañiles, pero la verdad que no sentía nada.

El asunto es que al final se fueron, y me quedé sin nadie con quien hablar. Solo como una momia, mirando a los viejos que se la pasan dando vueltas al patio como si no supieran dónde ir. Pero sea como sea aquí se está mejor que en la casa de mi hijo. Aquí uno puede quedarse sentado el tiempo que quiera, de la mañana a la noche, sin que le den vueltas alrededor y cuchicheen y lo hagan mover de un lado a otro como si uno fuera un mueble. Por eso me vine. A mí las cosas no hay que mandármelas a decir, y mi hijo es un flojo y la mujer de mi hijo es una arpía. Por eso junté las cosas, guardé todo en el baúl y me vine acá, para el Asilo. Toqué el timbre. Todavía estaba

el cerco de ligustro: «Mi hijo se fue de viaje, quiero estar una temporada», le empecé a explicar al que me atendió, pero el tipo parecía sordo y no hacía otra cosa que señas con la mano y adentro tuve que repetir lo mismo al encargado, que estaba tomando mate. Una temporada, no como estos que se quedan aquí hasta que se mueren. Yo quiero andar un poco mejor, que las manos me dejen de temblar, para poder agarrar algún trabajo. Qué sé yo, cualquier cosa. Sería lindo poner un quiosco. Un quiosco de chapa, en una esquina, pintado de amarillo...

Para todo eso me ayudaba mucho mirar la calle. Entre mirar una cosa y otra, entre vigilar los colectivos y mirar a la gente, cuando uno menos se lo espera pasan los pibes de la escuela haciendo bochinche y suenan las campanas de la iglesia que casi no se oyen mezcladas con el ruido de la calle. Por eso me jode lo que hicieron. Sobre todo después, a la noche, cuando estoy solo en la oscuridad y tengo la cabeza vacía porque en todo el santo día no pasó nada. Entonces me viene el miedo de dormir. Me quedo quieto, quieto, con los ojos abiertos y escucho a los viejos que respiran y se quejan y a veces se oye un tren lejos y no quiero cerrar los ojos porque si me duermo no me voy a despertar más...

Este miedo me da ahora, sobre todo. Antes, a veces, me acordaba de la curva y del bulto negro del carguero que se venía encima, me acordaba del choque y me despertaba todo transpirado, entonces me ponía a pensar en lo que había visto durante el día, me acordaba de todas las cosas, una por una, y era como estar viéndolas en ese momento, hasta que de repente, sin darme cuenta, me quedaba dormido. Pero ahora no tengo nada en que pensar y debe ser por eso que cada tanto se me aparece la vieja toda vestida de verde, igualita al día que la conocí; me acuerdo de cada cosa que da risa: ella llevaba una cinta en el pelo que estaba medio desanudada y le colgaba en un costado, yo estuve toda la tarde por decirle: «Se te desarregló el moño», pero no me animé. Seguro que si ella viviera diría que no, que era otro día o que era un sombrero y no un moño o cualquier invento con tal de llevarme la contra. Porque para llevar la contra era como mandada a hacer. Seguro que si ella estuviera y yo le contara que empecé a acordarme de ella cada vez más, no me hubiera creído. Pero es así. Ahora, desde que los albañiles se fueron, me acuerdo cada vez más de la vieja, y de todas las cosas que hice antes. Debe ser porque aquí adentro no pasa nada y entonces uno no tiene nada que hacer. Al principio, mal que mal, si me paraba en puntas de pie, alcanzaba a ver el techo de los colectivos, el alero de las casas, pero una mañana crucé el patio, me senté aquí como todos los días y cuando los miré poner la última fila de ladrillos me pareció mentira, como si enseguida fueran a tirar todo abajo y me dijeran: «Vio viejo que era un chiste»... Pero terminaron el revoque, limpiaron hasta la última mancha del piso, juntaron las herramientas y se fueron. Entonces se me empezó a dar por acordarme de todas las cosas, de la tarde que entré a trabajar al ferrocarril, del día que me casé y llovía como la gran puta y la vieja para saltar los charcos se levantaba la pollera con una mano y con la otra se sostenía el sombrero, un sombrero negro, con plumas, que daba risa. Y no me gusta. No me gusta porque es

como si a uno ya no le quedara nada por hacer más que pensar en las cosas que hizo. No le quedara nada por hacer más que quedarse sentado aquí, en este banco, quieto como una momia, sin nada que se mueva alrededor, salvo las hojas de los árboles arriba cuando hay viento, y los viejos que dan vueltas de un lado a otro, siguiendo al sol. Pasarse los días sin hacer nada mirando la pared que ya la conozco de memoria, la zanja entre los ladrillos y todos los pocitos y esa raya que sube allí toda torcida y parece una vía vista desde muy lejos, cuando uno viene en la máquina meta y ponga y las dos vías se juntan y parecen una sola, una raya larga que sube y sube, toda torcida...

Las actas del juicio

En la ciudad del Uruguay a los diez y siete días del mes de agosto de mil ochocientos setenta y uno, el señor Sebastián J. Mendiburu, acompañado de mí el infras-cripto secretario de Actas se constituyó en la Sala Central del Juzgado Municipal a tomarle declaración como testigo en esta causa al acusado Robustiano Vega, el que previo el juramento de decir la verdad de todo lo que supiere y le fuere preguntado, lo fue al tenor siguiente:

Lo que ustedes no saben es que ya estaba muerto desde antes. Por eso yo quiero contar todo desde el principio. Para que no se piense que ando arrepentido de lo que hice. Que una cosa es la tristeza y otra distinta el arrepentimiento. Y lo que hice estaba hecho y no fue más que un favor, algo que sólo se hace para aliviar. Algo que no le importa a nadie. Ni al General.

Porque para nosotros estaba muerto desde antes. Eso ustedes no lo saben y ahora arman este bochinche y andan diciendo que en los Bajos de Toledo tuvimos miedo. Que lo hicimos por miedo. A nosotros decirnos que fue por miedo a pelear. A nosotros, que lo corrimos a don Juan Manuel y a Oribe y a Lavalle y al manco Paz. A nosotros, que estuvimos aquella tarde en Cepeda, cuando el General nos juntó a todos los del Quinto en una lomada y el sol le pegaba de frente, iluminándolo, y dijo que si los porteños eran mil alcanzaba con quinientos. «Porque con la mitad de mis entrerrianos los espanto», dijo el General, y el sol le achicaba los ojos.

En aquel tiempo ya teníamos casi diez años de saber qué cosa es no haber escapado nunca, qué cosa es galopar y galopar, como rebotando, y sentir la tierra abajo, que retumba, y arremeter a los gritos, mientras los otros son una polvareda chiquita, como si uno los corriera con la parada.

En ese entonces pelear era casi una fiesta. Y cuando nos juntábamos era para una fiesta y no para morir. Se escuchaba un galope, lejos, dele agrandarse y agrandarse, hasta que cruzaba el pueblo sin parar, avisándonos. Ahí nomás las mujeres empezaban a llorisquear y a veces daba pena por las cosechas o porque los animales estaban de cría o uno se acababa de juntar y había que dejarla con ganas, porque el General decía que para pelear como es debido no hay que tener a la mujer con uno; porque llevar a la mujer a la rastra no es de hombre. Él era el único en llevar mujer, pero el General era distinto y precisaba mujer por la misma razón que nosotros no la necesitábamos.

Todo Entre Ríos se quedaba pelado cuando nos íbamos. Era una cosa de no verse nadie por ningún lado, como si fuera de noche o fuera cuando las lluvias que no se ve ni un alma, ni un caballo, nada, porque todos andábamos peleando. Hubo veces que volvimos con lo puesto y era fiero rejuntar los animales y la mujer y a veces el yuyo lo había tapado todo y era triste de mirar. Por eso mienten los porteños cuando dicen que cada uno de los soldados de la Confederación era dueño de una estancia.

Mienten, y yo quiero que usted anote que ellos mienten, para que se sepa. Mienten porque nosotros somos muchos y Entre Ríos no da tierra para todos. Por lo menos tierra que sirva, porque la que está en los bañados nadie la quiere y la otra, entre la que es del General y la que el General le regaló a los oficiales, no queda tierra ni para morirse encima. Pero los porteños vienen mintiendo desde hace mucho y no tienen ni idea de lo que pasa por aquí. Ellos no conocen eso que nos daba de juntarnos casi todos los entrerrianos en dos días para preguntarle al General a quién había que espantar. Eso de ver llegar hombres de todos los sitios, que para donde uno mira hay caballos, y el General con el poncho blanco, esperando.

Por eso los que hablan que tuvimos miedo no saben las cosas, y seguro son porteños. No conocen el orgullo que nos daba ser los mejores. No saben que todo pasó por ese mismo orgullo. Aquella alegría que nos dio la vez que hicimos las cien leguas que van de Ubajay a Pago Largo en un solo galope que duró nueve días enteros. Fue cuando Oribe, y hubo que domar potros en el camino porque la mitad se nos reventó en la galopada aquella con el sol siempre colgado encima y uno corría y corría para escaparle. Eso nos pareció, que le disparábamos al sol que se nos metía adentro de la piel, que nos llenaba la cabeza de polvo y de cansancio y seguro fue lo que nos hizo andar tan ligero. Cuando llegamos el Uruguay estaba en crecida. Debía estar lloviendo lejos porque ahí el cielo lastimaba de tan claro mientras nos amontonábamos en la orilla y el río estaba tan ancho que no se alcanzaba a ver más que la sombra de los montes, del otro lado. Estaba lleno de troncos y basura que cruzaban saltando y cuando no había troncos el agua se quedaba quieta y marrón, parecida a la tierra. Nos quedamos mirando y mirando, hasta que el sargento Reyes fue y le dijo al General lo que pensábamos todos. Se acercó y sin bajarse del caballo se lo dijo. El General galopó, de una punta a otra, y levantaba el sombrero en la mano, como agradeciendo. El agua empujaba que metía miedo y había que afirmarse despacio y era jodido nadar llevando el caballo del cabestro, y el agua estaba tibia y de golpe cortaba de tan fría y cada tanto alguno daba un grito y una voltereta y aparecían las patas del caballo y la panza y era que se lo llevaba la correntada y ése no salía más, por lo menos hasta el Salado. Cuentan que el río estaba gris porque nosotros lo cubríamos; tantos éramos que en vez de agua parecía lleno de entrerrianos. Estuvimos cerca de una hora hasta poder afirmar los pies en el barro. Dicen que el General se fue por una hondonada y por poco se ahoga. Que manoteó feo y terminó prendido a un tronco. Eso dicen, pero algunos lo vieron del otro lado, lo más calmo y no sofocado como nosotros, que respirábamos abriendo la boca, porque el que más el que menos había sentido el gusto a aceite tibio del agua revolviéndole las tripas.

¿Quién dice que no es de esto lo que tengo que hablar? Si fue por esto que yo lo hice y por estas cosas entendió el General que no era al miedo a lo que nosotros le

cuerpeamos, la noche aquella, en los Bajos. Lo supo por estas cosas, y porque él, de nosotros, lo sabía todo. Por lo menos mientras fue el de siempre, antes que lo cambiaran, y peleó a ganar y mandó a ganar. Mientras arremetió con nosotros en las cargas, y él también con lanza y al galope y gritando, igual que cualquiera. Mientras lo vimos llegarse a los festejos y entreverarse, como si le gustara. Y uno lo sentía mandando, no porque fuera el General, sino porque tenía un modo de mirar con esos ojos amarillos que ya estaba mandando sin decir nada, a pesar de que bailara con nosotros, en el rancherío. Me acuerdo la tarde que lo desafió a Dávila, que tenía un alazán invicto, y la corrieron en el arroyo seco y todos estábamos con Dávila, que entró tranquilo, y el General se reía como si fuera un desfile. Cuando la corrieron lo único que se supo fue que el General era mucho más jinete pero que contra el alazán de Dávila no se podía. Nadie se lo olvida aquella noche, tan caliente con la mujer del Payo, que era rubia y de ojos parecidos a los de él y nunca se supo de dónde la había traído. Eso preguntó el General:

—¿De dónde la sacó, Chávez?, está muy buena su mujer.

Que la quería con él.

—Es mucha mujer para vos —se oyó, y dicen que venía medio pasado de caña.

El Payo se estaba quieto y lo miraba sin levantarse, como diciendo: «Usted dice así, mi General, porque es el que manda», y entonces le preguntó si tenía algo que decir.

—¿Tiene algo que decir, Chávez? —Y la voz se quedó como colgada en el aire porque ya no había música, nada más que el silencio, cuando lo dijo, con esa voz suya acostumbrada a mandar.

Cuentan que el Payo le contestó casi en voz baja:

—Usted se le anima a mi mujer porque es el que manda, mi General.

—¿Usted cree, Chávez? —Y que se viniera con él, y movió un brazo así, como sin ganas, señalando la oscuridad, a ver cuál de los dos se equivocaba.

Se metieron entre los árboles. Nosotros nos quedamos en medio de toda la luz. No se escuchaba otra cosa que el viento moviendo las hojas y un olor a cuero sudado o a naranjas, y la mujer del Payo se retorció las manos, y cuando el General salió, ya era viuda del Payo y mujer del General.

No. Y por eso estábamos con él. Porque siempre hizo lo que era debido y daba gusto pelear por él, que era como nosotros, que había empezado de abajo y se lo hizo todo: los animales y la tierra, hasta llegar a donde llegó sólo con el coraje, desde el tiempo en que empezó a arrear caballos entre los indios, cuando recién andaba cerca de los veinte y ya no se le podían contar ni los hijos, ni las leguas.

Seguro que sí, pero distinto. Como si le hubiese quedado la envoltura, el cuero nada

más, y por adentro todo revuelto. A nosotros nos daba como indignación. Hubo gente que se trezó para desagraviarlo cuando por allá empezaron a decirlo, especialmente después de lo de Pavón. Castro fue el primero que dejó boqueando a un correntino que había dicho que el General estaba viejo.

—Está vendido a Mitre —cuentan que dijo, y Castro, casi con desgano, lo hizo salir del boliche y el otro le decía:

—Fue en joda, hermanito, fue en joda. —Con los ojos agrandados por la falta de coraje.

Cuando lo dejó tirado a todos nos vino la tranquilidad, pero era como si empezaran a decirnos lo que andábamos sabiendo: que el General estaba como muerto.

Algunos dicen que todo empezó cuando le mataron el Sauce, un tordillo que era una luz y se lo mataron por casualidad. Cuentan que se estuvo agachado, él, que no era de aflojar, dele mirarlo y le acariciaba el cogote como con asco, mientras se le moría. Después se empezó a encorvar y de golpe lo remató con un tiro entre los ojos.

Cuando se alzó pidiendo: «Un caballo que aguante, carajo», ya era otro y están los que dicen que lloraba, pero eso no, porque no era hombre para eso, para cambiar porque le falta un caballo.

Ninguno de nosotros sabe de dónde le nacían las ganas de hacer esas cosas que no podían gustarle ni a él. Lo de quedarse con las tierras de las viudas. O querer llevarnos a pelear contra los paraguayos, que nunca nos hicieron nada, y al lado de Mitre. Y eso con los desertores, de hacer que los lanceáramos en seco, igual que a indios. Los amontonó en el corral grande y nos hizo formar sobre la avenida, como para una diversión. Los iba largando de a uno y después elegía a algunos de nosotros, con la mirada. Nos achicábamos sobre el caballo porque era feo eso de verlos correr y correr solos y al sol, en medio de la calle, despatarrados por el miedo, cada vez más cerca, igual que si retrocedieran, hasta meterse abajo del caballo. Allí se tiraban al suelo o empezaban a retorcerse y a gritar levantando los brazos como si uno pudiera hacer otra cosa que partirlos de un lanzazo.

Estuvimos toda la tarde en esas corridas, hasta casi acostumbrarnos a los gritos. Y se fueron quedando tendidos, como trapos al sol, en una fila desapareja que llegaba cerca de la laguna.

No, señor. Ninguno de nosotros sabe. Pero se notaba. Hasta que vino lo de Pavón, que fue como si buscara humillarnos. Hacernos vadear el río para escapar, medio escondidos, y dejarle a los porteños la de ganar sin ni siquiera un apronte. Irnos así, callados y con las ganas, es lo que da vergüenza. Eso de quedarnos viendo cuando el Coronel Olmos (que fue de los que aguantaron la vez de la emboscada en Corral Chico) se le acerca y le dice:

—¿Por qué la retirada, mi General?

Y él, con la cara hundida en las arrugas, lo hace meter en el cepo, nada más que por la pregunta.

Ustedes no saben lo que es andar todo el día y toda la noche, de un tirón, hasta entrar en Entre Ríos, como si nos corrieran, igual que si disparáramos de algo, aunque veníamos enteros y con eso adentro que nos daba vuelta de pensar que los porteños pudieran decir que nos corrieron y nosotros ni les vimos la cara.

Él galopaba solo y adelante y uno esperaba que se diera vuelta con esa sonrisa que le borra las arrugas, para explicarnos, de repente. Pero cuando desmontó en el San José no había dicho ni una palabra, nada más que aquello al Coronel Olmos.

De esas cosas les quiero preguntar, a ustedes que son letrados, aunque se hayan juntado aquí para que yo sea el que hable. Porque yo no puedo decir más que lo que sé y el resto lo tienen que averiguar. Lo que yo sé es que todo lo que hicimos fue para remediar lo que le sucedía y que nos tenía asombrados. Que nos mandara a vestir de gala y esperar la diligencia que viene del Rosario. Estar allá, sobre el camino, con el sol que va calentando la sangre, dele esperar. Verla aparecer al fondo, contra los montes, y después agrandarse y agrandarse. Venirnos de escolta por todo el valle para descubrir que habíamos escoltado porteños. Lo entendimos cuando bajaron en la Plaza, sacudiéndose la ropa como si con eso se pudiera ahuyentar el polvo que traían pegado al sudor. Nos enteramos que venían del otro lado del Arroyo del Medio sólo por eso de ver cómo estaban vestidos y no porque el General nos avisara. Después pensamos que él los iba a educar, pero los recibió como si los necesitara, con todo embanderado, y por la ventana se veía luz y la mesa cubierta de porteños y el General disimulado en el medio, vestido como ellos. Cuentan que los porteños decían las cosas, hablaban de ferrocarriles y del puerto y de la Patria, siempre con la voz del que ordena. Y el General los escuchó callado, como si anduviera con sueño.

Al otro día nos hizo desfilar delante de esos sudados que se metían el pañuelo en la boca cuando levantábamos polvareda al galopar. Y así anduvimos, de un lado a otro, festejándolos, como si no fueran los mismos «galerudos a los que vamos a empujar hasta el río y a enseñar lo que somos los entrerrianos, enseñarles qué cosa es la Patria y qué cosa es ser Federal», como nos dijo aquella vez, tan quieto en el tordillo, y antes de entrar a floearnos por Buenos Aires, todos con la cinta, punzó y al trote, despacito nomás, para que aprendieran.

Como si no fueran los mismos.

Fue por todo eso que yo lo hice. Pero ya había sucedido antes, la noche aquella en los Bajos de Toledo, mientras la lluvia no nos dejaba respirar ocupando todo el aire. Esa vez sucedió. Y no fue por divertirnos. Ni por miedo a pelear como andan diciendo, sino por coraje y porque el General ya no se mandaba ni a él. Y ésa fue la vez que se lo dijimos. Lo que pasó después es como si no hubiera pasado. Esto de que todo Entre Ríos ande con voluntad de guerrear y gritando «Muera Urquiza» cuando para

nosotros, los que peleamos al lado de él, ya estaba muerto desde antes. Esa noche es la que importa. Con el cielo sucio de tierra y los esteros manchados por las fogatas, me la acuerdo más que a la otra y me duele más, y ninguno de nosotros, de los que estuvimos, se la olvida, porque fue como despedirse.

Soplaba un viento lleno de tormenta que traía como una tristeza y de golpe trajo la lluvia. Una lluvia fea, medio tibia y tan fuerte que nos fue juntando a todos en la lomada, cerca del río. No nos veíamos ni las caras y se escuchaba la lluvia, el olor a sudor o a cuero mojado y los caballos sacudiéndose. Entonces, alguno dijo lo de irnos. Mejor nos volvemos a Entre Ríos, el General ya no sirve, se oyó, y como si con eso lo mandaran a llamar, apareció no él, sino esa voz suya, tan quieta, preguntando:

—Pasa que nos vamos, mi General.

—¿Y quién carajo ordenó que se vayan?

Se escuchó el río que estaba cerca y creciendo. Eso como un trueno que era el río y nada más, porque ninguno sabía contestar quién era el que mandaba volver. Nos quedamos callados, mientras la lluvia nos hacía cerrar los ojos y apretarnos en la montura, como para no estar, todo en medio de una oscuridad que aunque uno abriera bien los ojos igual no veía más que la lluvia y era como estar solo con el alma, encima del caballo, hasta que cruzaba un relámpago, como una llamarada, y entonces se veía la loma llena de hombres, igual que si brotaran. Nunca estuve cerca del General pero le escuché la voz mezclada con el bochinche. Algunos dicen que nos hablaba pero no se entendía más que la lluvia. Hasta que al fin entramos a ladearnos, despacito, para el lado del estruendo, y nos metimos en el río que empujaba feo, como la vez de Oribe, y en medio de aquella agua que venía de todos lados, lo escuchábamos gritar y a veces, de pronto, era como verlo, con el poncho medio gris, color ceniza, parecido a un tronco arrancado de la tierra, tirado en el medio del río. Yo no me acuerdo de otra cosa que del agua y de los gritos y de una vez, en medio de la luz de un relámpago, que me pareció verlo y tuve ganas de pedirle que se viniera con nosotros, para Entre Ríos.

Después, en cuanto nos afirmamos en la tierra empezamos a galopar y lo escuchábamos atrás, como si nos quisiera arrear, los gritos llegaban medio deformados por la lluvia y el viento, igual que un aullido mezclado al galope, y era como si cada vez el General gritara más bajo y más bajo y más bajo, hasta apagarse. Hasta que no se oyó otra cosa que la lluvia, rebotando en los charcos.

Ésa fue la vez que lo hicimos.

Lo demás vino porque daba lástima verlo, tan apagado. Hasta las mujeres empezaron a notarlo. Fue en ese tiempo que se le desapareció la Gringa, que era la mejor mujer de Entre Ríos y se le escapó con Olmos, sin que él hiciera más que enterarse.

Por las tardes se paseaba cerca del río, y uno lo miraba de lejos, y era como ver pasar el viento. Andaba solo y callado y daba una especie de indignación.

También por eso lo hice. Para ayudarlo.

Pero hubo otras cosas, porque si no ustedes no armarían este bochinche y yo no estaría metido aquí, parado, hablando de esto que sólo me da pena. Alguna otra cosa anduvo pasando que no sabemos, algo que viene de lejos y que fue lo que modificó al General. Y de eso parece que no hay quien conozca. Ni entre ustedes.

Yo me lo malicié de entrada, aquella noche, en la estancia de don López Jordán cuando me preguntaron si me animaba. «Te animás, Vega», me preguntaron, y yo me quedé quieto y no dije nada. Pedí seis hombres y antes que clareara me apuré a hacerlo, como quien le revienta la cabeza a un potro quebrado.

Me acuerdo que entramos al galope y gritando, para darnos coraje. Los caballos refalaban en las baldosas y los gritos iban y venían por las paredes cuando entramos sin desmontar, como apurados. Él apareció de golpe, al fondo del pasillo, solo y medio desnudo, contra la luz. Nos recibió igual que si nos esperara y no se defendió. No hacía más que mirarnos con esos ojos amarillos, como si nos estuviera aprendiendo el alma. No sé por qué yo me acordé de aquella tarde, cuando bajó del tordillo después de perder con Dávila. Se estuvo parado ahí, justo bajo la luz, con esa camisa que le dejaba las piernas al aire, hasta que lo tumbamos.

Cuando Matilde, la hija de la que había sido mujer de Payo Chávez, se le tiró encima para defenderlo, yo mismo le oí decir que no llorara. Y eso fue lo único que habló esa noche y lo último que habló en su vida. «No llore m'hija, que no hay razón», le escuché mientras le buscaba el cuerpo entre los claros que me dejaba el de Matilde, y el General tenía la cara escondida por las arrugas y los ojos quietos en algo, no en mí, que estaba muy cerca, en algo más lejos, en la gente de a caballo, o en la pared medio descolorida de tanto poner y sacar la bandera.

Y estaba así, con los ojos alzados, la cara escondida por la muerte, la Matilde acostada encima y manchándose de sangre, cuando lo maté:

—Perdone, mi General —le dije, y me apuré buscándole el medio del pecho para evitarle el sufrimiento.

Mata-Hari 55

La mayor incomodidad de esta historia es ser cierta. Se equivocan los que piensan que es más fácil contar hechos verídicos que inventar una anécdota, sus relaciones y sus leyes. La realidad, es sabido, tiene una lógica esquiva; una lógica que parece, a ratos, imposible de narrar. Frente al riesgo de violentarla con la ficción, he preferido transcribir casi sin cambios el material grabado por mí en sucesivas entrevistas. La lealtad del Grundig W2A portátil sirve como testigo de la verdad de este relato que me fue referido, por primera vez, entre el atardecer y la medianoche de un día de verano, en el Bar Ramos de Corrientes y Montevideo.

R. P.

Cinta A - lado I

Estoy seguro que él nunca le dijo: «Tenés que acostarte con Ordóñez». Quiero decir: nunca se lo dijo así, brutalmente. Fue más bien una maniobra por control remoto que al final se le escapó de las manos. Una especie de bumerang: lo tirás como sin ganas y por casualidad para un lado, y si no te agachás te corta la cabeza.

Vos tendrías que conocerla para darte cuenta: es del tipo de las trágicas, de las apasionadas. Cuando elige un papel ya no para: si es posible de mártir o de puta o de enfermera en el Congo. Cualquiera cosa, pero con heroísmo. Con ráfagas de ametralladora y heridos tirados por el suelo. O muchacha que se acuesta con peronista para salvar a la Patria mientras cae el telón y los de la banda le dan con todo a la marcha de San Lorenzo.

Cuando yo la conocí se le había dado por cambiarse el nombre. Hasta ese entonces se había llamado Laura o Julia, algo por el estilo, pero lo encontraba demasiado vulgar. Al principio estaba un poco desorientada. A los dos meses había pasado por Ligeia, por Lola y andaba en Delfina mientras leía la vida de Pancho Ramírez.

Dos años después, cuando volví a encontrarla, todavía no se había decidido.

Supongo que él le habrá tomado el tiempo a los diez minutos de conocerla. Cuando descubrió la posibilidad la fue encauzando, seduciendo de a poco: la metió en dos o tres reuniones con distribución de armas, himno nacional y nombres cifrados, y al final la embaló en el papel de Mata-Hari nacional.

Todo pasaba en julio o agosto del 55, unos días antes de la revolución. Yo no creo que ella entendiera mucho de Comandos Civiles, de Cristo Vence y esas cosas, pero le encantaba el misterio, el peligro, la furtividad con que venía empaquetado el

asunto.

Al principio se reunían con ella por Palermo, sin bajarse del auto, dando vueltas al lago con la luz apagada y hablándose en voz baja hasta dejarla hecha una seda, convencida de todo.

La engatusaban con la puesta en escena, pobrecita, ella que en el fondo siempre quiso ser Eva Perón. Seguro pensaba en la Revolución Francesa, en el desfile por Santa Fe después de la Bastilla, todos en el capó del auto, levantando las metralletas mientras de las ventanas llueven flores y el viento agita las banderas y todos cantan.

Por supuesto, cuando vino la revolución y el desfile ella no se contaba entre los asistentes, sino estudiando gramática francesa en la Alianza porque quería irse a Europa.

Eso después.

En aquel tiempo pensaba todo el día en la Liberación y ensayaba, sin darse cuenta, el tipo gorro frigio y ojos llameantes. Estaba tan llena de literatura que vos no te hacés una idea. Por eso me da bronca pensar cómo la usaron. Cuando me lo contó, estuve a punto de denunciarlos, mandarlos presos, pero no tenía sentido y además ya se olfateaba la revolución en el aire. Por otra parte eran inofensivos: chicos de la FUBA, vos te das cuenta, mareados por las crónicas de la Resistencia Francesa, los maquís peleando contra la Gestapo, cosas así.

Cinta A - lado II

Vos no me vas a creer. Parece mentira, sabés: el modo como los conocí, todo. Me hace acordar a algo, a una película, no sé. Es raro, ¿te das cuenta? Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí lo más tranquila y acordarme.

Además yo a Javier lo conocí por casualidad. Porque para mí todo empezó cuando lo conocí a Javier. Bueno, no sé si empezó justo ahí, pero él fue la causa. Yo sabía que andaba metido en política, a mí mucho no me interesaba; la verdad, lo peor era que no tuviéramos tiempo para vernos: a veces, los sábados y domingos él tenía reunión y yo me opiaba sola, en un cine o caminando por la calle.

No sé si lo quería. Me gustaba mucho, eso sí. Tenía el pelo de un color tan raro, si vieras, de un rubio tirando a ceniza, a gris y cuando el sol le pegaba en el pelo se iluminaba todo, parecía un dios.

Salíamos una vez cada tanto, pero cada vez menos y estoy segura que se hubiera terminado todo si no fuera por aquella tarde en la Facultad cuando él me preguntó: «¿Lo conocés?». «¿A quién?», le dije yo. «A ese que saludaste». «¿A Germán? Sí, ¿por?». «¿Sabés lo que es?». Y mira si seré estúpida que le contesté: «Claro, es abogado». Y no me di cuenta que era por lo del peronismo. Él me miró como si ni me hubiera escuchado. «¿Así que lo conocés?», dijo, y yo pensé que eran celos y me apreté contra él y le empecé a explicar.

Después de eso cambió. Yo me doy cuenta ahora. En aquel tiempo me encantaba

que nos viéramos más seguido, que Javier empezara a hablarme de política, como buscando que yo lo comprendiera.

Yo me entusiasmo fácil, siempre me pasa. Cuando quise acordarme estaba yendo a las reuniones. Además era tan emocionante, tan misterioso, si vieras. Me parecía mentira que en medio de Buenos Aires pudiera andar gente con armas, reuniéndose en secreto y queriendo hacer una revolución.

Yo pensaba que se nos notaba en la cara. A veces iba por la calle y sentía que todos me miraban o que me seguía algún policía disfrazado.

Nos encontrábamos en bares exóticos por Constitución o en el Bajo; íbamos a un hotel de Adrogué lleno de eucaliptus. Me daban las direcciones anotadas de un modo extraño, en papeles doblados o con algún número cambiado. Después, para entrar, había que decir frases. Un tipo me preguntaba: «¿Y los cóndores?». Y vos tenías que contestar: «Vuelan lento...».

Una vez yo estaba tan contenta que cuando el tipo me preguntó: «¿Y los cóndores?». «Bien, gracias», le contesté. Adentro me hicieron un lío porque dijeron que yo no era seria o que no me tomaba las cosas en serio, algo por el estilo. Y para colmo yo estaba tentada.

Pero miento si te digo que no me lo tomaba en serio. Yo creía en todo: que tenían razón y que a Perón había que voltearlo para salvar la Patria.

Yo quería hacer algo, cualquier cosa, pero ellos siempre me contestaban que tenían que esperar. Se la pasaban organizando grupos, comandos y esas cosas, claro que yo apenas me enteraba porque en las reuniones todo era en clave. Fui cerca de tres meses y nunca me hicieron hacer nada.

Una sola vez salí con ellos en coche y pasamos a toda velocidad por Plaza Congreso tirando papeles. La verdad que no sentí nada, fue como dar un paseo.

Hasta que por fin empezaron con el «Operativo Ordóñez». Lo llamaban así: «Operativo Ordóñez», pero yo enseguida me di cuenta. No porque me dijeran nada, sino que fue la sensación.

A veces me pasa que de golpe me doy cuenta de algo y si me preguntan por qué no sé qué decir.

Al principio hubiera querido hablarlo con Javier, pero no pude. Además yo no estaba segura, quiero decir, no iba a poder explicárselo, él me iba a decir que estaba loca porque ninguno de ellos me había dicho: «Necesitamos que vos te acuestes con Ordóñez». Por lo menos, así, directamente, pero yo me di cuenta.

Andaba todo el día con una sensación rara: viste cuando uno está en una terraza o en un lugar alto que tiene miedo y al mismo tiempo como ganas de tirarse, algo así.

Además, si te cuento te vas a reír: me acordé de una película donde Michèle Morgan se tiene que acostar con un alemán. Es el tiempo de la guerra y ella se tiene que acostar con un alemán. Qué sé yo, me acordé de eso y pensé que ellos también estaban esperando que yo lo planteara, que ellos no se animaban a pedírmelo. Por eso fue que me paré y les dije: «Ustedes saben que yo lo conozco a Ordóñez». Me paré,

¿sabes?, sola en medio de la reunión, y trataba de no mirarlo a Javier. Si seré tonta, me daba vergüenza mirarlo y no quería que él se sintiera mal, pero mientras hablaba estaba segura que me iba a interrumpir. Me iba a decir que me sentara. La verdad, no sé qué le hubiera contestado si él me hubiera dicho algo, pero de todos modos Javier seguía fumando sin levantar la cabeza, mirando el piso.

Entonces yo les dije que si a ellos les parecía útil. «Si a ustedes les parece útil», les dije, «yo lo llamo».

Cinta B - lado I

Cuando llamó, me sonó raro. Parecía demasiado necesitada de verme y yo, vos sabes, desconfío por principio de los arranques pasionales. Sobre todo con ella, que se entusiasma hasta el delirio con la novela que está leyendo y si te toca la versión Temple Drake mejor esquivarla por unos días o llevarla al cine a ver una de las carmelitas descalzas, para balancear. De todos modos, como te imaginas, también yo me dejé arrastrar por el entusiasmo y nos citamos para esa misma noche.

Hacía siglos que no hablaba con ella. La había conocido en Mar del Plata, en el verano del 53. El asunto se alargó hasta mediados de julio, ya en Buenos Aires, y se desinfló dulcemente a pesar de las mutuas promesas de amor eterno.

Después nos encontramos tres o cuatro veces por el centro, sobre todo al principio, cuando a ella todavía le duraba el tostado. En general terminábamos en la cama, alegremente y sin complicaciones, deseándonos mutuamente felicidad y prontas llamadas telefónicas.

Estuve casi un año sin verla hasta una tarde —dos o tres meses antes de lo que te cuento— que la crucé casualmente en la Facultad y ella me saludó apurada, como con miedo de que yo fuera a pararme. Supuse que era porque estaba al lado de uno de esos tipos de la FUBA que sabían que yo era peronista y ella no quiso que el tipo se enterara que yo la conocía.

También por eso me extrañó que me llamara, tan expansiva y de golpe, con ganas de verme y charlar un rato.

Así que me preparé como para el Colón, con traje oscuro y lavanda Yardley, pero en el fondo bastante intrigado.

Quedamos citados en el *jockey* de Florida, y yo llegué temprano y pagué el café en cuanto me lo trajeron, cosa de sacarla de allí no bien entrara, llevarla a un lugar con más clima, esquivar las formalidades caminando por la calle.

Verla entrar, pararme para salirle al paso y por poco no caerme de espaldas fue todo uno.

Mientras ella iba entrando, yo cruzaba entre las mesas y no lo podía creer. Estoy seguro que hasta me paré en medio de la confitería con todo el mundo mirando. Parecía... ¿Cómo te puedo explicar?... ¿Viste una sufragista?... ¿Te acordás de esas

minas con botas de media caña y carteles que salían en *La Vanguardia*? Algo así, pero no exactamente porque era más patético. Estaba disfrazada, te juro. Disfrazada de hombre, qué sé yo: con un pulóver negro y el pelo pegado a la cara, sin pintarse y con un par de zapatones como para caminar sobre la nieve. Daba tristeza, ganas de comprarle ropa.

Pobrecita, carajo, ahora que pienso.

«Estás linda», le dije mientras salíamos y me miró como para matarme y dijo: «Vos siempre con lo mismo», algo así.

Bajamos por Viamonte hacia Leandro Alem y ella caminaba rígida, como escondiendo el cuerpo, y para colmo no podíamos salir de «Y vos qué tal» y otras consideraciones igualmente espontáneas sobre el calor y la humedad de Buenos Aires.

Por fin terminamos en La Escalerita, uno a cada lado de la mesa y callados.

Cada tanto ella se pasaba la mano por el pelo, como acordándose de sus tiempos de esplendor o queriendo despeinarse y estar más fea.

Al final nos trajeron el *whisky* y entonces respiré más aliviado porque al menos había algo que hacer. Al rato habíamos tomado tanto para disimular el silencio que estábamos los dos bastante alegres: yo queriendo llevármela con urgencia a la cama, a pesar del uniforme, y ella emperrada en no sé qué historia y queriendo irse. «Pero para qué me llamaste», pensaba o le decía yo, y a ella se le había dado por emocionarse y decir que me amaba o que me había amado, algo así, porque se le confundía el tiempo de verbo y para colmo se le había dado por llorar.

Cada vez que empezaba con la historia del amor, yo sentía renacer la esperanza. Bueno, ya está, pensaba, ahora nos vamos a la cama y santas pascuas. Pero no. Es tan tenaz que no te haces una idea. Volvía a llorar, a cruzarse la mano por la nariz y a querer irse.

Yo trataba de sosegarla y entonces ella quería explicarme algo, pero supongo que yo estaba obsesivo y lo único que quería que me explicara era por qué se había vestido así, como para un picnic. «Vos no entendés», me decía, «yo cambié mucho». «Estoy seguro». Yo la interrumpía para decirle que estaba seguro que había cambiado mucho y la tenía de un brazo y le juraba por Dios que iba a hacer todo lo que pudiera para que fuera otra vez la de antes y ella otra vez a decirme que yo no entendía y yo a jurarle y ella a querer explicarme y yo a decirle.

Así, cerca de una hora.

Hasta que al fin corté la ronda, la levanté de un brazo y la subí a un taxi que cruzaba por Tucumán mandado por Dios.

En el taxi ella se apretó contra mí y lloraba despacito, como no queriendo que la notara. De vez en cuando se le cruzaba uno de esos suspiros que se complican con la nariz y hacen un ruido raro, casi un grito, y entonces el chofer nos fichaba, insistente, por el espejito reglamentario. Yo le hacía un gesto con la cara como diciendo «¿Qué le vas a hacer, pibe?» y él seguía ligero por Las Heras para arriba.

La verdad, ahora que lo pienso, vistos de afuera, desde el ángulo del chofer, por ejemplo, debíamos parecer algo exóticos: ella con su cara de ex alumna de Nuestra Señora del Huerto, pero vestida de *boy-scout*, y yo de oscuro, de camisa celeste y trabita de oro, con todo el tipo del cuarentón sádico.

Cuando llegamos y me agaché para pagarle el chofer me miró como diciendo: «No le da vergüenza, don». Yo le dejé veinte pesos de propina, pero seguro que lo mismo se anotó en la cabeza el número de mi casa, por las dudas.

Cinta B - lado II

Adentro todo pasó de golpe.

O ahora me parece que pasó de golpe y fue distinto, no estoy seguro.

Me acuerdo que ni bien entramos ella se arrimó a la ventana y se quedó mirando la plaza, como esperando algo.

Yo aproveché para apagar la luz que me había dejado prendida, para traer vasos y servir *whisky*, para entornar la puerta del dormitorio porque siempre causa mala impresión.

Por fin me le arrimé, tratando de parecer vivamente interesado en el paisaje urbano de Palermo chico, pero cuando le puse la mano encima se echó para atrás como si yo hubiera querido tirarla por la ventana.

Cruzó todo el *living* y se paró en un costado, justo abajo de la única lámpara prendida. Yo la dejaba hacer y fumaba, sin sacarle los ojos de encima. Era bastante absurdo, bien mirado, una mujer metida adentro de una lámpara de pie, con luz por todos lados. Seguro tenía un calor bárbaro pero trataba de disimularlo, sonriendo.

Vos tendrías que haberle visto la sonrisa para poder contarlo. Tenía la cara seria, blanqueada por la luz, y destapaba los dientes como si, más que nada, estuviera a punto de largarse a llorar.

Al rato pareció decidirse.

—¿No me vas a servir *whisky*? —dijo, enfilando hacia la mesa ratona.

Levantó un vaso y se me vino. Yo estaba sentado en el sillón y ella se paró enfrente y me miraba desde arriba, el vaso a la altura de los ojos, a través del vidrio. Se hamacaba, sin moverse del lugar, como queriendo seducirme.

Daba pena, pobrecita, haciendo de mujer fatal con ese pulóver todo desteñido y los zapatones.

Te juro que en un momento estuve a punto de prender la luz, sacarle el vaso y mandarla a su casa a dormir el *whisky*. Pero no sé si llegué a pensarlo o se me ocurre ahora porque cuando me quise acordar ya estábamos en el dormitorio, ella colgada de mí y yo tratando de esquivar los muebles, sin soltarla y haciéndola girar, para ubicar la cama por encima de su hombro.

Cuando llegamos empecé a hablarle bajito, a dejarla que se fuera calmando

mientras le sacaba el uniforme, trabajosamente, hasta dejarla desnuda, los dos tirados en la cama pero yo todavía con el traje y los zapatos puestos porque no había querido distraerme, no fuera cosa que empezara de nuevo.

Mientras me desvestía traté de seguir acariciándola, pero es muy difícil, vos viste. No hay modo de cuidar el estilo si estás todo encorvado, luchando con un par de zapatos, y en calzoncillos.

No sé cómo explicarte, ya te dije que las cosas se mezclaban, culpa del *whisky*, supongo, pero ahora se me da por pensar que ahí pasó algo.

No me acuerdo muy bien, sé que yo estaba meta saltar en un pie peleando por sacarme los zapatos y que de pronto ella se reía, como antes.

—Estás bastante ridículo, pareces un elefante bailando el cancán —me dijo, y en ese momento no me causó ninguna gracia aunque ahora pienso que desnuda y riéndose con todo el cuerpo era otra, era la de siempre, la del verano del 53.

Fue todo un acontecimiento volver a encontrarla, descubrir otra vez esa curva de vientre, el gusto de la boca, recordar de nuevo el ritmo justo para verla arquearse y gemir como una gata.

De todos modos lo que importa pasó después y ahora vas a entender por qué te cuento esto y por qué quiero que vos lo contés.

Pasó al rato, los dos tirados boca arriba y fumando, yo le acariciaba los muslos, le rozaba el vientre con la mano y de golpe ella dio vuelta la cara.

—Germán... —dijo, y yo le pregunté qué quería sin mucho entusiasmo—. Nada... Nada... —me dijo mirando el aire con una sonrisa rara y como pensando en otra cosa.

Yo le seguí pasando la mano por el vientre, comprobando que todavía le duraba una especie de línea divisoria, una franja donde la piel se le aclaraba, entre el vientre y los muslos.

—Germán... —repitió, al rato.

—¿Qué?

—Vos no me vas a creer...

—¿Cómo?

—Digo que vos no me vas a creer...

Yo estaba medio dormido y apenas la escuchaba y le contesté cualquier cosa.

—Sí, querida, te voy a creer, no te preocupés, date vuelta y dormí.

Algo por el estilo, pero ella seguía, los ojos fijos en el aire.

—Parece un sueño. Una película, no sé. Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí, lo más tranquila, y acordarme. No sé si te das cuenta...

—No. No me doy cuenta —le contesté, furioso porque se me había ocurrido darme vuelta y con el codo había volcado el cenicero, así que de golpe la cama era un asco de puchos y ceniza por todos lados.

Y mientras yo me arrodillaba en el colchón, puteando, y trataba de juntar la

ceniza y pasarla al cenicero, las cosas se complicaban. Especialmente porque la ceniza es muy jodida de agarrar, se mete en los recovecos del colchón y entonces casi no me daba cuenta que ella había empezado a contarme todo esto, sin importarle que yo estuviera luchando con los montoncitos de ceniza; sin importarle que yo la fuera entendiendo de a poco, dele sacudir las sábanas, mientras ella seguía hablando lo más tranquila, porque no era a mí (y esto lo pienso ahora por primera vez) a quien le estaba descubriendo las reuniones y los nombres, detalladamente, no era a mí sino a ella misma. A ella misma, ¿te das cuenta?

La invasión

Con el golpe del cerrojo los adivinó atrás, al fondo de la celda.

Siguió inmóvil, de cara a la puerta, hasta que se apagaron los ruidos en la sala de guardia. Entonces se dio vuelta y los encontró donde lo preveía; uno de pie, sin tocar la pared, como haciendo equilibrio y a medio vestir, el otro, un morocho de anteojos, tirado en el piso.

Afuera le habían quitado el cinturón y el cordón de los borceguíes. Sentía la ropa floja y estaba inquieto, como desnudo.

Caminó hacia el medio, torpemente, arrastrando los pies y se detuvo, indeciso. Los pantalones se le deslizaban por las caderas y los sostuvo con la mano derecha.

En el fondo de la pieza los otros dos lo miraban. El más alto se balanceaba suavemente. Tocaba la pared con el hombro y volvía a despegarse. Fumaba sin sacarse el cigarrillo de la boca.

El que había entrado sonrió.

—Me llamo Renzi —dijo.

Sosteniendo el pantalón con la izquierda caminó hacia ellos, la mano derecha extendida.

—Renzi...

El que estaba parado se apoyó en la pared y sacudió la cabeza. Más que un saludo pareció que hubiera querido afirmar algo. «Celaya», le pareció escuchar a Renzi.

El morocho, sentado en el piso, casi echado, con las piernas abiertas y la cara borrada por la sombra de la pared, no se movió.

Renzi se pasó la mano derecha por el pantalón, como limpiándose. Retrocedió hasta la otra pared y se sentó. El cuarto estaba casi a oscuras: empezaba a anochecer. La única ventana, angosta y alargada, era una rendija, un lamparón de luz colgando cerca del techo. Se inclinó sobre un costado y apoyado en el hombro buscó algo en el bolsillo del pantalón. Sacó un cigarrillo, hizo un bollo con el paquete vacío y lo tiró. La pelota de papel rodó por el piso y se detuvo entre las piernas del morochito. Con el cigarrillo en los labios, Renzi hurgueteó en los bolsillos de la camisa buscando un fósforo.

—¿Tenés fuego? —dijo, mirando a Celaya.

Celaya siguió inmóvil. Renzi lo miraba desde abajo. Celaya parecía distraído, se estudiaba las uñas. Después apartó los ojos y prendió un fósforo raspándolo contra la suela del borceguí. Se quedó así, parado, la llama alumbrándole la mano, los dedos, la piel amarillenta y manchada de nicotina.

Vista desde el suelo la cara de Celaya se deformaba en la oscuridad. Renzi se levantó, despacio, apoyando una mano en el piso. Sintió el calor limpio de la llama mientras chupaba y el humo le raspó la garganta. Abajo el fósforo se apagaba lentamente. Renzi lo miró hasta que fue apenas una chispa rosada.

—¿Y vos? —dijo, mientras Celaya comenzaba a sentarse y el cuerpo del morocho

aparecía de golpe, como brotando del piso—. Y ustedes —se rectificó— ¿por qué están?

—¿Estamos dónde? —Celaya habló lento, eligiendo las palabras.

—Aquí. —Renzi lo miraba—. Aquí, en cana...

Celaya parecía atraído por algo que estaba en la pared, encima de la cabeza de Renzi.

—¿En cana? —Se detuvo, como si le costara trabajo entender—. Por desertar...

—Ah... —empezó a decir Renzi, incómodo sin saber por qué—. ¿Y hace mucho que están? —Quizás por la sonrisa del morochito, por su mano que iba y venía acariciándose el pecho entre los pliegues de la camisa.

Celaya se quedó un momento sin contestar, como pensando.

—Tres meses.

Se había arrimado al morocho y los dos estaban muy juntos, formando un bulto en la penumbra, un solo cuerpo deforme. Si se inclinaba, Renzi podía distinguir claramente la mitad de la cara del morocho, alumbrada por la luz que se filtraba desde la ventana; la otra mitad era una mancha oculta en el hombro de Celaya. Parecía tener la piel muy lisa. Por el sudor, pensó Renzi, que sentía la transpiración en los ojos.

—¿Tres meses...? —El humo le deformó la voz—. ¿Y cómo los agarraron?

Esperó la respuesta y el morocho también miró a Celaya, que se frotaba el tobillo, sin hablar.

—¿Y a vos por qué te encanaron? —dijo Celaya como si le contestara.

Renzi lo miró, sorprendido; después aplastó el cigarrillo en el piso.

—Un lío con el «chivo» Pelliza. Me tiene bronca porque soy estudiante y además...

—¿Por cuánto tiempo? —lo cortó Celaya, bajando la cabeza. Parecía buscar algo en el piso.

—No sé. —Le molestaba el tono prepotente de Celaya—. No sé por cuánto tiempo.

El morocho se inclinó y habló con Celaya en voz baja.

A Renzi le pareció escuchar la risa de Celaya.

Después se quedaron inmóviles, callados.

—Che, ¿y hay que dormir en el suelo? —preguntó Renzi, al rato.

—No. Ya nos van a traer los colchones.

—¿A qué hora?

—A qué hora ¿qué?

—Van a traer los colchones.

—Pronto. —Celaya parecía cansado, aburrido.

—¿Y los tres dormimos aquí? —dijo Renzi recorriendo la pieza con un gesto.

—Sí. Los tres.

—¿Y la comida? ¿También hay que...?

—Sí, también hay que comer aquí —lo interrumpió Celaya—. Hay que hacer todo aquí. —Hablaban lentamente, contenido—. Si querés cagar tenés que ir hasta esa puerta —la señaló con un cabezazo—, pedir por el oficial de guardia. Decirle: «Tengo ganas de cagar, mi teniente».

En el piso el morochito se reía en silencio mostrando las encías.

—¿Entendés? —insistió Celaya—. ¿O necesitas que te explique algo más?

—No. —Renzi hizo un esfuerzo para mirarlo de frente—. Pero si llego a necesitar algo te aviso y vos me enseñás. —Trató de repetir el tono de Celaya—. Yo te aviso y vos me enseñás —repitió.

Celaya le buscó la cara.

—Escuchá, querido —dijo—, acá adentro no te conviene jugar al machito, ¿te das cuenta? Aquí no estás en la universidad; así que mejor sentare ahí, quedate piola y no jodás.

—Che, ¿pero vos qué te pensás? —empezó a decir Renzi, que encogió una pierna tratando de pararse. Cuando estaba medio arrodillado, Celaya lo empujó con la punta de los dedos y Renzi perdió el equilibrio.

Las piernas de Celaya, ahora, eran dos tubos grises, creciendo en el piso. Renzi echó la nuca hacia atrás, buscándole la cara, allá arriba, pero se detuvo en la franja lechosa de la piel de la cintura donde la camisa escapaba del pantalón.

—Yo te hablo en serio. No jodás. Dormí, contá vaquitas, hacete la paja. Pero no jodás.

Renzi se apretó contra la pared y estiró las piernas. Tenía la boca seca, el cuerpo flojo, como lleno de espuma. Volvió a repasar los bolsillos buscando un cigarrillo inútilmente.

Celaya se había sentado. El morocho, inclinado sobre él, le hablaba en voz baja. Se escuchó el chasquido de un fósforo y la llamarada alumbró la cara de los dos. Cada tanto parecía encenderse un círculo rojo que saltaba de un lado a otro. Fuman del mismo cigarrillo, pensó Renzi con bronca y a la vez con ganas de pedirles una pitada, sentir el calor áspero del humo entrando en los pulmones. Se contuvo, la garganta seca. Sin saber por qué, trató de no toser, como si toser fuera una debilidad frente a Celaya.

La garganta se astillaba, le ardía.

No romper el silencio pesado, lleno de ruidos sordos: voces de mando o un ladrido, lejos.

Carraspeó varias veces.

Después amontonó saliva en la boca y la hizo correr por la garganta para disminuir el ardor. Por un momento creyó que Celaya le había hablado. Era un murmullo débil, como si alguien silbara despacio.

La oscuridad ocupaba todo el calabozo. Desorientado, tanteó la pared tratando de reconstruir el cuarto mientras, afuera, alguien encendía una luz y la claridad bajaba diluida por la ventana alumbrando apenas la cara de Celaya, el pecho desnudo del

morocho, un cuadrado irregular del piso grasiento.

Todo flotaba en una penumbra verdosa. Las siluetas se fueron recortando, otra vez. Renzi imaginó la luz del otro lado. La bombita sucia, los bichos revoloteando en la pared, cerca de la ventana, iluminando la entrada del baño.

Ubicó los cuerpos de Celaya y el morocho. Le pareció que se movían y los oyó murmurar. Estaban juntos, casi uno sobre otro. Era una risa, apenas. Una respiración suave, un jadeo. Se movió hacia un costado buscando distinguirlos mejor y en ese momento lo cegó la luz. Parpadeó, encandilado. Por fin adivinó, en medio de la luz que entraba por la puerta abierta, al sargento de guardia y a un soldado que arrastraba un tacho cilíndrico.

Recibió el plato de metal, la cuchara. Comió despacio, sin sentarse. El montón de papas y porotos y el agua tibia se apelotonaban, se disolvían en la boca. Tragó sin respirar y se recostó contra la pared, de cara al aire fresco.

Afuera, los soldados de guardia conversaban en voz baja. Recorrió el salón circular de la sala de guardia, el escritorio contra la pared, y —por el vidrio de la ventana— un pedazo del camino de pedregullo cortado, de golpe, por la oscuridad. Al fondo, lejos, la luz de entrada, como suspendida en el aire, alumbraba en un círculo el asfalto de la ruta.

En el calabozo Celaya y el morochito comían juntos, sentados en un rincón.

Renzi entregó el plato casi lleno.

Recibió un colchón y las mantas. Mientras se cerraba la puerta, alcanzó a ver el respaldo de una silla y un ángulo del escritorio.

Después escuchó el golpe metálico del cerrojo.

En la oscuridad le duró un rato el reflejo de la luz. Apretó los párpados y se fue acostumbrando de a poco a la penumbra.

El sudor le mojaba el cuerpo. Sentía la ropa áspera, pegada a la piel.

Al fondo, el morocho tendía los colchones. Renzi se sacó un borceguí, el otro, y empezó a desnudarse. Se quitó el pantalón, levantó la cabeza y se encontró con el morochito que lo miraba sin moverse.

Renzi fue el primero en desviar los ojos.

Después acomodó el colchón en un costado, preparó una almohada enrollando el pantalón en la gabardina y, al buscar la manta, tropezó con el cuerpo de Celaya.

Estaba parado, lo miraba.

—No, querido. Andate más hacia la punta. —Agitó la mano como espantando algo—. Bien, bien contra la punta. Vas a estar más tranquilo —le dijo, y a Renzi le pareció escuchar como la risa del morochito, otra vez. Se arrimó a la pared, sin hablar.

Se acostó y se tapó con la manta, a pesar del calor.

Encorvados, muy juntos, alumbrados débilmente por la luz que bajaba de la ventana, Celaya y el morochito eran un bulto deforme. Parecían reírse o hablar, en voz baja.

El morocho se había quitado la ropa. Renzi lo veía por primera vez de cuerpo entero. Era mucho más bajo de lo que había pensado. Al lado de Celaya, alto, macizo, el cuerpo del morocho se diluía, pálido. Tenía los brazos sin vello y las manos blandas, como sin fuerza, y los dedos amarillentos en las puntas, cerca de las uñas que se enredaban en el pelo de Celaya.

Cuando Renzi lo comprendió hacía rato que el morocho acariciaba la nuca de Celaya. Las manos se deslizaban por el cuello, subían hasta el nacimiento de las orejas, bajaban por el pecho y empezaban a desprenderle el pantalón.

Desde el piso, Renzi ve el mentón del morocho, los labios jugueteando con las tetillas, en el cuello, en la boca de Celaya; los dos cuerpos se abrazaban, tirados en el colchón como si lucharan; el cuerpo del morocho es un arco, Celaya está encorvado sobre él, los gemidos y las voces se entreveran, los dos cuerpos se hamacan y los quejidos y la voz quebrada de Celaya se mezclan, son un solo jadeo violento mientras Renzi se aplasta contra el cemento, cara a la pared, hecho un ovillo entre las mantas.

Una luz que se iba

a Juan Carlos Scarpati

El zaguán sobre la calle y el cartel: *Pensión con comida. La Emilia*. Media vuelta a la plaza y la encontré. Dos meses pagos, pieza a compartir, desayuno aparte, almuerzo a las 12 y 30, cena a las 21, el que no está no come. Sobraban 1500 pesos cuando me largué a recorrer el centro. Por Buenos Aires nadando en luz, siempre llena de gente, con gente en todos lados. Y yo caminaba y caminaba para acostumbrarme y conocerla. Saber ir a cualquier lado sin preguntar, seguro como todos, mirando de frente. Entrar al café, decirle al mozo: Lo de siempre y que te salude y todos te conozcan y te escuchen. Tener amigos porteños, ir con ellos a mi pueblo, a Bolívar, algún fin de semana y presentárselos a Nilda: «Mi novia. Un amigo». A mi familia: «Un amigo de Buenos Aires». Y yo mismo voy a ser de Buenos Aires, porteño, con una pieza cerca de Constitución. Por eso volví contento a mi cuarto, la primera noche. Cansado pero feliz de estar acostado cara al techo, pensando en la enormidad de gente que vive acá, en Buenos Aires, amontonados, y con ellos es contra quienes hay que pelear o hacer algo y entonces empezaron a golpearme la cabeza, mi cerebro era un tambor, todo era un tambor que sonaba al compás, Buenos Aires, Corrientes, Constitución, todo golpeaba, se movía, rítmicamente, un-dos, un-dos, saltaba, todo de azul, un buzo que decía POMPEYA, la toalla blanca al cuello que saltaba, blanco y azul, azul y blanco, alta en el cielo un águila guerrera. Saltaba la sogá a las seis de la mañana, cuando lo conocí.

—Así que vos me compartís la pieza —gritó como si me saludara, saltando. Saltando. ¿Y qué se le puede decir a un tipo que salta, vestido de azul, a las seis de la mañana, adentro de una pieza de pensión, como si estuviera en una plaza llena de árboles?

Seguro creí que estaba soñando mientras él hablaba a los gritos sin dejar de saltar, decía algo del entrenamiento, «porque al gimnasio no vuelvo, pero no bien gane y pase al semifondo y los muchachos se acuerden, porque los muchachos se tienen que acordar» y yo lo miraba desde la cama, sin hablar, y él seguía rebotando en el piso, de un lado a otro. Al principio pensé que era una broma, pero no paró de moverse y hacer flexiones hasta el mediodía y otra vez a la tarde y al día siguiente y todas las mañanas. A veces me escapaba. Daba vueltas por ahí o entraba en el cine. Pero tarde o temprano había que volver, sentarse en la cama o mirar el techo y oírlo respirar fuerte y tirarle trompadas al espejo. Yo quería abstraerme, ignorarlo, no existen tus soplidos, tus saltos, estoy solo, tranquilo, pero parecía que se me echaba encima, me buscaba y yo le sonreía o miraba el piso y cada vez que levantaba la cara él me estaba mirando y a veces, sin parar de dar saltos, se le daba por hablar: «¿Sabes cuánto hace que estoy en el oficio?» y yo ponía cara de distraído, «¿Cómo?». «Diecisiete años,

¿qué me decís?, a los quince ya era medio mediano y en el 56 fui subcampeón en los Guantes de Oro. Perdí la final con Ansaloni, que después fue campeón argentino. Ahora ando medio mal, pero ya van a ver. Tengo treinta y dos años, soy un pibe. Archie Moore tiene más de cuarenta, casi puedo empezar de nuevo...». «¿Ah, sí?»... ¿Qué otra cosa te podía decir? Si hablabas a través mío, si le hablabas a ese tipo de azul que se veía en el espejo, agazapado, esquivando el aire. Saltar, respirar fuerte, eso es lo único que te interesa. ¿Qué sabes de la vida vos? Por eso nunca pude encontrar el modo de hablarle para que entendiera por qué estaba en Buenos Aires, para qué había venido. Como cuando te dije: «Yo soy de Bolívar y me vine a Buenos Aires porque quiero hacer algo y en Bolívar no hay ninguna posibilidad y si uno tiene las cosas claras no se puede baratear, por eso vine. Además si no estás en Buenos Aires no hay forma de hacer nada en este país». Te lo dije despacito, para ver si entendías. Y lo único que se te ocurrió decir fue: «Así que sos del interior». Y yo no soy del interior, nací en Bolívar, provincia de Buenos Aires, a 330 km. Por eso te digo que con vos no hay forma de entenderse. No hacías otra cosa que dar saltos o estar tirado en la cama, con los ojos abiertos. Entonces lo mejor era dormir, no despertar nunca, dormir y dormir todo el día hasta que por fin me llamaran de Duperial como prometió Esteban. Dormir y dormir, pero a las seis de la mañana la pieza estaba llena de golpes y saltos y el día no se terminaba nunca. Yo me quedaba en la cama, tratando de no mirarte, de no encontrarme con tu cara rígida, sudorosa; clavaba los ojos en un costado de la pieza, en el dibujo de la pared y me quedaba las horas así, mirando cómo iba cambiando de forma y empezaba a parecerse a un avión o a un árbol.

A veces, de golpe, me ahogaba, no aguantaba más, y entonces era yo el que te miraba y te sonreía; le hablaba de cualquier cosa, aunque no me escuchara, igual le hablaba, de deportes, de boxeadores, de cualquier cosa, con tal de olvidarme de la semana en silencio, sin otra cosa que «Por favor puede alcanzarme el salero». «Para la segunda de la noche, en el medio si es posible». «San Diego y fósforos». Y de golpe uno necesita hablar. Aquel jueves, ¿te acordás? Tres días sin poder salir de la pieza, todo flotando en ese olor agrio y pesado, a transpiración. Por eso empecé a hablarte, de cualquier cosa. «A mí, de pibe me gustaba juntar figuritas de boxeadores. Todavía me acuerdo de algunos. César Brion. ¿Lo conociste a César Brion?». Él estaba tirado en el piso, los muslos aplastados contra la cara, abriendo y cerrando los pies, y cada tanto me miraba desde ahí abajo, sin hablar. «Además tengo un tío que es loco por el box. Cuando Gatica fue a Bolívar quiso llevarme a verlo. Al final no pude ir porque mi padre dijo que era cosa de brutos. Pero después lo vi a Gatica por la calle. Parecía un loco. ¿Vos lo conociste a Gatica? Dicen que estaba arreglado con Perón». Él movía las piernas, pedaleando en el aire sin contestar, y yo seguía, contento de que no me interrumpiera. «Y de Lavorante, ¿qué me decís? Seis meses sin conocimiento. Cuando pienso en esas cosas francamente no entiendo cómo la gente se puede dedicar al box. Porque la verdad, ahora que más o menos tenemos

confianza, para mí, francamente, el box es una carnicería. No viste que quedan todos medio locos. ¿A vos nunca te dieron ganas de largar, dejar todo, poner un negocio y vivir en paz?». Movía las piernas, acostado en el piso, rojo y tan concentrado que, a pesar de que no me contestaba, pensé que me escuchaba convencido. Por eso seguí hablando casi sin pensar. «Ya tenés treinta y dos años. Treinta y dos me dijiste que tenías, ¿no? Yo no sé cómo no te das cuenta que tenés que largar si no querés acabar inútil o arruinado para siempre. Como esos que terminan pidiendo limosna o vendiendo porquerías, hechos unos peleles...».

De golpe dejó de mover las piernas, se quedó acostado, el cuerpo tenso, la cara torcida, mirándome: «Escuchá», dijo. La voz parecía saltar del piso, entre las patas de la mesa.

—Escuchá, cabecita negra y la puta que te parió, ¿por qué no te metés en tus cosas y me dejás tranquilo? En la pieza estaba yo primero. Estaba solo, lo más bien. Me entrenaba tranquilo, nadie me estaba mirando todo el día. Yo tengo que ganar, ¿te das cuenta? Así que no jodás, metete en tus cosas y no jodás.

—Pero, viejo...

—... No me digás viejo..., cabeza... ¿O no entendés que me tenés podrido? —Yo me había sentado en la cama y tenía una especie de frío, como un hueco en la boca del estómago, y él seguía tirado en el piso, aplastado entre las sillas y la mesa de luz. Yo le alcanzaba a ver un pedazo de cara y los pies, y la voz me llegaba rara, ronca, desde ahí abajo—. Todos ustedes nos tienen podridos. Vienen de la mugre, se meten en todos lados y encima quieren opinar y joder. El único error de Perón fue traerlos a ustedes. Ahora nosotros somos los que tenemos que aguantarlos. Yo nací en Pompeya, y no puedo estar solo en una pieza. ¿Te das cuenta lo que son ustedes?

Se había sentado en el piso y hablaba moviendo los brazos, cada vez más fuerte. De golpe se quedó callado y después pareció descubrirme otra vez y dijo que estaba harto de que lo mirara, de que siempre lo estuviera mirando y que de qué me las daba.

—¿Eh? ¿De qué te las das? —gritó mientras empezaba a pararse apoyando las manos en el piso, doblando una rodilla—. Ahora te vas, ¿está claro? Te vas y no aparecés hasta que yo termine. ¿Está claro? —Y todo se mezclaba, el calor, la humedad, el cuerpo de él contra la cama; y afuera la llovizna, el asfalto lleno de luz y la gente empujando y no hay modo de parar a nadie para explicarle lo que me pasa, explicarle que a Bolívar no puedo volver y que él está siempre metido en la pieza y entonces yo tengo que caminar, dar vueltas por ahí y sentarme en las plazas o subir a los colectivos y andar todo el recorrido, por los suburbios, por esas calles angostas, parecidas a las de Bolívar, vacías, casitas bajas, sin gente. Hasta que por fin volvía, de noche, cansado, confiando en que estuviera dormido para meterme en la cama, taparme la cabeza, quieto y callado, contento de tener toda la noche para mí, seguro en la oscuridad como cuando llueve y paseamos en coche y todos corren y parece que flotáramos, cobijados, tibios, mirando llover por los vidrios. Esperaba el momento, siempre dispuesto a hablar, a decirle la verdad, de una vez por todas, para que te des

cuenta, para que no creas una cosa por otra. ¿O te pensás que no sé que no le ganás a nadie, que te hacés el matón sin tener dónde caerte muerto? Yo te vi cuando volviste con la cara hinchada y el labio morado y la ceja partida. Te vi agarrado de los barrotes, en la cama, con la cara empapada de sudor mirando el techo. Todos los días te entrenabas. «Gano y paso otra vez a semifinalista». Hasta perfume te pusiste para ir a pelear. «Yo no estoy terminado. Tengo treinta y dos años, soy un pibe». Te vi, desnudo en la cama, colgado de los barrotes. «Perdí, ¿entendés? Perdí porque ese turro era zurdo. Por eso me ganó, pero ya van a ver... Si el tipo es zurdo hay que cambiar todo el plan y me faltaba aire y me dolían mucho las piernas. Pero yo no estoy terminado. ¿Y vos de qué te reís?». «Si yo no me río». «¿De qué te reís, cabecita? ¿Eh? Contesta», y me golpeaba despacio, con la punta de los dedos, «¿Qué te creés? ¿De qué te las das?». Me empujaba apenas, los dos en medio de la pieza, «¿Eh, de qué te las das?». Yo iba retrocediendo, tanteaba el piso, despacio, hasta que de golpe sentí la pared con la espalda, él se me echaba encima, la cara llena de marcas, me agarraba los brazos, «perdí porque era zurdo y me faltaba el aire», la cara hinchada, se colgaba de mí, me decía que le faltaba el aire y empezó otra vez a moverse y a boxear y a empujarme y me fui, entonces me fui. Bajé la escalera, salí a la calle, no sé qué hora era, no tenía adónde ir, la pieza no la puedo dejar, tengo dos meses pagos, estoy casi sin plata, esperando el trabajo en Duperial, no quiero volver a Bolívar, no quiero estar aquí, contra la pared, con él encima, la cara rota, por eso me escapé, hoy a la noche, y me metí otra vez en Buenos Aires llena de gente, siempre cubierta de extraños que no te miran y no te saludan y te pasan por encima, anduve de un lado a otro, sin saber adónde ir, perdido, extraviado, quería subirme a un árbol, esconderme en la copa y mirarlos pasar, ver cómo son sin mí dentro de ellos, acurrucado encima de un árbol en la ciudad iluminada, y de pronto estaba ahí, adelante, entre la gente, enorme, caminaba bamboleándose, lo vi, inconfundible, empecé a seguirlo, era él, lo seguí, le voy a explicar, le voy a decir, la nuca aplastada como una tabla, allá adelante, en medio de todos estos que se vienen encima y caminan en contra, empujando, y dan ganas de empezar a los gritos, deje pasar, a los codazos, porque ahora dobla por Esmeralda, lo veo, baja las escaleras del subte, empiezo a correr, no me importa que se den vuelta y se paren de perfil, mirándome, porque uno de los dos se va, se va, entendés, si no, va a pasar algo, en el andén, estaba ahí, en el andén, apoyado contra los azulejos, la cara hinchada, un ojo morado y una botella de vino en una bolsa de papel, «Vino tinto. ¡Del bueno!», me dijo, y se tomó un trago, y en eso entraba un subte, casi sin ruido. «No se puede seguir así», le dije mientras todas las puertas se abrían a la vez con un silbido suave, un calor sofocante, fue como escarbar un hormiguero, entraban y salían, lleno de gente que entraba y salía, y lo agarré de un brazo, «Hay que parar», le dije, y él murmuró algo, dijo algo, «A la lona», algo así, «A la lona», y después giró, se metió en el subte, se abrió paso, las puertas son automáticas, un silbido suave, y de pronto me quedé en el andén vacío, él estaba en el vagón, del otro lado del vidrio, en medio de una luz clara,

se alejaba, cada vez más ligero, una figura pesada, la cara pálida, en medio de la luz, en ese subte, cada vez más ligero, una luz, una luz que se iba.

Mi amigo

No. La primera vez fue en un bar de San Martín y Viamonte. Me lo presentó Lucas y cuando lo vi, flaco, vestido de marrón, sonriendo, me pareció todo un caballero.

Él estaba en Buenos Aires desde el cincuenta y dos. Vino a estudiar pero dejó. «Porque en este país la guita, viejo, hay que olfatearla en otro lado». Yo estoy en segundo año de Arquitectura; como no me va muy bien, él me decía: «Larga, no seas gil, así lo único que haces es perder tiempo. Si yo te digo que largués es porque en dos años nos llenamos de oro». Yo seguía. Porque quiero recibirme, ¿sabe?

Santiago vivía en una pieza cerca de Constitución, con balcón sobre la plaza. A veces salíamos juntos, a tomar una copa, a jugar al billar o a bailar; yo al principio no me di cuenta, pero él con las mujeres estaba siempre a la defensiva. «Con las minas hay que estar en guardia. Son lo más peligroso de Buenos Aires. Uno tiene que estar bien agarrado, seguro. Porque si no, cuando te querés acordar, te dejan en la vía, en la vía...».

«Tenés que entender, pibe», me repetía siempre (porque era uno de esos que vuelven a repetir y repetir las cosas. A contar lo mismo varias veces, siempre igual. Como si se olvidaran o pensarán que tal vez se lo contaron a otro). «Tenés que entender», me decía, «que el asunto es no tener nadie arriba. Mandar. Mandar en uno, pibe. Si mandas, si hacés lo que te da la gana, si sos libre, tarde o temprano llegás donde querés. Donde querés. Este país da para todo». Y lo repetía como una lección.

Siempre me contaba que cuando vino de Misiones era un seco. «Me vine con lo puesto y aquí estoy. Acá me tenés», decía, y se arreglaba la corbata o se pasaba la mano por el pelo. «¿Y qué te creés? ¿Que fue fácil?... pero enseguida me avivé. Ustedes, los porteños, se creen muy vivos y en el fondo son otarios con suerte. Como los que se sacan la “grande”: ¿los viste en el diario? Con la cara de giles sonrientes y el billete y el champán y los amigos. Después son los nuevos ricos y se llevan todo por delante mientras la gente les saca la plata. Así, ¿entendés?», me decía.

Él estaba solo en Buenos Aires. No tenía a nadie, por lo menos yo no le conocí a nadie y de la familia no hablaba nunca.

«Cuando llegué», contaba, «cuando llegué, como te digo, era un seco. Un cabecita seco. Y le tenía miedo a todo, ¿sabes?: al subte, a cruzar la Diagonal, a preguntar las calles, a todo. Pero le tomé la mano a Buenos Aires. Empecé de changador en Constitución a cinco pesos el bulto y cuando me avivé...». Y lo contaba como para enseñarme, ¿sabe? Para que aprendiera. Para que dejara la Oficina de Informaciones de la Inmobiliaria del Sur, S. A. Que dejara eso, que era de secos, y me largara de una vez, «a llenarnos de oro en dos años. Es una fija, pibe...».

La verdad que yo mucho no le puedo decir. Él me contó que cuando llegó se fue a vivir por la Boca con un santafesino que tocaba el piano. Y que cuando cayó Perón

casi lo llevan preso y ahí lo conoció al Francés, «que ahora está en Europa, viviendo como un duque, como un duque, y ¿sabes por qué? Porque es un vivo y conoce el asunto. Por eso está en Europa y es un señor».

A mí, en el fondo, siempre me gustó Santiago Santos. Es uno de esos tipos que saben bien lo que quieren. Que están en algo y listo. Duro, concreto. Por eso lo que pasó ayer parece mentira. Es como un sueño. No sé cómo pasó. No sé. Él me decía: «Vos sos muy gil, pibe, creés en muchas cosas. Parece que te mandarás la parte, con todas esas vueltas que tenés. Vueltas de pituco. ¿A quién le vas a ganar así? Acá es como el box, ¿viste el box?, cubrirse y pegar, cubrirse y pegar. Todo lo demás es *ballet*. Y vos, ¿sabes lo que parece un bailarín de *ballet* al lado de un boxeador?...».

Un bailarín de *ballet* al lado de un boxeador... Era como invencible, ¿sabe?, uno de esos hombres concretos, que van a ganar, siempre a ganar...

«Largá», me dijo cuando me bocharon en Análisis. «Largá, no seás gil que salió el asunto con los brasileños. Vos sabés que nos movemos con joyas. Dedicación exclusiva. En un año estamos paseando por Europa». Dedicación exclusiva, ¿sabe? Medio país está metido. Es un asunto tan grande que uno no sabe si es legal o no, con todos los que están metidos. Usted va al banco y dice: «De parte de Gerardo» y chau, se moviliza hasta el gerente. Es lo mismo que con divisas pero más seguro... Entonces largué... Dedicación exclusiva, qué sé yo. A uno se le da vuelta todo cuando ve tanta plata junta...

Anduvimos con ese asunto, nada más. Por lo menos conmigo. Después, ayer, todo se vino abajo...

Ya le dije que a él le reventaba que yo tuviera novia. Para él era lo último que me quedaba de bailarín de *ballet*. «Las mujeres te terminan perdiendo, no sos libre. Además nunca podés estar tranquilo». Pero eso es de película francesa, le decía yo, de tango. Eso pasaba con las minas fatales, con las de Discépolo. Mi novia, viejo, vive en Adrogué, el padre es médico. Estudia Psicología. No es una mina como las del tango. Estamos en mil novecientos sesenta y dos... Y para mí, Ana, mi novia, era una especie de puente, ¿sabe? Una seguridad. La seguridad de que en cualquier momento, cuando quisiera, largaba. Me ponía a estudiar de nuevo, me casaba y chau. Era como demostrar la diferencia, era mi resto. Como si no me jugara del todo. Recién ahora me doy cuenta, ve, era como jugar con trampa, seguro de ganar. «Vos te tirás al agua atrás del bote, pibe. Nunca vas a llegar a nada así», me decía. Y yo iba a la casa de mi novia todos los domingos como si volviera al orden, como si saliera del cine, qué sé yo.

Y ayer se vino conmigo a Adrogué. Un poco de prepo, ¿sabe? Como si lo hubiera decidido de antemano: encontrarme por casualidad en Constitución, «paseaba,

sabés», y «tener ganas de estirar un poco las piernas por el sur, de tomar sol, pibe».

Llegamos antes de comer, más o menos a las once y media. Mi novia vive a tres cuadras de la estación. En una de esas quintas grandes y cuadradas, con un parque y una verja de fierro. ¿Usted no conoce Adrogué?... Bueno, llegamos a las once y media y yo lo presenté a Santiago como un compañero de la Facultad. Nos sentamos a almorzar lo más bien: la madre en la punta, el padre en la otra, Ana al lado mío, Santiago enfrente. Enfrente mío estaba. Con un traje gris claro y una camisa celeste. Recién al rato de empezar a comer me di cuenta de que le pasaba algo. Que estaba distinto. Por lo menos no era el mismo. O que no era el que yo quería que fuera.

Cuando empezó a hablar y yo lo miré, me miró como si me estuviera diciendo: «No seas gil, pibe, este mundo es de los boxeadores». Hablaba recitando, como si fuera una lección lo que venía a decir. En medio de una frase de don Ángel, empezó:

—¿Así que Miguel no les dijo por qué dejó de estudiar?

Eso fue lo primero que le oí. Lo miré, sabe, para que me guiñara un ojo o me sonriera. Para que dijera que era una broma. Pero no, siguió, sin mirarme, como si yo no existiera, y dijo que estaba «muy mal que no les hubiera dicho. Y a lo mejor tampoco les avisó que dejó el empleo. ¿Pero cómo, Miguel?». Eso dijo, ¿se da cuenta?, «¿pero cómo, Miguel?». Tenía un poco de gomina arriba de la oreja, una especie de bolita redonda y blanca. Lo miré sonriendo, como si fuera una broma, y enseguida él iba a decir: «Lo embromo a Miguelito porque resulta que con el asunto de ahorrar para los muebles, el otro día...». Lo miré sonriendo. Estaba seguro de que era una broma. Eso le pasa a uno, ¿vio? Cuando alguien dice una de esas cosas que es imposible decir, uno piensa: «Me está cargando. Se hace el gracioso, no te dije que este tipo es un chistoso». Cuando lo miré, sonriendo, estaba serio. Serio. Como Ana, que me miraba, como doña Luisa. Como don Ángel, que le preguntó: «¿Cómo dijo, joven?, ¿cómo dijo?», le preguntó, ¿se da cuenta? Lo único que tenía que hacer era decir: «No, bromeaba, porque el otro día en la Facultad resulta que...». O cualquier cosa. Pero no. «Preguntaba», le dijo, «si Miguel les comentó que había dejado de estudiar y que ahora anda en otra cosa». Todos lo miraban, ¿sabe?, y él parecía que se apuraba. «Por otra parte en el negocio en que andamos no es necesario estudiar. ¿Para qué carajo sirve estudiar en este país? Dígame, francamente, ¿a usted le sirve de algo ser médico? Nosotros en tres años estamos en Europa dándonos la gran vida. Negocio de joyería, señores. Dedicación exclusiva...».

Hablaba y hablaba.

«Callate, pibe», me decía, «¿qué te pasa? ¿No querés que tu novia se entere de tu vida?». «Callate, pibe», «Callate, pibe» y no sé qué me pasaba. Lo único que yo hacía era decir: «Déjeme explicarle, don Ángel, déjeme explicarle». Eso, nada más, se da cuenta. Mientras, él hablaba y hablaba. Del asunto del chalet de Flores, del asunto de los medicamentos... Era una cosa tan rara. Rara, ¿sabe? Como si, de pronto, se pudiera decir cualquier cosa. Apretar dulcemente las manos de una mujer muy fea y decirle: «La verdad, qué difícil debe ser vivir con esa cara...». Una cosa así, rara.

Como ver una película vieja. Esos dramas mudos, de principio de siglo, llenos de gestos, en los que todos sufren y uno los ve ahora y le da risa... Es como si no me hubiera pasado a mí... Ni sé lo que dije. Lo que recuerdo es que nadie me oía y él me dominaba o qué sé yo. «Callate, pibe, dejame terminar». Y les contaba que yo iba a Adrogué porque así los domingos tomaba sol y comía bien; que yo era «un poco miedoso, pero buen pibe, buen pibe»... De todo hablé. De todo lo que se le dio la gana. También de cuando vino de Misiones y de que «los porteños son unos otarios con suerte, creamé». Y de que «el asunto es mandar, don Ángel, mandar»...

Ya casi no me acuerdo nada, todo es muy lejano, una especie de niebla. Siento el estómago revuelto y me acuerdo que sentía el estómago revuelto cada vez que miraba la fuente de raviolos que se enfriaba y se enfriaba, en esa mesa, con todos callados y él hablando. Parece un sueño. Es una cosa difícil de explicar... como si fuera cómico. Igual que un velorio, ¿vio los velorios?, cuando de pronto a alguno se le da por contar cuentos verdes y uno empieza a sentir que va a reírse. Uno está triste, pero empieza a tener unas ganas bárbaras de reírse. Primero hace muecas y se hace el disimulado, con el pañuelo o con cualquier cosa, pero después se ríe y se ríe. Todos lo miran y uno se ríe y cada vez le da más risa y más risa...

Así. ¿Se da cuenta, comisario?

La honda

No me dejo engañar por los chicos. Sé que mienten, que siempre están poniendo cara de inocentes y por atrás se ríen de todo el mundo.

Lo que pasó ese día fue que ellos no imaginaban que mi patrón y yo habíamos decidido trabajar, a pesar del domingo.

Por eso cruzamos el camino de tierra hacia el depósito del fondo.

Me acuerdo que por la calle andaba un coche de propaganda con los altoparlantes en el techo; y que yo escuché la música hasta que doblamos y el paredón apagó el ruido, de golpe.

Entonces el viento nos arrimó las voces y las risas.

Cuando los descubrimos se acurrucaron, tratando de disimularse entre los fierros, pero ya era tarde.

Ninguno de los cuatro pasaba de los doce años.

Se metían a robar pedazos de plomo para tirarlos con la honda.

Dijeron que estaban allí porque Nacho les aseguró que era amigo del patrón y que el patrón le daba permiso para juntar el plomo entre los desechos.

Mi patrón les quitó las hondas que les colgaban del cuello y las tiró al foso de cemento en el que antes, cuando el taller estaba allí y no sobre la avenida, engrasaban los coches desde abajo.

Los pibes empezaron a barrer, como les ordenó el patrón en escarmiento.

Mientras barrían les preguntó si sabían leer. Los cuatro sabían y los cuatro habían leído:

PROHIBIDA LA ENTRADA

Pero se metieron por culpa de Nacho que les dijo, repitieron, que era amigo del patrón.

Nacho, flaco y morocho, barría en silencio.

Teníamos que desarmar unas puertas de chapa para poder arreglar el techo del galpón de lavado. El más alto de los cuatro chicos me ayudaba por orden del patrón. Trabajaba concentrado y me trataba de «señor».

Ablandamos los clavos y los arrancamos con la barreta «cocodrilo». Después sacamos las chapas y las amontonamos en un costado. Cortamos los tirantes, dos largos y dos cortos, y empezamos a preparar el soporte.

Trabajamos la madera al borde del foso para poder serruchar hacia abajo sin peligro de tocar el suelo y mellar el serrucho. El pibe sostenía fuerte el tirante y me miraba de reojo.

Al rato pareció animarse y me dijo, muy serio:

—¿Señor, me deja agarrar la honda?

—Yo no tengo nada que ver. Si fuera por mí estaríamos durmiendo la siesta. Preguntale al patrón, si él te la da —le contesté.

Siguió ayudando, serio y concentrado. Daba risa con su cara de preocupación. Parecía el jefe de la barra y de vez en cuando miraba a los otros, como para tranquilizarlos.

Seguimos trabajando bajo el sol. Armamos el soporte y nos pusimos a clavar las chapas. Cada tanto levantaba la cabeza y me miraba sin hablar, serio, con la frente brillante de sudor. Me molestaba ese modo que tenía de mirarme, como si yo tuviera la culpa y él me exigiera la honda trenzada, de horqueta de palo, que veíamos abajo, en el antiguo foso de engrase.

Por fin le dije:

—Cuando tire el martillo bajás a buscarlo y agarrás la honda.

Sonrió y siguió sosteniendo el tirante sobre el que yo martillaba cansado.

El martillo golpeó contra el piso con un ruido sordo.

—Che, pibe, bajá a buscar el martillo —le grité.

Bajó corriendo la escalera manchada por el sol. Desde arriba parecía muy fuerte. Se le veían los hombros y la cabeza despeinada.

Me pareció que el patrón había dejado de trabajar.

El chico se agachó buscando la honda.

Esperé que se la guardara, apurado, entre la camisa y el pecho; entonces me di vuelta y le grité a mi patrón:

—Patrón, el chico se escondió la honda en la camisa.

En el terraplén

No hacen ruido, piensa. Son muy ligeros, siempre están en el aire, no hay modo de verlos. Después eligen las casas y dejan los juguetes. Nunca entendió por qué le traían esas cosas tan bárbaras a Marcos que es un tarado, un llorón y por cualquier cosa llama a la madre, y a Gabriel, que hasta sabe andar a caballo, nunca le traen nada. ¿Qué habrá hecho Gabriel?, pensó, y tuvo miedo, de golpe; miedo por él.

—Vos, andá a buscar la pelota —le ordenó aquel día Melo, desde la canchita. Melo, con los brazos en la cintura, transpirado: el jefe de todos. Cuando los grandes jugaban a la pelota no lo dejaban ni acercarse. Pero ahora le pedían la pelota, a él. Salió corriendo y la pelota estaba allí, contra el cordón, debajo del coche. Se la devolvió y Melo no dijo nada: ni gracias, pibe, ni nada. La hizo picar y volvió al medio, sin correr, tranquilo, gritando «Tres a uno». No importa que no le dijera nada, igual era como si los grandes lo hubieran dejado jugar a la pelota con ellos. «En la canchita, te das cuenta», quiso contarle a Gabriel. Pero fue Gabriel quien le dijo: «Che, ¿qué te hiciste en el saco?». Che, en el saco, le dijo, pero no era un saco, era una campera nueva, la campera gris recién estrenada y tenía dos lamparones de grasa oscuros, negros.

Por eso tuvo miedo: miedo de levantarse y encontrar los zapatos solos, vacíos, sin los patines. Si por lo menos estuviera Marcos, se las arreglaría para que no importara, para que todos se olvidaran de la mancha de grasa en la campera gris, y de la taza del juego de porcelana que primero le golpeó el codo y después hizo un ruido rarísimo en el suelo, al lado de la pata de la mesa llena de visitas. Marcos lo ayudaba siempre. Ahora daba pena y alegría que no estuviera. Pena, porque no estaba. Y alegría de tener un hermano en la conscripción. Cuando llegaba Marcos todos, hasta Melo, lo miraban con bronca, mientras él se paseaba con su hermano, que era un soldado de verdad, vestido de marrón, con botas y el machete de acero en la vaina de cuero.

Para colmo el día no pasaba nunca. Hubiera querido estar de repente en la mañana siguiente, en el asfalto con los patines; pero el tiempo no pasaba, no se movía ni una hoja, la siesta no terminaba nunca. Faltaba casi toda la tarde y después había que cenar y seguro que no se iba a poder aguantar toda la noche despierto para verlos entrar despacio en la pieza y dejarle los patines. Además mejor no hacerse ilusiones, pensó mientras acomodaba los soldados que siempre estaban apuntando, sin moverse, algunos cuerpo a tierra y otros tocando el clarín, duros como idiotas. Los acomodaba contra la pared, en fila, para que defendieran la ciudad de las fuerzas enemigas. Hasta que Cacique, con su corpachón amarillento, se tiró a la sombra de la pared y Emilio quiso subirse en el lomo. Pero Cacique se echaba de costado, no había forma de hacerlo levantar por más que lo tironeara del collar, se acostaba tranquilo, golpeando el piso con la cola y no había modo de convencerlo de que fuera un elefante por un rato, para jugar. Por eso, mientras Felisa pasaba con las alfombras, Emilio se convirtió en Dick Tracy. Y tenía que seguirla porque Felisa era una asesina. La mujer-

gato, la mujer-espía. Se descalzó y agazapado empezó a seguirla por toda la casa, escondiéndose detrás de las paredes, en las esquinas, aplastado contra los árboles, abajo de los muebles oscuros, en la cocina, con cuidado porque podían sorprenderlo desde el puente y se trata de cruzar el callejón desierto, apenas alumbrado por la luz que viene del bar. El callejón gris que lleva de la cocina a la escalera desde la que se puede dominar todo el puerto. Y cruzaba la cortada agazapado, en puntas de pie, llevando el revólver en la mano derecha y los zapatos en la izquierda cuando Felisa le gritó que no fuera estúpido, que dejara de seguirla y de molestarla.

Por eso salió a la calle, al sol de la siesta que ardía en las baldosas y se mezclaba con el aire caliente. Y caminaba, zigzagueando, sin pisar las baldosas azules, pero estaba llenísimo de baldosas azules y cada tanto tenía que saltar abriendo los brazos, muy concentrado en eludir la ciénaga maligna. Mucho cuidado porque si no iba a aparecer el asunto de la campera y entonces los reyes pasarían de largo, sin dejarle nada, ni los patines ni nada. Por las dudas este año junto con el pasto les pensaba dejar agua mezclada con azúcar. En el fondo los camellos son como Cacique pero más grandes, y Cacique por azúcar hace cualquier cosa. Trébol y agua con azúcar. Siempre los dejaba contra la pared del fondo. Sentía una cosa rara en todo el cuerpo al pensar en los camellos tomando agua, la cabeza inclinada en el balde que mamá usaba para lavar la vereda, y después comiendo el pasto con esos dientazos que parece que siempre se estuvieran riendo.

La esquina estaba llena de baldosas azules. Toda azul como un lago y Gustavo venía cruzando lo más tranquilo. Estuvo a punto de gritarle: ¡Cuidado con la ciénaga!, pero mientras lo pensaba ya se habían saludado.

Después del saludo, al rato de empezar a hablar, Gustavo se lo dijo. Le dijo eso, de pronto, como si lo insultara.

—¿Y vos todavía creés? —le preguntó—. ¿Todavía creés? —Con una voz finita, aguda y la cara llena de pecas rojas. «Fideo con tuco», le gritaban siempre, y tenía el pelo colorado sobre la frente y la voz chillona:

—Si son los padres, ¿no te das cuenta? Lo de los reyes son todas macanas.

La transpiración se le amontonó en los ojos, una nube húmeda que pintaba la calle de un gris claro y la F de Farmacia Muro estaba borroneada, le faltaba el palito del medio. «Queridos señores reyes magos», empezaba la carta. Todo el sol y el calor pegándole en la cara.

—Claro que lo sabía —gritó—. Lo sabía, entendés. Antes que vos lo sabía. —Y tuvo ganas de pegarle, agarrarlo del pelo, colorado estúpido, y patearlo, claro que lo sabía, pero ya estaba solo y el calor le trepaba por los zapatos desde el asfalto blando.

Sin darse cuenta llegó a su cueva entre las cañas. Nadie más que él y Gabriel la conocían. Una cueva llena de puertas secretas en la que vivían Sandokán, Poncho Negro, Pluma Roja y él, ahora, pensando que no saldría nunca, que se quedaría allí, toda la vida, dejando que lo buscaran, no le importaba que lo buscaran, que lo buscaran todos porque no quería ver a nadie, nunca más.

Estaba sentado en el piso de tierra y arriba el viento hacía temblar las cañas con un ruido raro y muy triste, una especie de susurro, y entonces él se acostó boca abajo, con las manos en la cabeza, pensando que a lo mejor todo era una especie de mentira y entonces mamá y papá tampoco existían: volver y que en casa no lo besaran ni nada, que apenas lo saludaran porque ya no jugaban más y le dijeran: «Y vos, nene, ¿quién sos?», y lo mandaran a uno de esos colegios que tío Joaquín le mostró, con tapias grises, enormes y oscuros, donde viven los chicos sin padres.

Hacía redondeles en la tierra; dibujaba figuras y las borraba con la palma de la mano sin entender por qué el abuelo no le había dicho nada. El abuelo rubio, tan alto, que lo llevaba en los hombros y le hablaba del lugar donde había nacido, un pueblo lleno de sol donde la tierra era roja, cubierta de montes y de caballos. Ahora su abuelo estaba de viaje, y le escribía cartas en las que le recomendaba que se portara bien e hiciera caso. Las leía papá y no parecían del abuelo. Si él estuviera le explicaría. No estaban ni él, ni Marcos. «Y Marcos, ¿por qué me ayudó a escribir la carta si era mentira?». Cuando pensó en Marcos ya estaba afuera de la cueva, rozando con la palma de la mano las paredes tibias. La calle vacía, aplastada por el sol, se juntaba con el terraplén, allá lejos. En ese lugar al que nunca se animó a llegar, por el que cada tanto pasaban los trenes, las máquinas cubiertas de humo, todo el tren soplando arriba, por encima del pueblo, al fondo de la calle. Y caminaba despacio mirando el polvo arremolinado por el viento, asombrado de andar por esa calle tan larga, llena de árboles, llena de misterio, con terrenos baldíos y casas desconocidas. Cada tanto levantaba bolitas de eucaliptus y las tiraba contra el cielo y después se pasaba la mano por la punta de la nariz y encontraba el mismo perfume del invierno cuando mamá las ponía a hervir sobre la estufa y todo era tibio, con aquel olor suave y él, tirado en la alfombra, jugaba a ser un barco a vela y estaban todos: mamá cosiendo y papá sentado en el sillón, todos juntos y él, de repente, se ponía a gritar de contento; se golpeaba la boca con la palma de la mano contento de que estuvieran todos juntos y se largaba a correr de un lado a otro y mamá empezaba a los gritos pero él seguía corriendo sin parar porque se había desbocado y no había modo de frenarse a pesar de que el pasto lo hiciera resbalar, y tuviera que terminar de subir el terraplén gateando, clavando los dedos en la tierra, encorvado, teniéndose de los yuyos.

Parado en lo alto, con las manos en la cintura, de espaldas al pueblo veía todo el otro lado del mundo: los molinos de agua y los pinos y el arroyo donde los grandes iban a nadar y muy chico, como una mancha a lo lejos, el monte en el que Melo decía que se podían cazar lechuzas.

Después empezó a caminar haciendo equilibrio por las vías con los brazos abiertos y el sol en la cara. Se bamboleaba, pisándose los talones con la punta de los pies, sin tocar los durmientes, tratando de animarse a pasar del otro lado, a dar el salto, ahora, y caer resbalando por la bajada del terraplén, sentado como en un tobogán hasta zambullirse en el pasto, cerca de las cañas.

Acostado allí, boca abajo, a la sombra del terraplén, parecía que el sol se hubiese quedado en el pueblo, en su casa, del otro lado y él estaba solo, a la sombra, tirado en el pasto, escuchando el zumbido de las avispas y el ruido del viento contra las cañas secas. Miraba las ramas de los árboles contra el cielo y sin saber por qué se acordaba de los lugares que le contaba su abuelo y hasta pensó que a lo mejor por allí andaban los caballos metidos en el monte o saltando los para golpes de madera salpicados de yuyos.

Hundió la cara en el pasto fresco, doblando los pies sobre la espalda, contento de golpe; contento porque además podía contárselo a Gabriel. Tregar el terraplén y bajarlo corriendo para contarle a Gabriel que se había animado a cruzar al otro lado, donde estaba el monte lleno de lechuzas y el arroyo. Correr con la cabeza gacha por la calle llena de sol y árboles y olor a eucaliptus. Y llegar a la esquina, respirando agitado, con la cara sucia de tierra y sudor. Pararse frente a la puerta altísima y marrón y levantarse en puntas de pie para alcanzar el llamador de bronce.

Un golpe seco que retumba en la siesta.

—¿Cómo te va? —le preguntó Gabriel, parado en el umbral, contento de verlo.

Emilio, con las manos enlazadas en la espalda, pensó en el país que había conocido detrás del terraplén, en el agua con azúcar; pensó que Marcos era también un mentiroso y que su abuelo era el único que decía la verdad, a pesar de las cartas que no parecían de él.

Todo eso pensó mientras le preguntaba:

—Y vos, Gabriel, ¿sabés quiénes son los reyes magos?

Tierna es la noche

Querer tranquilizarme contra una Lettera 22 cuando Luciana está tirada allá y es inútil. Buscar explicaciones, querer corregir no sé qué destino, cambiar los detalles, como si los detalles, decirle no seas estúpida, no te hagas la trágica, Luciana, decirle chiquilina sonsa, señora mía, cualquier cosa para no verla ir achicándose bajo la lluvia, medio torcida por el agua, con la pollera pegada a los muslos y todo estaba decidido y yo lo más tranquilo, cobijado en el alero, mirando llover y fumando y esperando que amaine.

De todos modos no estoy seguro si hay que contarlo así. Ahora las cosas se me diluyen, lejanas, y parece lo más natural que anoche hubiera sucedido hace muchísimo tiempo; que anoche, hoy mismo, estuvieran antes que, por ejemplo, aquella tarde cuando nos paramos en medio de la plaza y nos besamos por primera vez, mientras la gente daba vuelta la cara para mirarnos y arriba un *jet* flotaba en el aire y ella dijo que me quería: «Me parece que te quiero mucho», dijo ella, y yo le contesté que estaba loca. «Me parece que estás loca», algo así, en voz baja, y la luz del estúpido farol encendido a las tres de la tarde le hacía brillar todavía más el pelo colorado cuando se separó y yo pensé que iba a sentarse o algo así, pero empezó una especie de baile. «¿Yo? Yo soy loca como una gata, ¿nunca viste una gata loca?», las manos en la cara, un suave vaivén, extraños murmullos, imitando los que ella decía que eran los maullidos de las gatas cuando están locas: «Locas y calientes», dijo, y tenía los ojos grises medio veteados por el sol y la risa.

Gestos, escenas que ahora se agrandan aquí, mientras escribo en esta pieza que desemboca sobre los techos del vecino, borrando, deformando lo de anoche, la fiesta, la voz de ella por teléfono para invitarme y yo me reía sin entender la razón. «Y de dónde sacaste que para armar una fiesta hay que tener razones», me dijo, y yo pensé: Ojo, ir sin Beatriz. Qué idiota, como si Luciana necesitara verme sin Beatriz o no la conociera mejor que yo mismo. «Para vos es una de esas piezas cómodas, ¿te das cuenta? Un cuarto de baño» (yo no la distinguía en la oscuridad, pero seguro se reía con todo el cuerpo). «Eso, un cuarto de baño».

Claro que cuando Luciana lo dijo estaba totalmente borracha. Yo había escuchado ruidos, abajo, y enseguida los tacos en la escalera y alguien raspando un fósforo. «Beatriz», dije, buscando la luz. «No. No prendas»; hablaba alzando demasiado la voz, como perdida, y cuando encendí pareció que Luciana brotaba desde la oscuridad, con el pelo tirado en la cara, hermosa y gastada, fugaz. «Me voy. Si no apagás la luz me voy», y ya no la veía, sólo la adivinaba en la oscuridad dando vueltas de un lado a otro, llevándose las cosas por delante, hasta que por fin se sentó en el borde de la cama, sin hablar.

Por eso digo que fue imbécil pensar en Beatriz, que no tiene nada que ver, y que ahora seguro duerme sin saber nada, con su aire entre ingenuo y malévolo y dulce, con esa cara que de repente se le ablanda y parece que se le desmorona, como si no le

obedeciera, cuando ella busca endurecerla, porque yo, casi sin querer, hace unas cuabras que camino abstraído, dejándome llevar por el silencio hasta que siento la presencia de Beatriz, tensa, controlada, y al fin escucho su voz, medio enrarecida: «¿Se puede saber qué te pasa?». Y yo la miro, asombrado: «Nada, ¿qué querés que me pase?», y es como si se le soltara algún piolín adentro y quedara desvalida, desnuda. Parecía una muñeca aquella mañana, cuando su cara apareció y ya era tarde porque Luciana había trepado la misma escalera, borracha, y nos despertó Beatriz, entrando, y ella le habló desde la cama, con las mantas tapándole el cuerpo desnudo. «Hola, ternerita», le dijo, «no te enojés que ya me voy». Y Beatriz la miraba apoyada en la pared, sin moverse, mientras Luciana se vestía, muy despacio, en medio de la pieza, se agachaba buscando las medias y cuando se levantó le sonrió apenas. «No te enojés, que yo podría ser tu madre».

Ésa fue la última vez que vi a Luciana (hasta hoy, quiero decir), porque la noche antes habíamos decidido que todo iba a terminar, amigablemente, con la asquerosa delicadeza de esos casos.

Ya no me acuerdo de a quién de los dos se le ocurrió entrar en esa boite, una especie de casa de té, que habíamos encontrado poco después de medianoche, hundida en el fondo de un parque, al final de la diagonal 80.

«Carajo, uno se moja los pies con este yuyo», dije yo porque lloviznaba y el pastito me embarraba la botamanga, y creo que mientras yo zapateaba en el felpudo como un imbécil, ella se acercó para besarme y yo la arrinconé contra la puerta pero ella se soltó y me acarició la cara.

—Vinimos a despedirnos, ¿verdad? —dijo—. Tengo sed y estoy empapada.

Entonces cruzamos el salón japonés, alumbrado con farolitos verdes, para secarnos en el baño, las dos puertas separadas por una mampara. «Entro con vos», dijo sonriendo, el pelo chorreando. «No hay nadie, ¿no ves que no hay nadie?», agregó, y la luz cruda del baño parecía aislar los gestos, multiplicarlos en el espejo, y ella miraba todo asombrada y divertida. «Así que ustedes usan estas cosas, pero si son como escupideritas», y se reía, girando de un lado a otro, cuando entró un tipo y la miró pensando que se había equivocado, pero me descubrió enseguida mientras ella lo saludaba, desde un costado, mientras se pintaba la boca en el espejo.

A veces uno necesita creer en señales, en avisos que no supo ver. Ahora (después que abrí la puerta de la pieza de Luciana y me tiré para atrás, como encandilado) esa madrugada en la boite me parece un signo de todo lo que pasó esta noche. A lo mejor por eso se me mezclan, por eso no sé si fue hoy a la madrugada o aquella noche, hace más de tres meses, cuando Luciana levantó la cara como buscando la lluvia que se adivinaba en el viento, y yo le vi los ojos, ardidados y asustados, pero fue apenas un momento porque ella se movió, imperceptiblemente, como queriendo esquivar la luz filosa del amanecer y en voz muy baja, casi un susurro, me dijo que se volvía sola,

que no la buscara y yo la dejé ir, la miré alejarse, perderse entre la gente, sin hacer nada, sin llamarla.

Y no la vi más, hasta la noche de la fiesta, ayer. Vivía en una casa en Villa Elisa, en las afueras, amplia, muy iluminada. Entré y al fondo, en una sala que daba al jardín, estaba ella tocando la guitarra, con gente desparramada en los sitios más inverosímiles, silenciosos, atentos. Estaba bellísima, sentada en un sofá, con Patricio al lado, que sonreía, satisfecho, mientras Luciana cantaba con su voz ronca, envuelta en el humo pálido de los cigarrillos. Cuando terminó, todos aplaudieron y ella se levantó y el vestido le destapó los muslos; usaba el pelo recogido, la cara agrisada por el humo, como de yeso.

Agitó la mano, yo sonreí. Después la miré venir, eludiendo a los que bailaban; su figura se iba construyendo a medida que se acercaba. Me acuerdo que traté de pensar una frase para recibirla. «Te queda muy bien el pelo atado, pareces una estatua», algo en ese estilo; pero ella se paró imprevistamente en mitad del camino y yo me quedé quieto, mirándola bailar con Patricio.

Había tanta gente que se podía ignorar confiadamente a los conocidos. Recortada entre las parejas, cada tanto me encontraba con Luciana, con su vestido color ocre. Dos o tres veces nos miramos, pero ella siguió bailando, sonriendo y como divertida.

Me dejé ir de un lado a otro, escurriéndome hacia el fondo de vez en cuando, para buscar la mesa donde se amontonaban las botellas. Al cuarto o quinto *whisky* las cosas mejoraron y terminé bailando algunos tangos, sin mucho fervor, con una niña que era lánguida y levemente bizca, lo cual le daba un aire entre malvado y atrevido.

Por fin me tiré en un sillón que me obligaba a hundirme en una posición realmente absurda, con los codos aplastados entre las rodillas.

—Siempre sape de otro pozo, vos —dijo con una entonación deliberadamente criolla y un poco afectada, que le conocía bien—. Lejos de la merza.

La voz vino de atrás y para confirmar que era Luciana tuve que girar todo el cuerpo y verla apoyada contra la pared.

—Mucha merza no veo por aquí, la verdad, más bien parecen todos millonarios.

—Millonarios mendigos —dijo ella, y se rió de su propio chiste idiota.

De todos modos era muy absurdo seguir incrustado en ese sillón haciendo contorsiones para poder mirarla. Cuando conseguí sentarme con dificultad en el brazo del sillón, la miré de frente por primera vez, y fue como recordarle los ojos, ese modo único que tenía el iris de ennegrecer la pupila, como si fueran los ojos de un gato.

—Estás rara con el pelo así. Parecés una estatua —le dije mientras trataba de incorporarme.

—Sí, la estatuita de la virgen de Luján —dijo ella mientras terminaba el *whisky* que tenía en el vaso—. Me disfracé una vez de virgencita de Luján, estaba divina, me hubieras visto. —Tenía el vaso de *whisky* alzado contra la boca y lo golpeó con la punta de los dedos hasta que el cubo de hielo resbaló por el borde—. Miraba el cielo, así —dijo, y alzó los ojos con aire angelical.

—Qué te parece si nos tomamos un micro y nos vamos a pasar unos días al hotelito de Punta Lara.

Me miró divertida mientras masticaba el hielo.

—Mucho barro.

—Mejor, así no salimos de la pieza.

—Aquí viene mi marido —dijo ella.

Cuando levanté la cara, Patricio ya estaba ahí.

—Emilio, ¿cómo andas? —dijo, y Luciana le agarró la muñeca, no la mano sino la muñeca, como si fuera el respaldo de una silla.

Hablamos los tres, una vez cada uno, para que los silencios no se alargaran demasiado, mientras la música y los gritos se mezclaban en un bochinche fenomenal.

—Esto es demasiado cerrado —dijo Patricio—. Hubiera sido mejor el jardín. Lástima la lluvia.

—¿Qué festejan? —pregunté mirando la cara de Patricio, el color raro, medio violáceo, de la cara de Patricio.

—Nada —me contestó Luciana—. No veo por qué hay que hacer fiestas sólo para festejar cosas.

—A Luciana le da por rachas —dijo Patricio, que buscaba mi complicidad dulcemente—. Ahora las fiestas, hace un tiempo se le había dado por pintar, llenó la casa de telas y se alquiló un estudio en el centro y cuando...

—Está bien, querido, dejemos mis rachas ahora —lo cortó ella, soltándole la muñeca—. Prefiero bailar.

Patricio se movió como queriendo salir al medio y yo sentí la mano de Luciana en el brazo, mientras ella se alzaba en puntas de pie para rozar la cara de Patricio con los labios.

Adiviné la sonrisa de él, atrás, parado en un rincón, cuando en una vuelta quedamos frente a frente y me saludó levantando el vaso. Volvimos a girar, Luciana quedó de cara a Patricio y después nos internamos en medio de todos los que nos arrastraban de un lado a otro.

Luciana parecía reanimada y me miró divertida.

—¿Qué andás buscando? —le dije, al rato.

—Nada. No ando buscando nada. ¿Qué querés que ande buscando? No seas elemental.

—¿Y para qué me llamaste?

De cerca, la cara de Luciana era una máscara hermosa y manchada, con dos lamperones oscuros al lado de los ojos.

—¿Sabés lo que ando buscando? Piedritas. Juguetes que perdí. Por ejemplo que alguien se enamore de mí como antes. Como hace muchísimo tiempo aquellos muchachitos sonsos a los que yo quería como una loca. Eso ando buscando.

Sin querer me llegaba su olor a *whisky* mezclado con extracto francés y sudor.

—Sacarme de encima todo esto. —Le costaba modular la voz y hablaba

torpemente—. Toda esta mugre.

—Si lo decís por el *whisky*, no se te nota.

Se quedó como clavada. Los que venían atrás nos empujaron riendo y yo la agarré de un brazo para sacarla, pero ella se soltó con un gesto brusco.

Yo seguí solo y me paré contra una mesa, cerca de la ventana. La miré acercarse, insegura, atropellada y sonriendo, hasta que aplastó el cuerpo contra la mesa y me llamó agitando la mano.

—Venga, pichón, venga que Luciana quiere decirle una cosa al oído —fue diciendo en voz baja mientras se inclinaba, y los dos hicimos un puente sobre la mesa—. Sos un pobre tipo —susurró.

Después se cruzó la mano por la cara como si estuviera espantando un bicho y yo la miré caminar, rígida, hacia Patricio.

Me quedé un rato ahí, recostado contra la ventana.

Afuera, la bruma diluía la silueta afilada de las lanzas, en la reja de fierro que encerraba la casa. La noche estaba quieta, muy calurosa. Caminé por el jardín costeando la verja hasta el fondo. Vista desde atrás, la casa parecía un cajón, alto y oscuro. La música se apagaba y crecía, arrastrada por el viento. Empezó a lloviznar otra vez. Una niebla amarillenta rodeaba los faroles encendidos. Sobre el costado, la luz de la casa se escurría entre los árboles, y cuando me topé con la escalera, de golpe se borró y todo quedó en sombras. Empecé a subir tanteando. La claridad me golpeó la cara otra vez y durante un momento los vi amontonados en medio del salón; las caras brillosas se apagaron de pronto y terminé de entrar, puteando al de la idea de jugar con la luz.

Habían formado un círculo y en el medio Luciana se movía sola, se hamacaba al compás de la música, descalza y con el pelo suelto. En la oscuridad sólo se escuchaba el golpe de las manos y cuando volvía la luz la cara sudorosa de Luciana parecía brotar de repente, borrada por el pelo que le tapaba los ojos. Había empezado a desnudarse, claro, se desnudaba cada vez que podía. Estaba de espaldas, haciendo de Rita Hayworth en *Gilda*, hasta que, bruscamente, hubo una confusión de voces y de ruidos y Patricio y Luciana cruzaron la puerta, iluminados. Él la llevaba del brazo, casi en el aire, arrastrándola, mientras ella se tiraba el pelo para atrás con gestos duros, y la música seguía sonando y todos se miraban, las caras brillosas, como disculpándose, en silencio.

Se quedaron inmóviles un momento y después empezaron a moverse, turbados. Las voces fueron creciendo de a poco.

Siguieron bailando un rato más, desganados porque la cosa estaba lista y era inútil alargarla, mientras un mozo empezaba a juntar las botellas y todos se desbandaban en grupos furtivos hasta que quedaron tres o cuatro parejas, bailando solas en el medio de la pieza vacía.

Yo me quedé hasta lo último pero no vi a Luciana. Así que terminé la ginebra y bajé solo, despacio, siguiendo a los rezagados que cruzaban el jardín desaliñados y

ojerosos.

La tormenta se olfateaba en el aire y la niebla casi no dejaba filtrar la luz blanquecina del amanecer.

Me paré a prender un cigarrillo; las luces de la casa se iban apagando de a una. Cuando seguí caminando hacia la verja, mientras empezaba la lluvia, alguien me agarró la mano.

—Esperá, pichón, no te apures —dijo Luciana, y parecía otra, más indefensa o algo así, se había lavado la cara, supongo, porque tenía la piel cenicienta y desnuda, los ojos como dos llagas en medio de la cara.

Caminamos despacio hasta el alero y ya el agua rebotaba ruidosamente contra las chapas.

No me puedo acordar de lo que hablamos. Lo que sé es que yo no le daba importancia y que en ese momento no tenía importancia; era una de esas conversaciones entrecortadas, balbuceantes, que vienen al final de la noche, mientras aclara y uno siente el cuerpo lleno de algodón o de estopa y los ojos lastimados por la luz lechosa del amanecer.

Casi no puedo recordar otra cosa que la lluvia en el techo y la voz de Luciana mezclada con el ruido del agua. Yo sentía la cabeza vacía y lo único que esperaba era ver pasar un taxi, subirla, ir a casa, y meterme con ella en la cama. Pero no pasaba un taxi ni por broma y Luciana se paseaba de un lado a otro. Yo la tenía del codo pero ella se movía, en ese espacio insignificante, con el pelo borrándole los ojos, la cara grisácea, se movía, parecida a una mano que se moviera con cautela, tanteando para levantar del piso un montón de vidrios quebrados.

Hasta que de repente me rozó apenas la cara con los labios y entró en la lluvia.

Caminaba tan despacio, toda torcida, flotando en esa bruma gris, que yo pensé que iba a volver. Absurdamente pensé que se había alejado, pero que iba a volver; y la miré irse, y cuando iba a salir a buscarla se detuvo, se agachó tanteando el piso y después saltó en un pie con el brazo extendido y yo le grité que volviera y quizá no me oyó por la lluvia o ya no le importaba porque siguió caminando descalza, con los zapatos en la mano, achicándose cada vez más hasta ser un punto de color ocre en medio de la calle.

Y yo me quedé ahí, sin pensar en nada, esperando que aflojara la lluvia para volver, caminando sin apuro, esquivando los charcos, mientras el sol se diluía entre las nubes, y los negocios empezaban a abrirse y Luciana andaba por algún lugar de esa llovizna, mirando ella también la cara torva de los que madrugaban asombrados de ver a esa muchacha, empapada y descalza, con el pelo pegado a la cara, escondiendo los ojos para no sentir la luz filosa del amanecer entrando por los ventanales de su pieza, subiéndose a una silla para cegarlos, cobijarse en la tierna oscuridad de la noche, olvidar afuera el día que se viene de a poco mientras ella deja que el vestido le resbale por el cuerpo mojado, desnuda cuando la encontraron, las ventanas clausuradas, la pieza oscura y Luciana con el brazo tapándole los ojos como

quien trata de borrar el sol, boca arriba en la arena y cerca del mar, a mediodía.

Desagravio

a José Szabón

Mientras los aviones pasaban en formación y vuelo rasante hacia el río, Fabricio recordó haber leído, hacía un momento, en la pizarra de *La Prensa*, «Hoy, 16 de junio, desagravio a la bandera». Lo asombró la coincidencia. El día de la reconciliación con su mujer se producía ese tumulto en la Plaza de Mayo.

Elisa lo había abandonado hacía dos meses, pero Fabricio estaba dispuesto a perdonar. Sólo esperaba de ella un gesto de ternura y de arrepentimiento. Él también podía llamar desagravio a lo que estaba por suceder.

El cielo blanco, con los aviones al fondo, brillaba como una tela mojada. Grupos de manifestantes llegaban en camiones por las calles laterales. No había carteles, no había consignas, sólo la gente que se amontonaba. Igual que ovejas, pensó Fabricio. Negras. Una manifestación de ovejas negras.

No le importaba la política, las desgracias eran siempre privadas. Si la política es el arte de lo posible, solía decir, entonces toda vida es política. Repitió esa frase, porque le daba cierto sentido personal a los sucesos de los últimos tiempos.

Una bandera argentina había aparecido quemada en el atrio de la catedral. El presidente Perón acusaba a los activistas de la Acción Católica. Había rumores múltiples de inquietud militar, la Marina estaba en estado de alerta y esos aviones Gloster Meteors podían ser de la Marina.

Fabricio tenía sus convicciones y sus propias hipótesis. Las cosas parecían graves, pero no eran graves, sólo eran inconexas. Todos exhibían un horror deliberado y se esmeraban por parecer más escandalizados que los demás, como si prender fuego a un trapo celeste y blanco fuera una catástrofe de consecuencias incalculables.

Veía todo eso extrañamente ligado a su vida. La misma lógica insensata y destructiva que llenaba las calles había llevado a su mujer a abandonarlo.

Esperaba encontrarla en el bar de la Recova, en los bajos del edificio del conservatorio donde ella daba clases de violín.

Lo que más extrañaba era el sonido del violín de Elisa. Formaba parte de su vida en común. Ella se levantaba temprano y antes de ir al conservatorio practicaba sus lecciones. La música llegaba como una bendición desde el fondo de la casa. Ahora, cuando Fabricio abría el negocio de óptica que había heredado de su padre, el silencio le parecía tan desolado y vacío como su propia vida.

A medida que avanzaba por la Avenida de Mayo veía crecer la multitud. Unos hombres abrigados con bufandas pero con el pecho desnudo bajaban una lata de querosén de un camión estacionado cerca del edificio del Cabildo. Era una especie de tambor redondo y estaba vacío y un hombre alto de pelo colorado con cara de ratón se lo ató a la cintura con una correa y empezó a golpearlo y a gritar consignas contra

los curas y los vendepatrias. Usaba un guante de lana en la mano derecha y golpeaba la lata con un caño de plomo.

Fabricio cruzó entre ellos, con cara de simpatía, como si también él fuera un peronista que iba a la plaza a gritar idioteces y a golpear latas vacías.

No iban a amendrentarlo. Se sentía protegido. Desde hacía meses andaba armado. Llevaba un revólver en la cintura, calzado en el cinto. Había conseguido el permiso de un juez que era cliente de la óptica.

Muchas veces había imaginado que un hombre decidido y desesperado —un suicida, un amante abandonado— podía ser capaz de hacer lo que otros no podían hacer. Por ejemplo matar a Perón. Si alguien piensa matarse, entonces puede hacer lo que quiera. Esa idea lo tranquilizaba.

A veces, en las noches de insomnio que sucedieron a la decisión de Elisa, se veía esperando a Perón en un zaguán. Había visto el dibujo de un atentado contra el zar en una vieja revista uruguaya. Se veía un carruaje y un hombre parado en medio de la calle con el brazo izquierdo extendido y un arma gatillada en la mano. La imagen volvía, como un recuerdo personal. Perón bajaba sonriendo de un auto y Fabricio levantaba el brazo y lo mataba de un tiro. Veía el horror en los ojos de Perón, atrás de su sonrisa simpática. No podía sacarse esa idea de la cabeza. La sangre, la muchedumbre, los gritos.

Estaba ya frente a la Plaza de Mayo. Cada vez más gente se amontonaba confusamente en las calles laterales, donde los que bajaban de los camiones se habían reunido y empezaban a gritar. Era igual a todos los días pero a la vez era distinto y era extraño, como en un sueño. Los trolebuses y los autos circulaban por las avenidas, los negocios estaban abiertos, los transeúntes cruzaban indiferentes entre los manifestantes enardecidos.

Primero la queman y después le hacen desagravios, pensó Fabricio, y buscó los aviones en el aire helado.

Tenía que llegar al Bajo, a Paseo Colón. Elisa salía del conservatorio todos los días a la misma hora y se sentaba en el barcito de la Recova a tomar un café con leche. La había vigilado semanas enteras. La conocía bien.

¿La conocía bien? Lo había dejado, de un día para otro, sin explicarle la razón, sin pedirle nada. Le dijo que había decidido vivir cada día de su vida como si fuera el último. Qué quería decir eso, Fabricio no lo entendía. Sólo entendía que había chocado contra una plancha de metal desde la tarde en la que volvió a su casa y encontró a su mujer vestida para salir. Ya tenía la valija preparada.

Los celos lo estaban volviendo loco. La veía con otros hombres, oía voces, estaba alucinado. El esfuerzo de apartar a esa mujer de su mente lo había reducido a un estado mental imposible de describir.

Desagravio, le gustaba esa palabra. Pero Elisa no sabía que ése era el día elegido. No sabía que él iba a buscarla para llevarla de vuelta a casa. Había preparado todo con tanto cuidado que no podía volver atrás ni cambiar el plan y se imaginaba los

hechos con precisión, la cena con *champagne*, el dormitorio, la noche cuyo final era el perdón.

No había buscado un día especial. Sencillamente había decidido que ése era el día y se había encontrado con ese tumulto en la Plaza. Sólo temía que su mujer cambiara los hábitos ante la posibilidad de disturbios. Pero la vio salir del café de la Recova, como había imaginado que la vería, bella y elegante con el traje sastre que él le había ayudado a elegir.

Elisa estaba en la esquina. Parecía querer cruzar, alejarse de la plaza, tomar el subte. Llevaba el pelo rubio, recogido con sencillez, y se movía con elegancia y sensualidad. Fabricio se preguntó por qué se sentía tan agitado al verla, no podía respirar, le latía el corazón. Lo deprimía que la simple proximidad de Elisa destruyera de tal modo su valor. No era valor lo que precisaba, sino habilidad para convencerla.

En ese momento los aviones se acercaron otra vez a la plaza desde el fondo del río. La multitud se movió nerviosamente cuando los aviones cruzaron a media altura y giraron para acercarse desde el fondo. Hubo gritos. Corridas.

Fabricio comprendió que el azar estaba de su lado. Iba a decirle que pasaba por ahí, sólo quería llevársela con él, alejarla del peligro.

Cruzó entre la gente y caminó rápidamente hacia ella. Elisa parecía mirarlo pero no lo vio, atenta a los extraños movimientos de los aviones que sobrevolaban la plaza mientras la multitud se movía en círculos.

Fabricio ya estaba junto a ella. Era más bajo, macizo y parecía feliz. Elisa tuvo un gesto de sorpresa y de contrariedad. Se dio vuelta para escapar. Él la tomó del brazo.

—Soltame, ¿qué hacés? —dijo ella.

—Te vine a buscar.

—Pero no ves el lío que hay.

—Por eso, quiero que vengas conmigo.

—Estás loco. Yo con vos no quiero saber nada.

—No mientas —dijo Fabricio—. Todo va a ser igual que antes. Yo ya te perdoné.

Ella lo miró con una sonrisa rara.

—Pero qué decís, sonsito. Ni muerta vuelvo con vos.

La vulgaridad lo sorprendió. Le habló como si él fuera un chico.

Después ella se movió para irse. Fabricio la sostuvo fuerte del brazo, por encima del codo. Sentía la tela áspera del traje de *tweed*. Y entonces, en ese momento, los aviones empezaron a bombardear la plaza. Caían en picada y volvían a levantar y caían otra vez hacia la ciudad, rozando la Casa de Gobierno, ametrallando las calles.

Una explosión extraña, sorda, se oyó en el borde de la Recova y el trole se quebró al recibir la bomba. La gente caía una sobre otra; se los veía por la ventanilla moverse y agitarse, lejanos, como suspendidos en el aire sucio. Los asientos vacíos arrancados. Una mujer abría y cerraba los brazos, gritaba, en silencio, del otro lado del vidrio.

Todo sucedió en un instante. Elisa retrocedió, Fabricio no la soltó. La gente

corría, el ruido era intermitente. Estaban sobre Paseo Colón, a resguardo. La arrastró hacia la Recova. El humo y los escombros ensombrecían el cielo. De golpe empezaron a sonar las sirenas de alarma. Recién en ese momento Fabricio supo lo que había venido a hacer.

—Tranquila —dijo, y sacó el arma.

Ella lo miró, sorprendida.

—No —dijo. Y se santiguó.

Se oyó un ruido seco, como el de una rama que se parte. El estruendo se perdió en los sonidos de la ciudad en llamas.

Había humo en las calles, escombros, autos incendiados. Elisa estaba tirada sobre la vereda. Tenía los ojos abiertos y en los ojos persistía una expresión de asombro y de ironía. Fabricio la empujó con el pie y se guardó el revólver en la cintura.

—El subte no debe funcionar —dijo—. Voy a tener que caminar.

Era un hombre de cara angulosa y pelo encanecido que se alejaba hacia el sur de la ciudad, murmurando y haciendo gestos, entre los cadáveres y las ruinas.

En noviembre

Llego a la playa muy temprano. Busco una zona tranquila, entre los médanos, del otro lado del espigón largo, al costado del puerto. Desde aquí vigilo toda la costa y puedo ver el barco hundido en la salida de la bahía. Está a unos tres kilómetros mar adentro, cerca de las últimas rompientes, escorado sobre un banco de arena. Cuando el viento viene del sur uno cree oír el leve crujido de las jarcias, el sonido oxidado de los hierros sacudidos por las mareas. No hay nada más misterioso que los restos de un barco hundido que se recorta en el horizonte, como una aparición.

Dicen que hay un sortilegio en el barco y quien llega hasta él descubre algo que no puede olvidar. Parece imposible pensar en eso bajo el sol y la claridad de esta mañana de primavera en la que todo es transparente y tranquilo.

A veces pienso que el barco está ahí desde tiempos remotos, que se ha hundido hace trescientos años y entonces me imagino a los antiguos pobladores que lo vieron luchar contra las olas y naufragar. Veo la soledad de la llanura que termina en el mar y alguien que se acerca a caballo hasta la orilla y mira impasible la inmensidad del mar. Un indio pampa quizás, esmirriado, cetrino, que respira, como yo, el viento salado del océano.

A lo lejos hay gaviotas que giran leves en el aire; hay un abismo abajo, que persiste desde antes de que la tierra existiera. Tenemos el recuerdo de esa inmensidad y por eso somos felices en el mar y desdichados en la tierra. Al entrar en el océano perdemos el lenguaje. Sólo el cuerpo existe, el ritmo de las brazadas y el resplandor del día. Al nadar no pensamos en nada, salvo en la luminosidad del sol contra la transparencia del agua.

Todo está en suspenso y estoy a la espera, confiado en llegar hasta el barco antes de que empiece el verano. Primero vinieron los buzos, después van a venir los turistas y no va a quedar nada. Si alcanzo a llegar, quizá todavía encuentre algo.

El mar es peligroso y profundo aquí, pero no es traicionero. Hay que conocer el movimiento subterráneo de las mareas y evitar las corrientes heladas que arrastran mar adentro. Hoy parece tranquilo pero la corriente, oscura y pesada, se distingue en la claridad del agua, como si fuera un animal sumergido. Eso quiere decir que las mareas están bajas y que podré nadar esquivando los bordes fríos de la correntada y cruzar la última rompiente hasta llegar al mar calmo.

Me detengo al borde del agua; el sol está en lo alto y no hay sombras sobre la arena. Sin embargo, en el horizonte, lejos, se ve que está lloviendo sobre los restos del barco hundido. Parece que una niebla húmeda cubriera los bordes desolados de la cubierta. El barco bajo la lluvia parece un barco fantasma y yo entro en el mar y empiezo a nadar, decidido, hacia el centro de la tormenta. Las olas son lentas y se forman a lo lejos subiendo y subiendo hasta que rompen con violencia. Enfrento la primera rompiente, a unos cincuenta metros de la costa. Me hundo unos metros y nado bajo el agua, tranquilo en la quietud transparente, y siento las olas arriba que

rompen con fuerza y me sacuden como si alguien me empujara en la espalda.

Salgo al mar abierto en cuanto dejo la protección de la escollera. La canaleta está a mi izquierda y voy bordeando su sombra y, por momentos, cuando me acerco demasiado, siento la profundidad helada del agua. Me alejo hacia la izquierda, nadando casi en diagonal. Avanzo tranquilo, con ritmo, la cabeza en blanco.

Enfrento la segunda rompiente y las olas me empujan hacia la canaleta sombría que reaparece al final de la línea de espuma. La corriente me arrastra mar adentro pero logro flotar sin hacer esfuerzos y sin tratar de oponerme a la marea que me arrastra con suavidad. El mar ha cambiado de color y está oscuro y templado y tira hacia el horizonte en una línea paralela a la costa. De a poco logro alejarme de la correntada, nadando de a ratos, bordeándola, hasta que vuelvo a sentir el agua cada vez más transparente y tranquila.

Estoy lejos de todo, a unos dos kilómetros mar adentro. Ya no se ve la ciudad, el brillo de los edificios altos se confunde con el resplandor del sol en la superficie del agua. Hay una luz limpia y clara, pero más lejos, frente a mí, el mar cambia de color, el cielo está oscuro y cae la lluvia, como una tela gris. Allí en medio de la tormenta, hundido en la niebla, se ve el barco que se agita y cruje movido por la marea.

Toda la popa está bajo el agua, pero la mitad de la cubierta sobresale de la superficie. Desde abajo se lo ve imponente y quieto, como un edificio encallado. Las gaviotas chillan y revolotean sobre las chimeneas pintadas de rojo.

Nado hacia la parte de atrás y subo por la cadena del ancla hasta trepar a la quilla y logro hacer pie en la cubierta. El barco está levemente empinado pero puedo andar hacia la proa. Primero el agua me tapa los pies, pero al final la cubierta está seca, con los excrementos blancos de las gaviotas diseminados sobre las chapas.

Estoy solo en esta inmensidad callada, de pie frente al horizonte, el agua hace un ruido mínimo al sacudirse contra la obra muerta. Me siento un náufrago en una isla en medio del océano. Agito la mano pero, desde luego, nadie me ve. La tormenta está ahora sobre la ciudad y sólo se ve una masa oscura, con la lluvia que cae como una luz líquida. Aquí en cambio hay pleno sol y el cielo está limpio. La quietud es total. Tardo en darme cuenta de que el barco se mueve apenas.

En un costado hay una escotilla abierta, con una escalera de fierro que baja hacia la sala de máquinas y la bodega. El agua llega hasta el segundo escalón. Empiezo a bajar y me hundo, al principio mantengo la cabeza fuera del agua pero al fin me zambullo y me sumerjo en la profundidad del barco.

Buceo por un pasillo estrecho. A los costados se abren puertas que dan a los camarotes. Todo está arrasado y el agua vuelve los objetos y los muebles distantes e irreales. Una mesa flota cerca de la ventana. Hay ruidos extraños, como voces o murmullos perdidos.

Me falta el aire y voy hacia la escalera y trato de recuperar la respiración. Después vuelvo a zambullirme y cruzo otra vez el pasillo para entrar en el camarote central. En el piso hay objetos de metal, son tuercas y hebillas y restos de botellas

rotas. Trato de abrir cajones y armarios pero es imposible porque la presión me impide moverlos. Cuando vuelvo a salir a la superficie veo que estoy sangrando por la nariz. Puedo respirar porque el agua no alcanza a cubrir todo el cuarto y hay como una carpa de aire. Me mantengo de espaldas, con el techo cerca, y respiro tranquilo. Hay una luz en la esquina, al costado, una bombita encendida. Tengo miedo de que haya algún cable en cortocircuito y que el agua esté electrizada. Pero me calmo enseguida y vuelvo a sumergirme en el camarote inundado.

Atrás de una puerta abierta, en un costado, cerca del pasillo que da a la bodega, veo una sombra y me acerco nadando despacio. Toco y no entiendo, parece un cuerpo muerto. Después veo que es una tela, parece una bolsa o quizás una bandera. Me falta el aire y vuelvo arriba pero tardo en encontrar la claridad que me guíe y durante un momento me asalta el pánico de quedar encerrado. Por fin logro subir y cuando me paro en la escalera veo que otra vez me sangra la nariz. Me lavo y vuelvo a respirar tranquilo. Me zambullo y nado directo hacia la puerta y luego de luchar un rato consigo que la tela se suelte.

Arriba me doy cuenta de que se trata de una campera de tela encerada. El sol está a mi derecha, de modo que deben ser cerca de las cuatro. Me tiro a descansar en un costado de la cubierta y creo que me adormezco un rato. Después reviso la campera que está mojada y grasienta. Le falta una manga pero igual logro ponérmela. Se me pega al cuerpo, parece una piel de víbora. Tiene un bolsillo con un cierre relámpago. Encuentro un pañuelo y un mapa de Bahía Blanca que se rompe no bien lo abro. Al principio creo que no hay nada más, pero en el forro, abajo, descubro un objeto, chato, metálico, tal vez una llave rota, una piedra. Cuando al final logro sacarlo, veo que es una moneda. La tengo en la palma de la mano. Parece de plata, es griega. No sé cuánto vale, tiene una fecha que no puedo descifrar. La miro brillar al sol. Por cuántas manos habrá pasado antes de que el marinero se la guardara en el bolsillo, en Atenas o en Tebas, y luego se hundiera con ella. Una moneda griega. Puede ser que me traiga suerte. No me vendría mal.

El pianista

Hay distintas maneras de contar esta historia —dijo el pianista— porque no es cierto que una imagen valga más que mil palabras. Si el juez hubiera escuchado a la chica en vez de verla, todo se habría aclarado. No el crimen, si es que hubo un crimen, pero al menos la verdad.

Se tiró un poco atrás en el banquito en el que se sentaba frente al piano y empezó a tocar desde abajo, lejos del teclado, como si los brazos no estuvieran en su cuerpo y tocara ladeado, agitándose, mientras se largaba a improvisar, a la manera de Erroll Garner, sobre el standard de *I Found a Million Dollar Baby (in a Five and Ten Cent Store)*.

—Al menos la verdad... —repitió, y se inclinó a buscar al mono que se movía, nervioso, de costado, en el piso, agitando la cola, pero no alcanzó a agarrarlo porque el mono se escapó hacia un rincón y se escondió bajo las patas de una mesa en el fondo del salón vacío.

Porque tenía un mono, el pianista, un monito de cara blanca, despierto, rápido y lo llamaba Thelonius, aunque el mono, para decir las cosas como son, jamás le hacía caso y sólo lo miraba, a veces, cuando el pianista le decía, al mono, Villegas.

El pianista tocaba todas las noches para tres o cuatro contrabandistas y dos o tres dealers de droga y algunas chicas de vida fácil y varios viajantes de comercio, en el *cabaret* Mogambo, ahí, en ese pueblito perdido de la frontera con Brasil, en la provincia de Misiones, en medio de la selva, al final de un camino de asfalto que todos, en el lugar, decían que era la ruta Panamericana y que si uno la seguía hacia el norte, subiendo y subiendo sin perder la línea blanca del macadam, al final llegaba a Alaska.

—Y dicen Alaska —dijo el pianista— porque Alaska es el paraíso para un pueblo como éste donde siempre hace más de cuarenta grados a la sombra. Oh, la blancura de Alaska —recitó, irónico—, pienso en los grandes icebergs que flotan en el mar helado cada vez que alguien hace tintinear el hielo en un vaso de *whisky*.

Después repitió que él conocía la historia de la chica y el juez mejor que nadie porque se pasaba las noches escuchando aventuras y delirios y sueños de todos los desesperados que venían a morir a la frontera. Tocaba a partir de las ocho y hacía varias entradas hasta que empezaba a clarear y siempre alguno le contaba algún cuento extraordinario. El pianista pensaba que las piezas que tocaba en el piano y las historias que escuchaba en el *cabaret* formaban una sola melodía. Como si él las acompañara en el piano, como si la vida no pudiera ser contada sin música de fondo.

—Para empezar, la chica estuvo varios días en el pueblo (y vino a verme) antes del accidente. Si después quiso escapar ella sabrá por qué. La selva transforma a la gente y la enloquece, pero ella era más loca antes de llegar que después de haberse ido. Loca es un decir. Nunca se vio una mujer así por estos territorios. Bella como un ángel y distinguida como una princesa polaca. Clide Calveyra. Se sentaba ahí donde

está usted a escucharme tocar y siempre me pedía *The Lady Is a Tramp* y yo se lo tocaba como si fuera Bill Evans y ella, si había bebido suficiente ginebra, cantaba en voz baja algunas estrofas, sólo para mí, imitando el estilo sosegado de Maria Bethania.

Algunos dicen que la chica usó a Toninho como anzuelo para pescar a Mister Morrison pero si uno ha visto, una vez, los ojitos de gato de Morrison se dará cuenta de que eso es imposible. Un seductor, una especie de bebé gordo y malvado. Dicen que ella lo mató por la plata, que fingió un accidente para sacarse de encima a Toninho, que ahora sus abogados litigan con la familia Morrison mientras Clide está descansando en un convento de monjas en Paraguay. Falso, si le alcanza con cruzar las piernas para conseguir lo que quiere. Y además falso porque ella nunca tuvo familia y por lo que se sabe terminó apelando, para protegerse, a un abogado muerto de hambre, un defensor de pobres y ausentes, un borracho desahuciado que tiene su estudio en el fondo del mundo, en un pueblo que se llama San Bartolomé.

A Charlie «Toninho» Samoná lo habíamos visto antes aquí, en la frontera, porque vive de la selva. Fue el único sobreviviente en un accidente de aviación hace un par de años y pasó un mes perdido en el monte y caminó más de una semana antes de llegar a Manaos. Se gana la vida contándole esa historia a las viudas ricas y haciendo excursiones por el río hasta el fin del Amazonas.

Parece que Toninho conoció a Mister Morrison y a la muchacha en un hotel de Buenos Aires y los entusiasmó para subir al monte. Thomas Morrison III es heredero de herederos y la fortuna de su familia cotiza en la bolsa de Tokio.

Encontraron el Land Rover de Toninho en un barranco, cincuenta kilómetros al norte de aquí, con el cadáver de los dos hombres y ningún rastro de la mujer. En el baúl había dos cintas de Super-8. Morrison los había filmado continuamente, a Clide y a Toninho, sobre todo a Clide, como si para eso hubiera hecho el viaje.

Para eso y para morir en un descampado. En la última imagen se lo ve sentado en un tronco, en el claro del bosque, con anteojos negros y desnudo, una pistola 7,65 en la mano mientras que al fondo se adivina la silueta huidiza de Toninho que extiende la mano hacia la chica que escapa. Seguro Morrison apuntaló la cámara en un árbol y se filmó a sí mismo y la imagen captó el momento en que Toninho le dice a la chica que huya o quiere retenerla pero todo es confuso porque los dos están ya fuera de foco.

Esa imagen final y las imágenes de la última semana casi se pierden porque un campesino se robó la cámara la tarde del accidente; encontró la camioneta con los muertos y la cámara tirada en un costado y se la llevó para venderla. Lo descubrieron varias semanas después y el hombre estaba despavorido porque temía que lo acusaran del crimen.

Era un mestizo japonés, que tenía un cultivo de yuca en las afueras del San Cristóbal. No había visto nada, no sabía nada, sólo dijo que los monos y los loros esa noche habían chillado hasta el alba y que él salió a ver qué pasaba y encontró el Land

Rover volcado y restos de un campamento en el claro del bosque.

La cámara estaba intacta, cargada con los últimos metros de película. Claro que cuando se pudo ver lo que Morrison había filmado antes de morir ya todos en el pueblo teníamos una versión y nadie necesitaba otras pruebas ni creía en las imágenes.

Nadie, claro, salvo el juez. Pero el juez era un empecinado, un hombre abstracto, lo que yo llamo un hombre abstracto, que vive de acuerdo con sus principios y sólo hace juicios críticos *a priori*, un kantiano, un discípulo de Kelsen, cuya concepción básica, su razón suficiente, diría, era que sólo hay que creer en lo que se ve y sólo en eso. Tenía ojos claros, de ese celeste desgano que los ingleses llaman gris, y porque era hijo de ingleses se sentía obligado a ser irónico, distante, indirecto, con un humor tan fino que uno tardaba una semana en darse cuenta de dónde estaba la gracia del asunto cada vez que el juez decía algo divertido.

Era un hombre detallista, muy cuidadoso, me acuerdo que llevaba una petaca de *brandy*, una de esas petaquitas de metal, forradas de cuero fino, que se guardan en un bolsillo secreto del chaleco, y eso lo sé porque una vez lo vi meter los dedos finos en la sisa, como si fuera un carterista de sí mismo, el juez, y sacar la petaca limpiamente y beber un trago, en medio de la calle. La levantó apoyada contra la palma de la mano izquierda, porque era zurdo, entre el pulgar y el dedo chico, mientras con la derecha abría la tapita niquelada y le dio un golpe seco, quebrando la muñeca, y después de beber le limpió el borde con un pañuelo blanco y me convidó pero yo le dije que no tomaba en la calle y él sonrió resignado y me empezó a contar que se había hecho hacer varios chalecos con un sastre de Olivos que era el único, según el juez, que todavía recordaba la costumbre de los caballeros ingleses de llevar su petaca de *brandy* en el bolsillo del chaleco y seguía cortando esos chalecos con bolsillo secreto aunque el juez y el dueño de una cadena de cines de Adrogué y el embajador de la India en Buenos Aires eran los últimos clientes que le quedaban al sastre, claro que, por supuesto, agregó el juez, hacerse el chaleco quería decir también hacerse el traje, así que el sastre podía sobrevivir, en su casa de Olivos, donde tenía el taller y vivía solo, entre casimires y centímetros de hule amarillo y sacos con las entretelas dibujadas con grandes tizas triangulares exhibidos sobre blancos maniqués de madera sin cabeza.

Me dio toda esa explicación porque pensó que yo me había sorprendido, no por verlo tomar un trago en la calle y en esas circunstancias, sino por la costumbre insólita de usar chaleco en verano, en el norte de Misiones, como si me dijera que usaba el chaleco y las camisas blancas y el traje oscuro sólo para llevar la petaca de *brandy* con él donde fuera que iba. No era un alcohólico ni nada parecido, sobre todo comparado con la gente de por aquí, que toma alcohol marca Acevedo que compra en la farmacia y lo mezcla con cáscaras de naranja para perder la cabeza al primer sorbo, nada de eso, el juez usaba la petaquita cuando estaba desesperado o muy nervioso porque en realidad su costumbre, enseguida, fue venir aquí a tomarse su vaso de

whisky al caer la tarde, a la vista de todos, cuando había terminado el trabajo del día, en el juzgado que había improvisado en el hotel.

Era un hombre decente que llegó a este lugar, en el fin del mundo, y se largó a buscar la verdad como quien rastrea, en la selva, un caballo perdido.

Trabajaba en Posadas pero era de Rosario y había vivido en Londres y le asignaron este caso porque sabía hablar inglés. Lo vimos llegar una noche a la estación y bajar del tren con una valija y un perramus y mirar el pueblo como quien acaba de desembarcar en el infierno. Y era ahí donde había desembarcado, claro; pero él lo confirmó sólo al final.

Tenía una pieza reservada en el hotel de la plaza y enseguida quiso ver las filmaciones. Pasó tres días encerrado en el cuarto del hotel con las imágenes titilando contra un lienzo colgado en la pared, sentado en la penumbra bajo el ventilador de paleta, atrás del proyector, fumando y tomando notas, haciendo planos, mapas, certificando datos, rostros, recuerdos. Después instaló la oficina del juzgado y abrió el sumario y empezó a llamar a los testigos. Gente de la zona, campesinos, pescadores, que habían visto pasar a Morrison, a Clide y a Toninho, acampar, seguir, meterse cada vez más adentro en la selva. Los relatos confirmaban, desmentían, completaban lo que se veía en las imágenes filmadas.

La historia se iba construyendo en fragmentos, una historia densa, cada vez más perversa. Habían viajado hacia el norte, paralelos al curso del río, pescando y cazando y fotografiando a los pájaros o grabando el chillido de los monos como si ése hubiera sido el sentido de la aventura. A partir de ese itinerario podían tejerse varias tramas igualmente verdaderas e igualmente siniestras.

En una, por ejemplo, Morrison usaba a Clide y a Toninho para su placer personal; en otra Toninho engañaba a Morrison; en otra se enfrentaban los dos aplastados por el tedio y el horror de estar lejos de todo, perdidos en el monte. Lo cierto es que de pronto habían tomado la decisión inesperada de regresar y se volvían y tenían el accidente en el barranco del norte. En esa trama contradictoria sólo la figura de la muchacha se destacaba, nítida, siempre igual a sí misma. Como si sólo la mujer hubiera existido realmente, y todo el resto, incluso los muertos, fueran ficciones, conjeturas. En ese juego de imágenes y de falsas realidades quedó capturado el juez.

Todas sus convicciones se derrumbaron cuando el campesino entregó la cámara y pudo ver la cinta que faltaba. Esas imágenes lo alucinaron, se quedó fijo ahí, fascinado por la chica y por su historia. Primero buscaba pruebas, pero después sólo buscaba a la muchacha. Detenía la imagen sobre la imagen desnuda de Clide, sobre la cama donde Toninho y ella se deleitaban en la depravación, sobre la chica besando a Morrison, sobre la chica caminando sola por un claro del bosque o durmiendo en el catre, bajo el mosquitero, junto al fuego, en medio de la noche.

Pasaba cada vez más tiempo en su cuarto, detenido en el cuerpo bellísimo de Clide reproducido en la pantalla, y tomaba cerveza, porque empezó a pedir cerveza y ésa fue la primera señal de que ya se había hundido. Se sentaba en el sillón de caña en

medio del cuarto, a mirar las imágenes. A veces salía al balcón, enfrente estaba el monte, atrás la luz celeste del proyector con la figura inolvidable de la muchacha.

La gente es rara, cambia de golpe, basta una ilusión y la vida se da vuelta. Empezó a tomar cerveza brasileña y a quedarse horas quieto frente a la imagen de la chica, buscando algo que se le había perdido. Y éstos fueron los primeros signos de que el juez había cambiado. Tomaba cerveza en su cuarto, *whisky* en el *cabaret* y *brandy* en la calle. Ésa sería para mí, dijo el pianista, la forma más rápida de describir su evolución.

Me acuerdo la primera vez que entró aquí. El local estaba vacío, yo tocaba *How Deep Is the Ocean* de Irving Berlin según la versión de Oscar Peterson y el juez se paró frente a la barra y pidió un *whisky*. La luz entraba por la claraboya y todo estaba quieto y tranquilo. De pronto Thelonus se trepó a la barra, corrió por el estaño, se detuvo frente al juez y metió los deditos en su vaso de *whisky*, eso duró un instante que pareció eterno, porque enseguida el mono se escapó hacia el costado y se empezó a chupar los dedos, sentado sobre el mostrador, levantando y bajando la carita, con una expresión de asombro y de tristeza en sus ojos enormes.

—Oiga —dijo el juez, y me miró, ahora con el vaso en la mano—, el mono se lavó los dedos en mi vaso de *whisky*.

—*The monkey washed his fingers in my glass of whiskey* —dije yo—. Por el título no lo conozco, pero si me lo tararea seguro lo saco.

Entonces, luego de un segundo de vacilación, el juez se largó a reír; fue una risa rara, lejana, como si se hubiera reído en inglés. Después se bajó del taburete y vino hasta aquí y se sentó a la misma mesa donde se sentaba Clide para cantar *The Lady Is a Tramp*.

Estaba en otro planeta, eso supo, ese día, el juez, cuando Thelonus hizo su numerito de meter sus dedos en el vaso de *whisky* y chupárselos, porque también el mono (como todos nosotros) necesitaba emborracharse para soportar la vida. Estaba en otro mundo, estaba en la frontera, en el borde de la nada.

Nos entendimos enseguida, el juez y yo, por el chiste del mono, porque ninguno de los dos era de aquí, porque los dos habíamos perdido todo salvo el prestigio incierto de lo que parecíamos ser (un juez, un pianista) y porque ninguno de los dos hubiera hecho lo que el otro hacía.

Él empezó a venir para escucharme hablar de Clide, porque yo había visto de cerca a la muchacha y se me acercó para tener una visión un poco más directa de las cosas. Era obvio que estaba obsesionado con ella, no ya con lo que podía complicarla en el crimen (si es que hubo un crimen) sino con el misterio de la chica.

Nunca antes había visto de cerca a un juez —dijo el pianista—, pero entiendo que es una profesión solitaria. Difícil ser juez, pero éste además de ser juez era un alucinado, un poseído. A la madrugada, si alguno de nosotros salía a caminar por las calles vacías, veía siempre, en el piso alto del hotel, al juez, fumando, en el balcón, buscando el fresco de la madrugada con la luz mortecina del proyector iluminando

apenas la ventana del cuarto.

Hablaba de Clide como si fuera un recuerdo personal, como si ella lo hubiera abandonado por otro o se hubiera marchado sin darle explicaciones. Buscaba detalles, rasgos que confirmaran lo que ya sabía. Parecía enfermo, enfurecido.

No tenía otra cosa que imágenes en un lienzo blanco, pero las convirtió en lo único que había de verdaderamente real en su vida.

Lo supe claramente una noche en la que esperó hasta que cerrara el *cabaret* y se vino conmigo. Salimos juntos al calor húmedo que subía del monte y caminamos hasta su hotel. Ésa fue la vez que lo vi tomar de la petaca en la calle y ésa fue la vez que me contó la historia del sastre de Olivos que fabricaba los chalecos con bolsillo secreto para él, para el dueño de los cines de Adrogué y para el embajador de la India en Buenos Aires.

Esa madrugada vino como a despedirse, porque había decidido, me dijo, subir a buscarla. Dijo subir y ésa fue otra prueba de que había cambiado y de que ya hablaba como nosotros, como los forasteros que terminamos hundidos en la selva.

¿Sabía yo de la hacienda «Las lobas» en la frontera sur? Tenía datos, ella estaba ahí, se lo había dicho el capanga de esa plantación de café del lado del Brasil. No tenía jurisdicción pero eso no lo detuvo. Contrató un chofer y se fue esa misma mañana. Salió a buscarla, se metió en la selva, solo con la imagen de la chica y la seguridad de que si alguien la había visto alguna vez no podría olvidarla.

Llegó a la hacienda dos días después. Se entrevistó con el patrón, don Cayetano Souza, que lo recibió como a un dignatario del gobierno. La muchacha había estado ahí, se sentía perseguida, decía que era víctima de una conjura, que querían culparla de un crimen. Se había quedado dos semanas y después había seguido viaje, estaba asustada, necesitaba que la defendieran. No se fue muy lejos, le dijo Souza, se fue a San Bartolomé a buscar un abogado, un tal Quiroga.

Entonces el juez siguió esa pista, anotó los datos, cruzó el río y llegó a San Bartolomé en una lancha al anochecer y se metió en los barrios altos del poblado. La casa del abogado tenía dos pisos y tardaron en abrirle. Conducido por una mucama que parecía muda cruzó varias escaleras y pasillos hasta una pieza donde un hombre deliraba de fiebre tendido en una cama cubierta con un mosquitero. Era Quiroga. Cada tanto el hombre sacaba un brazo fuera del tul y levantaba una botella de ginebra para tomar del pico.

A las dos horas el juez pudo entender que la muchacha le había pedido protección legal, que era inocente y que él le había aconsejado que se presentara ante el juez pero ella se había ido y había cruzado otra vez la frontera y que andaba por ahí, escondida, entre Misiones y Formosa.

Eso fue todo lo que trajo del viaje. La conversación con Souza y los papeles indecisos del descargo que le había escrito ese defensor de pobres y ausentes, el Tordo Quiroga, como lo llamaban todos en San Bartolomé, un borracho perdido, enfermo de malaria, que se ganaba la vida firmando sin leer pedidos de *habeas*

corpus para los traficantes paraguayos que se defendían de la extradición en la zona de la triple frontera.

Eso era todo, es decir no era nada, pero le alcanzó. Con esos testimonios y esos datos que cualquiera hubiera descartado, dictó sentencia. Dijo que había sido un accidente, que la chica estaba libre de culpa y cargo y mandó el escrito a Posadas y, antes de que la justicia se hubiera enterado de su dictamen, hizo sacar en los diarios de la provincia el fallo con el nombre y la foto de Clide y la declaración donde se aseguraba, una y otra vez, que la muchacha era inocente.

Después de eso se sentó a esperar. Estaba convencido de que ella iba a venir. Pero lo que llegó no fue la chica, sino una orden del tribunal federal de Santa Fe que le exigía volver de inmediato y llevar las pruebas, las cintas, los documentos, porque su fallo había sido apelado y su conducta jurídica y su ética profesional puestas en cuestión.

El juez iba a ser juzgado.

Pagó todas sus cuentas, preparó la valija, y se fue, con el perramus que nunca había usado en el brazo derecho, la petaca de *brandy* en el bolsillito del chaleco y su mirada siempre clara, siempre imperturbable.

Pidió un taxi y se hizo llevar al aeropuerto de Posadas. Cuando terminó de hacer los trámites y despachó la valija, entró en el bar y pidió una cerveza.

Y entonces sucedió algo extraordinario.

Sentada a una mesa, contra la ventana, tomando un cóctel, estaba Clide. Él estaba parado en la barra, muy cerca de ella, y la miró contra el aire limpio de la tarde y no la reconoció.

La chica estaba ahí, tranquila, con su bello rostro iluminado por la luz que entraba por el ventanal, pero fue como si él nunca la hubiera visto.

—¿No es maravilloso? —dijo el pianista—. Un momento perfecto, inolvidable. Estuvieron juntos, en ese bar casi vacío, igual que en un sueño.

Se miraban tranquilos, indiferentes, nítidos en la claridad de ese lugar limpio y bien iluminado.

Hasta que por fin el juez terminó la cerveza, salió, cruzó el *hall* y pasó a la zona de embarque.

Clide siguió en el bar, esperando su vuelo a Buenos Aires, y sin duda lo vio por la ventana caminar por la pista, con el perramus en el brazo, y subir al avión que lo llevaba de vuelta a la realidad.

Siempre lamenté no haber estado ahí para poder acompañar la escena con el piano.

Todo podía haber cambiado en un instante y todo siguió igual. La vida es rara, dijo el pianista, sonriendo apenas.

Entonces se inclinó sobre el teclado y empezó a tocar *The Lady Is a Tramp*.

El mono, desde un rincón, se agitó cuando escuchó la melodía, y miró hacia la puerta de entrada con sus grandes ojos inquietos.

III

Un pez en el hielo

1

Emilio Renzi estaba en la terraza de un bar en la plaza Carlo Felice, frente a la estación de Turín, a la mañana temprano, cuando la vio. No podía ser. Inés estaba ahí, en una mesa cercana, con el tipo de pelo blanco. Con el canalla de pelo blanco que la había traído a Europa. Llevaba el vestido azul que Emilio le había regalado y sonreía, hermosísima, en la claridad del verano.

Ella lo descubrió a su vez, incrédula y un poco irritada, como si pensara que Emilio la estaba siguiendo. Y la estaba siguiendo, claro, con la imaginación, desde la tarde en que Inés lo dejó y se fue para siempre aunque él le había dicho quedate, casémonos.

Habían pasado varios meses y ahora Emilio estaba en Italia con una beca para estudiar la obra de Pavese. Había buscado un pretexto para escapar de Buenos Aires, para dejar de pensar en ella y poder olvidarla, y sin embargo ahora la tenía enfrente, sentada bajo la sombra de las sombrillas de colores. «Lo que tememos más secretamente siempre ocurre». ¿Qué hacía ella en Turín?

Como si le leyera el pensamiento, la muchacha le hizo un gesto de pregunta y después se levantó y fue para el bar, y antes de entrar en el salón se dio vuelta para mirarlo y movió la cara con una expresión de fastidio que le conocía bien.

Emilio la siguió y entró en el local. No la vio. Los baños estaban abajo, junto a los teléfonos. Había una escalera y después un pasillo que se perdía en la oscuridad. Tampoco estaba ahí. Salió del salón y volvió al calor sofocante de la calle. Todo parecía un sueño. Ni ella ni el hombre de pelo blanco estaban en el bar. Se habían ido precipitadamente, tal vez pensaron que él podía crearles problemas. ¿Le habría dicho ella la verdad al hombre de pelo blanco? Ese que está en el costado es Emilio y me viene siguiendo desde Buenos Aires...

La mesa vacía, el dinero apoyado en un platito de metal. Dos cervezas. Ella no tomaba cerveza cuando vivía con él. Y menos a la mañana. En el piso había un boleto de tren. Ferrovía Nazionale. Roma-Torino. ¿Habían venido en tren? ¿Por qué entonces había un solo pasaje?

Sabía lo que estaba pasando pero no lograba calmarse. Creía ver conocidos por todos lados. Al llegar a Italia había visto de pronto a Roberto Rossi, un amigo de La

Plata, en una calle de Roma. Era increíble que estuviera en Italia y lo fue a saludar, feliz de verlo. Rossi iba conversando animadamente con un señor mayor. Emilio se adelantó, pero no era él. Gran confusión, explicaciones, rápidas disculpas.

Dos días después, en el tren que lo trajo a Turín, vio a otro amigo que salía del vagón comedor, era Mario. Emilio se levantó sonriendo y Mario pasó por el pasillo como si él fuera invisible. Empezó a creer que teníamos un doble en el otro continente, el mundo era un espejo, y todo estaba duplicado pero fuera de lugar.

Una mujer igual a Inés con el hombre de pelo blanco era demasiada coincidencia. Los dos dobles iguales en el otro lado del mundo. No podía ser, desvariaba. Atacado por un impulso mimético, veía todo repetido, construía réplicas. Hacía días que no hablaba con nadie. Quizás era eso. O quizás tenía razón y pronto iba a encontrar a alguien que era él mismo (pelo crespo, anteojos, cara de sonámbulo) y entonces... ya sabía lo que le pasaba a los que encontraban a su *doppelgaenger*.

Volvió a sentarse a la mesa. Buscó su cuaderno de tapas negras. Tenía que olvidar y concentrarse en su trabajo.

Enfrente estaba el hotel Roma, en ese lugar hacía justo veinte años se había matado Cesare Pavese. Abrió el mapa del Piamonte y volvió a ubicar Santo Stefano Belbo, el pueblo estaba a unos noventa kilómetros, en la región de las Langhe. Belbo era el nombre del río que atravesaba el pueblo. Pavese había nacido ahí en 1908, se mató a los cuarenta y dos años. Emilio hizo cuentas. «Me quedan quince años..., no, quince no, dieciséis», calculó. «Muchísimo tiempo». Empezó a tomar notas. Estaba trabajando sobre el *Diario de Pavese*.

«Sólo quien lleva un diario puede leer el diario que escriben otros». Tachó la última frase y escribió: «Sólo quien lleva un diario puede entender el diario que llevan otros». Leyó la frase y la tachó otra vez y al lado escribió: «Sólo quien escribe un diario puede entender el diario que escriben otros». Pavese había escrito uno de los mejores diarios que se había escrito nunca... porque se había matado.

No conocía ningún novelista que hubiera matado a nadie. Era raro. Un escritor de novelas que se hubiera convertido en un criminal. No había ninguno. ¿No había ninguno? El novelista como asesino. «Los suicidas son asesinos tímidos».

Pensaba en el suicidio de Pavese como en un crimen que era preciso descifrar. Había pistas, indicios, testimonios múltiples. No había un criminal, sólo había extraños acontecimientos que esperaban una explicación. «Pagaría a un asesino mi peso en oro para que me matara en la noche», había escrito Pavese.

Miró el hotel, enfrente. Una muchacha se asomó por la ventana del tercer piso y miró indiferente hacia abajo. Era igual a Inés. ¿Era igual a Inés? Todas las mujeres eran iguales entre sí. «Las mujeres son el pueblo enemigo, como el pueblo alemán». (Eso era de Pavese). Estaba desesperado. No era la repetición sino la réplica lo que dominaba la vida. El predestinado, el que repite. La condena a lo idéntico. «Cuando

vemos que hacemos siempre lo mismo desde siempre no podemos ya pensar en el pasado sin rencor».

La pérdida era lo más atroz que le podía pasar a alguien. Ser abandonado, saber que la persona que uno ama está con otro. «Oh, tú, ten piedad». Verla con otro. «Ése es el estado de ánimo en el que se cometen los delitos».

Había reconstruido el itinerario final de Pavese. Preparó la valija que usaba para sus viajes breves y sólo se llevó con él el manuscrito del *Diario* y los *Diálogos con Leucó*, su libro preferido. Abandonó para siempre la casa de la via Lamarmora donde vivía con su hermana, se despidió con un simple saludo de Ernestina que lo había criado, bajó la escalera y se fue para tomar el tren en la Porta Nuova, pero en lugar de ir a la estación se dirigió al Albergo Roma.

Pidió una pieza con teléfono, le dieron la 23 en el segundo piso. Una habitación sencilla, con una cama y una mesa y un sillón rojo. Desde la ventana veía el bar donde ahora estaba sentado Renzi y más atrás la recova y la estación.

En el hotel, hacia las seis de la tarde, Pavese le escribió la última carta a su hermana que estaba de vacaciones en la playa de Serralunga. Era una carta triste y era un adiós.

Me he acomodado en un hotel que me cuesta muy poco y duermo perfectamente. Las camisas y los trajes me los limpian en el hotel. No es necesario que regreses el lunes 21. Yo estoy bien, como un pez en el hielo.

Dentro del sobre puso cinco mil liras.

Esa misma tarde una amiga de Pavese, Bona, lo encontró por casualidad en la via Po. Estaban en plena feria de agosto, la ciudad vacía, como ahora. Con la mirada ardiente, Pavese caminaba a grandes pasos y parecía afiebrado. Bona tuvo que seguirlo hasta el cercano café Florio. Estaba enamorado de una actriz norteamericana y ella lo había abandonado. No podía dejar de pensar en esa mujer. La veía en todos lados. Pavese le dijo que estaba en Turín de incógnito, que quería descansar, nadie tenía que saber que lo había visto. Estuvo firme y sosegado, implacable y exacto. Fueron luego a cenar a una cervecería a la orilla del Po. Charlaron con serenidad, de cosas sin importancia. De pronto, mirando el agua oscura del río, observó que no le habría gustado ahogarse. «Mejor el veneno», dijo. Se separaron hacia medianoche.

Luego, presumiblemente, Pavese había estado rondando la ciudad vacía hasta que al fin había vuelto a subir al hotel tarde en la noche. El recepcionista lo había visto entrar y Pavese le había pedido que no lo molestaran. La luz estuvo encendida toda la noche. A la madrugada del 18 de agosto, escribió la última página de su *Diario*.

Lo que tememos más secretamente siempre ocurre. Escribo: oh, tú, ten piedad. ¿Y luego? Basta un poco de coraje. Cuanto más determinado y preciso el dolor, más se debate el instinto de vida, y cae la idea del suicidio. Al pensar

en ello, parecía fácil. Sin embargo mujeres frágiles lo han hecho. Se requiere humildad, no orgullo. Todo esto da asco.

Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más.

El *Diario* terminaba ahí. Todo estaba decidido.

Y sin embargo Pavese pasó una semana antes de matarse. Se suicidó recién el sábado 26 de agosto. Renzi estaba conmovido con esos días finales. Pavese solo en la ciudad vacía. Busca la fuerza para matarse. Qué hizo. Vivió todavía ocho días más, aunque para sí mismo ya era un muerto. El condenado. El muerto vivo.

Cuánto tiempo puede sobrevivir el pez en el hielo. Los ojos atentos a la blancura transparente; la inmovilidad total.

2

El tren estaba casi vacío. Renzi se sentó en un costado, junto a la ventanilla, y viajó por el Piamonte mirando el paisaje. Las Langhe de Pavese eran éstas. En los poemas parecían más bellas, más exóticas. *El diablo en la colina*. Se parecía a Tandil, a las sierras de Tandil donde Emilio había veraneado en la niñez. Así son los paisajes de la literatura, pensó. Ruinas de la infancia. En *La luna y las fogatas* el protagonista volvía después de años de ausencia y recorría estos mismos pueblos. «En los viejos tiempos, decíamos la colina, como quien dice el mar o la selva. No era un lugar como los otros, era una forma de la realidad, un modo de vivir».

La luz del mediodía le daba a las colinas un aire fantasmal, parecían transparentes de tan claras. *Hills like white elephants*. Los terrenos cultivados y las casas amarillas entre los árboles y el suave declive de los senderos y los cercos de ligustro estaban ahí desde siempre. Los viñedos eran tan antiguos como el dialecto del Piamonte.

Un hombre parado al sol en mangas de camisa y con un sombrero negro miró pasar el tren. Era su tío Nazareno. La mirada tranquila, el cigarro Avanti apagado entre los labios, los bigotes amarillos por el tabaco, la piel curtida. Claro que su tío Nazareno había muerto cuando Emilio tenía diez años. (Hacía un rato, antes de subir al tren, había visto desde lejos a Pancho Alfaro, junto a un quiosco, en el andén 12).

Estaba tan solo que todo le parecía familiar. La desesperación amorosa como vocación de similitud. Lo que se ha perdido es único y entonces el mundo se puebla de réplicas. Lo que falta se convierte en una repetición vacía. Por eso los amantes

abandonados piensan en el suicidio. El único acto unívoco que puede terminar con la repetición. «Oh, tú, ten piedad». Habría que unir la idea fija con la repetición. Pensar siempre en lo mismo es ver todo igual.

El tren repechaba lento la colina y los valles abajo se iluminaban con el aire claro del verano.

Renzi abrió su cuaderno de notas. El *Diario* de Pavese empezaba y terminaba con dos grandes crisis. Las mujeres eran el pretexto.

La primera, en 1936. Eran los años del fascismo, en Turín las redadas de opositores a Mussolini se multiplicaban. Pavese estaba comprometido con la muchacha de la voz ronca (*la donna de la voce rauca* de los poemas), Tina, una militante comunista; ya había sido arrestada y condenada años antes y estaba siendo vigilada. Entonces le pidió a Pavese que diera su dirección para recibir correspondencia clandestina. Pavese aceptó de inmediato. Fue descubierto, su casa allanada, las cartas lo comprometieron, pero desde luego Pavese se hizo cargo de todo y jamás nombró a la mujer. Fue encarcelado, sometido a proceso y luego confinado en Brancaleone, en Calabria. Allí empezó a escribir el *Diario*. Pasó tres años aislado sin poder comunicarse con Tina para no comprometerla. De ella no pudo tener nunca noticias directas. Sólo supo que estaba a salvo y eso lo tranquilizaba. Por fin la condena de Pavese fue conmutada y pudo regresar a Turín. Cuando llegó se enteró de que Tina —un mes atrás— se había casado con otro.

Cuando un hombre se encuentra en mi estado no le queda sino hacer examen de conciencia. Ahora que he llegado a la plena abyección, ¿en qué pienso? Pienso qué hermoso sería que esta abyección fuera también material, que tuviese por ejemplo los zapatos rotos. Escribo Tina, ten piedad, ¿y luego?

El tren avanzaba entre los montes. Le interesaba estudiar los modos en que el lenguaje era llevado al límite en las dos grandes crisis de la vida de Pavese. Las notas del *Diario entre noviembre de 1937 y marzo de 1938, y luego las notas de la primavera y el verano de 1950. Estilísticamente la respuesta era la misma. Estar afuera de la vida. No dejar nada. (Sólo un Diario). Pero estar fuera de la vida era estar muerto.*

«En el fondo tú escribes para estar como muerto, para hablar desde afuera del tiempo, para convertirte para todos en un recuerdo». *In fondo, tu scrivi per essere come morto.* Estar afuera de la vida. Kafka pensaba algo parecido.

Renzi recordó una cita de Kafka y la buscó en su cuaderno.

Aquel que no haya logrado alguna forma de acuerdo con la vida, necesitará de una de sus manos para alejar de sí en lo posible la desesperación que le causa su destino —y no logrará gran cosa con ello pero con la otra mano podrá anotar lo que vea bajo aquellas ruinas, pues verá otras cosas, más cosas que

los demás, ya que estará muerto en vida y será el sobreviviente real.

Era una nota del *Diario* del 19 de octubre de 1921. Kafka había sido capaz de escribir desde la tierra de los muertos. Todo estaba en *El cazador Gracchus*, el relato más extraordinario de Kafka. «Nadie leerá lo que estoy escribiendo», escribe Gracchus, el eterno fantasma que vive entre los hombres. Y ya sabemos que Gracchus es el nombre alemán de Kafka. El muerto vivo. El sobreviviente real.

«Nadie leerá lo que estoy escribiendo». Esa certidumbre era única. Kafka le había ordenado a Dora Diamant que quemara sus manuscritos y tendido en un sofá la había mirado quemarlos. Los cuadernos de sus últimos años. De todo eso sólo se había salvado *La madriguera*, que no tiene final y es el último relato de Kafka.

El que hace ese gesto extremo, pensó Renzi, no necesita matarse. Hace ese gesto para no matarse. Imposible para Kafka decir basta de palabras, no escribiré más. Decía sigo escribiendo pero destruiré lo que haya escrito y volveré a escribir y nadie me leerá.

Ahí estaba la carta de Max Brod a Martin Buber. Era del 25 de enero de 1925: «En el último año de su vida [Kafka] le pidió a su amiga Dora Diamant que echara a la estufa unos 20 cuadernos gruesos. Él yacía en la cama y contemplaba cómo se quemaban sus originales». ¿La eligió para eso? ¿Para esa escena? «*As Kafka lay watching from the bed, Dora lit the match and touched it to the page, dropping them into the bassin as they caught FIRE. "I respected his wish, and when he lay ill, I burnt of his before his eyes"*». (*Kafka's Last Love. The Mystery of Dora Diamant*).

Dora Diamant: la incendiaria, la lectora-incendiaria, la que cumple el deseo de Kafka en su sentido más puro. «Unos veinte cuadernos gruesos».

¿Y *La madriguera*? «Las hojas finales fueron quemadas por Dora, que sin embargo logró rescatar parte del manuscrito».

Renzi estaba releyendo esas viejas notas que ahora le parecían íntimamente ligadas a su hipótesis sobre el final de Pavese. La literatura, las mujeres y la muerte.

En todo caso Kafka decía que no *podía* escribir... pero siempre volvía a empezar. En cambio Pavese había ordenado sus papeles, pensaba que en su oficio era un rey. (Kafka, en cambio, se veía a sí mismo como un sirviente). Si Pavese hubiera escrito sobre ese estado se habría salvado... Pero hay que ser Kafka o ser Roberto Arlt. «Escritor fracasado». (Un pleonasma).

Pavese entonces había sobrevivido varios días. Cuando tendría que haber empezado a escribir, dejó de escribir. Sostenerse en esa zona gris. Un pez en el hielo. «Soy un muerto aparente».

Si pudiera encontrar los rastros de esa semana. Pavese había escrito una carta, sí, un texto único. Y estaban las cenizas de papeles quemados que encontraron en el hotel. ¿Qué serían? Si hubiera seguido ese camino... Estaba esa carta, un texto extraordinario que le escribió a su amigo Davide Lajolo momentos antes de matarse.

El lunes 28 Lajolo recibe un expreso cuando ya ha aparecido la noticia del

suicidio de Pavese en *La Stampa*. La carta está fechada en Turín, el 25 de agosto.

En vista que de mis amores se habla desde los Alpes al cabo Passero, sólo te diré que como Cortés he quemado las naves. No sé si encontraré el tesoro de Moctezuma, pero sé que en el altiplano de Tenochtitlán se hacen sacrificios humanos. Hace muchos años que no pensaba en estas cosas. Escribía. Ya no escribiré más. Con la misma terquedad, con la misma estoica voluntad de las Langhe, haré mi viaje al reino de los muertos. Como siempre, lo había previsto todo hace cinco años. Cuanto menos hables de este asunto con la «gente», más te lo voy a agradecer. Tú sabes lo que debes hacer. ¿Seré capaz? Chau para siempre, tu Cesare.

Sacrificios humanos. Escribió la carta y luego entró en la tierra de los muertos.

El domingo 27 de agosto, a las 8.30 de la noche, un camarero preocupado por el cliente que no se ha hecho ver en todo el día, golpea dos o tres veces la puerta del cuarto. No recibe respuesta y fuerza la entrada. Cesare Pavese está muerto. Yace vestido, tendido sobre la cama. Se ha quitado únicamente los zapatos. Sobre la cómoda, frascos de somníferos. Había cenizas en la ventana. Unos papeles quemados.

«Se había quitado sólo los zapatos».

3

La estación de Santo Stefano Belbo era triste y tranquila. Estaba igual a como Pavese la había visto de chico. *S. Stefano Belbo*, leyó Renzi al fondo del andén. Una estación de pueblo. Paseó un poco por el lugar. Entró en un bar oscurecido y fresco y pidió una grapa. Luego volvió a salir al calor de la tarde. Subió por un camino que se perdía entre los álamos. Al fondo, había una casa de alto, con rejas. *Esposizione Cesare Pavese*. «El poeta Cesare Pavese nació aquí».

Tocó el timbre y el cuidador tardó en aparecer. No parecía haber muchos visitantes. Algunas salas estaban en reparaciones, había habido una inundación, muchos materiales se habían perdido. Había varias salas con manuscritos y fotos. En uno de los cuartos laterales habían reconstruido el escritorio de Pavese. La mesa de trabajo contra la ventana que daba a las colinas, varios diccionarios, una Remington, una novela de Scott Fitzgerald. (Era *Tender Is the Night*). Había un par de anteojos de marco negro, un lápiz Faber número 2, una lámpara rota, los restos muertos de una

vida.

En una vitrina estaban los originales del *Diario*. Eso era lo que había venido a ver. Hojas escritas con su letra microscópica, tarjetas, el revés de páginas traducidas. Textos y fechas, párrafos tachados. Los días acumulados de una vida estaban ahí.

En una página puesta a modo de portada, Pavese había escrito con lápiz azul: *Il Mestiere de Vivere. Diario 1935-1950*. Era el mismo tipo de papel que había usado para escribir la última página.

«Primera vez que hago el balance de un año todavía no terminado. En mi oficio soy rey. En diez años lo he hecho todo. ¡Si pienso en las dudas que tenía entonces!». Y casi al final de la página, escrito con la misma letra firme y serena, la sentencia. «Éste es el balance de un año no terminado, que no terminaré».

Había dejado el *Diario* perfectamente ordenado, listo para ser publicado. Si lo hubiera quemado no se habría matado. (Tal vez).

En realidad lo había escrito para que *ella lo leyera*...

«¿Por qué escribir estas cosas, que ella leerá y acaso la decidan a intervenir, a dar un giro?». Debemos pensar que hasta la última página del *Diario* debe haber sido escrita bajo la obsesión de que la amada lo leería («que lo sepa, que lo sepa», escribió el 27 de mayo de 1950). Y no puede obviarse la penúltima entrada, del 16 de agosto, que está dirigida a ella: «Querida, acaso tú eres de verdad la mejor, la verdadera. Pero ya no tengo tiempo de decírtelo, de hacértelo saber. Y además, aunque pudiese, queda la prueba, la prueba, el fracaso».

«Vendrá la muerte y tendrá tus ojos».

Había una serie de libros que reproducían en su forma esa tensión imposible. *La tumba sin sosiego* de Connolly, *El ángel subterráneo* de Kerouac. Eran como cartas, notas personales, libros sin forma. Una mujer real está detrás de la escritura. «Si esta muchacha infiel me olvidara, no tendría a nadie para quien escribir», decía Connolly.

Quienes entendían a las mujeres escribían libros muy elegantes: Flaubert, Henry James. Quienes no las entendían, escribían libros caóticos: Melville, Malcolm Lowry. Había que hacer una teoría sobre esa relación. Kerouac había escrito su confesión en una noche y Pavese su libro a lo largo de treinta años, pero la cuestión era la misma. Connolly: un verano en Londres. Todo era una cuestión de intensidad. De metamorfosis.

Los libros escritos por amor a una mujer, durante el amor o después del amor. Se podría hacer una cartografía. Los que no pueden separarse de una mujer (F. Scott Fitzgerald) y escriben sobre ella. Los que se separan de todas las mujeres (Kafka) y no escriben sobre ellas en absoluto. Los que son abandonados (Pavese) y le escriben a ella. Transformaciones de Beatrice.

Entender a las mujeres. Pavese era incapaz. Pero había sospechado algo. Renzi recordó una observación muy sagaz en el principio mismo de *El oficio de vivir* y la leyó ahora en el manuscrito, en la vitrina.

«2 / Octubre / 1936. Estoy desolado por haber descuidado siempre hasta ahora las

formas, las maneras, por no haberme hecho un estilo de comportamiento. ¿Por qué las mujeres en general tienen mejores maneras que los hombres? Porque deben esperar todo de su efecto *formal*, mientras los hombres lo esperan todo del *contenido* de sus actos. Hay que volverse más mujer».

Si se hubiera vuelto más mujer se habría salvado. Buscaba la forma en la vida. Así se entiende el título del *Diario* (y su fracaso). Sólo había aprendido a escribir.

—Ve esta foto, ésa es Constance Dowling, *Connie*, la bella, la actriz norteamericana, *the last love*. Por ella se mató.

La voz venía de atrás y Renzi se dio vuelta. El hombre que le había hablado miraba intensamente la foto, inclinado, con las manos en la espalda y los anteojos sobre la frente. Parecía miope. Era flaco, con cara seca, vestido con un perramus blanco.

En la pared se veía el retrato en blanco y negro de una muchacha en una pose muy estudiada y luego una instantánea de Pavese con la misma muchacha, en la terraza de un hotel en las montañas.

—Morir por una actriz y encima norteamericana —dijo el hombre, y sonrió con un gesto de maldad—. Pavese se enamoró perdidamente de Connie. Pasaron unos días en un hotel en los Alpes, de ahí es esta foto. Pero ella se volvió a Los Ángeles y se casó con otro. Murió en un accidente un par de años después, ya ve, si se hubiera quedado con Pavese quizás se habría salvado... y él también. Aunque no podía estar con una mujer. ¿Pero matarse por eso? Por ese problemita ridículo..., todos tenemos algún problemita ridículo.

El hombre hablaba un italiano extraño que Renzi comprendía perfectamente. Siempre entendía mejor una lengua ajena cuando la hablaba un extranjero. Parecía polaco, un conde polaco (como todos los polacos en el exilio, según Dostoievski).

Era polaco, pero no era conde.

—Sólo soy un *coleccionista* polaco —dijo.

Había hecho un pequeño descubrimiento y quería integrarlo a la colección de Pavese. Por eso estaba ahí. Iba de museo en museo ofreciendo sus hallazgos. Hacía poco le había vendido la máquina de escribir de Ezra Pound al museo de Rapallo. El año anterior había conseguido el original de la pierna ortopédica que el vendedor de Biblias le robaba a la chica tullida en un cuento de Flannery O'Connor.

En este caso se trataba de algo muy especial. La presencia espectral de una mujer. El fantasma de la amada infiel. Una película. *Black Angel*, un *film-noir* (así dijo) en el que aparecía Constance Dowling, joven y bellísima, en un papel breve pero extraordinario. Ella era el Ángel Negro, *a beautiful hard-boiled blackmailer* —agregó—, la mujer depravada a quien mataban en el film con una bufanda blanca. Se podría ver eternamente a Connie en toda su juventud y su belleza en ese film de 1946.

Dijo que estaba seguro de que Pavese tenía una copia de la película. Y que la miraba, en las tardes de verano, después de que ella lo había abandonado y se había ido a Los Ángeles para casarse con otro.

La historia estaba basada en una novela de Cornell Woolrich (del gran Cornell Woolrich, dijo). Y la había dirigido Roy William Neill, el mejor director de serie B de Hollywood, un irlandés genial, un gran desconocido. Fue su última película, la estrenó en agosto del 46 y murió al mes siguiente.

Le parecía todo significativo y todo le parecía extraordinario, como si estuviera loco.

El principio del film estaba centrado en Constance Dowling. Invierno en Nueva York. Un departamento de lujo. La muchacha tiene un litigio con la gobernanta, discuten por una bufanda blanca. Connie se queda sola. Hay una pecera con un pez oscuro que nada, solo, en el agua transparente. Afuera ha dejado de nevar. La muchacha saca la pecera al balcón para que el pez tenga unas horas de luz natural, luego entra al cuarto pero deja la ventana abierta. Al final de la secuencia, cuando la policía entra a la casa, dos días después, encuentran a Connie estrangulada con la bufanda. La ventana está cerrada, el pez afuera en la pecera congelada. (Un pez inmóvil en un bloque de hielo). Y la muchacha muerta en el piso.

Pavese tenía la única copia completa de la película, sin los cortes que los distribuidores le habían hecho a la secuencia inicial. La versión comercial tiene 81 minutos —dijo el polaco con aire satisfecho—, pero esta copia tiene 85 minutos.

Una pequeña diferencia. Pero eso es lo que le interesa a los coleccionistas. Las *pequeñas* diferencias. La desviación en la serie. El objeto único. Por ejemplo, la máquina de escribir de Pound tenía el teclado al revés porque Pound era zurdo. Seguramente esta única copia completa de la película era la de Connie. Y ésa era la que él había conseguido.

—Es mi oficio —dijo—. Encontrar la diferencia.

Siguieron charlando un rato, terminaron de recorrer la casa y por fin Renzi decidió irse. Ya era tarde, tenía que volver a Turín. El polaco lo acompañó hasta la puerta.

—Hay un ómnibus que lo lleva a la estación, pasa cada media hora, en el cruce, ahí. —Señaló un camino cercano.

Se despidieron. Y el polaco se alejó hacia la casa, levemente inclinado, con las manos en la espalda. Qué extraño. Parecía vivir ahí. Solo, encerrado en la casa vacía. Como si fuera el guardián del museo. Un polaco. ¿Sería posible?

Renzi salió a la calle y subió el sendero en pendiente hacia la ruta que llevaba al pueblo. Era el fin de la tarde pero el calor no había cedido. Se paró en el cruce de caminos, bajo un árbol, a esperar. Las colinas eran las mismas que Pavese describía en sus libros. Suaves y claras, parecían desplazarse entre las nubes y los viñedos y las viejas casonas de tejas coloradas. Pasaban algunos coches por la carretera con los faros encendidos en el anochecer.

El día había sido tan intenso y tan raro. Por momentos había conseguido olvidar a Inés. ¿Y el polaco? Un coleccionista. Como yo, pensó. ¿De qué? De réplicas.

De pronto un auto cruzó frente a él y se detuvo un poco más adelante y

retrocedió. Una mujer sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué hacés? Te llevamos.

Era Inés. Estaba ahí.

—Así que eras vos, nomás.

—Te vimos en el bar...

El hombre de pelo blanco sentado junto a ella fumaba, indiferente. Inés bajó del coche.

—¿Y qué hacés por acá? —preguntó. De pronto Renzi se escuchó decir:

—Vine para olvidarte.

—Yo también vine para olvidarte —dijo ella, y se empezó a reír—. Seguimos para el norte, si querés te llevamos.

—No, gracias —dijo Emilio, y él también sonrió.

Se quedaron un momento callados. Por fin, Inés le rozó apenas la cara con los labios y después se alejó.

Ella se dio vuelta antes de subir al auto y se miraron otra vez. El coche se perdió en una nube de polvo.



RICARDO PIGLIA. Nació en Buenos Aires en 1940. Profesor emérito de la Universidad de Princeton, ha enseñado también en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad de Harvard y en la Universidad de California, Davis. Conocido internacionalmente por sus novelas *Respiración artificial* (1980), *La ciudad ausente* (1992), *Plata quemada* (1997), *Blanco nocturno* (2010) y *El camino de Ida* (2013), sus ensayos, conferencias y conversaciones han sido reunidos en los libros *Critica y ficción* (1996), *Formas breves* (2000) y *El último lector* (2005). Sus intervenciones críticas se han desarrollado en campos diversos. Con el título de *La Argentina en pedazos*, escribió sobre literatura en la revista de historietas *Fierro* (1984). Realizó dos ciclos en la Televisión Pública, *Escenas de la novela argentina* en 2012 y *Borges por Piglia* en 2013. En 2014 publicó una *Antología personal* que compila ensayos, ficciones, conferencias y notas de su diario personal.